Isabelle Autissier

LA HIJA DEL GRAN INVIERNO

Traducción del francés de Íñigo Jáuregul



Nørdicalibros

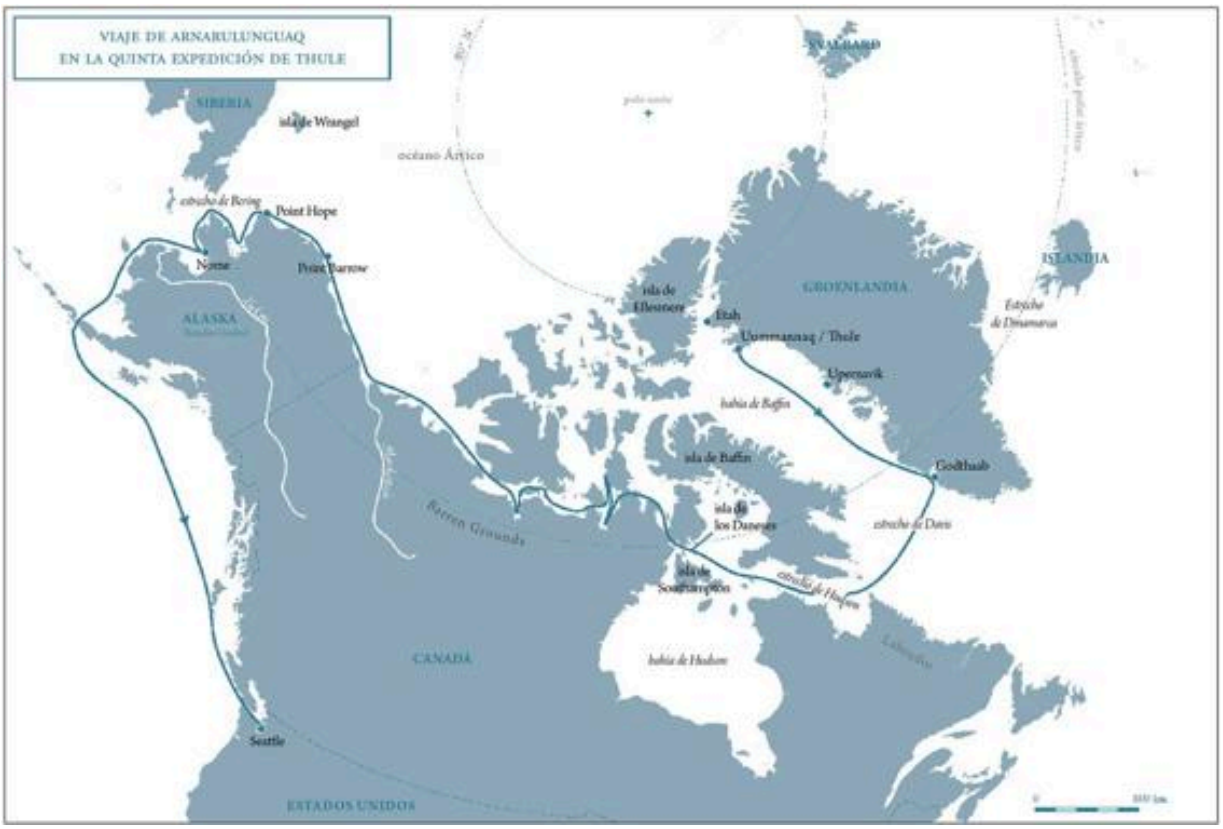


Isabelle Autissier

LA HIJA DEL GRAN INVIERNO

Traducción de
Íñigo Jáuregui

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com


VIAJE DE ARNARULUNGUAQ
EN LA QUINTA EXPEDICIÓN DE THULE
SIBERIA
isla de Wrangel
océano Ártico
estrecho de Bering
Point Hope
Nome
Point Barrow
ALASKA
SVALBARD
ISLANDIA
GROENLANDIA
isla de Ellesmere
Etah
Uummannaq / Thule
Upernavik
Estrecho de Dinamarca
bahía de Baffin
isla de Baffin
Godthaab
isla de los Daneses
estrecho de Davis
Barren Grounds
isla de Southampton
estrecho de Hudson
bahía de Hudson
Labrador
CANADÁ
Seattle
ESTADOS UNIDOS

PREFACIO

Arnarulunguaq existió realmente. Sin embargo, este libro no pretende ser una biografía. Los testimonios que la retratan son escasos y breves. No es sorprendente, en una época en la que los autóctonos eran considerados meros figurantes de las aventuras de europeos y norteamericanos. Cada expedición tiene su lote de acompañantes inuits, a menudo parejas, en las que uno se dedica a la caza y el otro a preparar las comidas y la ropa. A veces, los relatos occidentales mencionan a ciertos hombres por sus cualidades excepcionales como guías y cazadores, o relatan anécdotas supuestamente destinadas a divertir a los lectores, subrayando la extrañeza de sus costumbres, su credulidad y su carácter primitivo. En cuanto a las mujeres, simplemente cuesta conocer siquiera sus nombres. Knud Rasmussen y Peter Freuchen, los dos únicos daneses que evocaron la existencia de Arnarulunguaq, apenas fueron más allá, aunque ella resultó indispensable en sus tribulaciones. Con todo, fueron los primeros en compartir por extenso y de manera tan íntima la vida de estos pueblos del noroeste de Groenlandia, y lo hicieron con un sentido de la equidad y del respeto notable para la época.

Si, pese a todo, Arnarulunguaq logró dejar huella para convertirse en una de las pocas figuras femeninas populares de su

país, se lo debe en parte al episodio dramático de su infancia, pero sobre todo a sus cualidades fuera de lo común. Su valentía, su tenacidad y su inteligencia se hacen patentes en cada mención. ¡Debía de tenerlas para que esto llegara hasta nosotros!

Su destino revela sus singularidades. La niña inuit, nacida en un iglú, condenada a una vida oscura de mujer de cazador, será una de los protagonistas de la famosa Quinta Expedición de Thule. Durante tres años recorrerá con Rasmussen el Ártico canadiense, donde realizará un verdadero trabajo etnográfico que va mucho más allá del papel tradicional que le estaba destinado.

Arnarulunguaq es un símbolo. Cuando ella nace, a finales del siglo XIX, el norte de Groenlandia aún es una tierra libre. Los daneses solo han afirmado su soberanía en el sur del país. Únicamente algunos cazadores de ballenas o exploradores hacen breves incursiones por allí. El trueque solo ha contaminado la vida tradicional de forma limitada. Sus años de vida adulta estarán marcados por el descubrimiento de las ideas, las técnicas y las herramientas europeas. En primer lugar con Rasmussen y Freuchen en la década de 1920, y luego con otros blancos que los siguieron. Con estas llegadas comienza una inmensa aculturación para los pueblos del Gran Norte. Por un lado, obtienen de ella medios de subsistencia suplementarios que, poco a poco, alejarán los trágicos episodios de hambruna. Por otro, los saberes ancestrales empezarán a olvidarse y, con ellos, sus tradiciones e imaginarios. La joven, elogiada por su inteligencia, no puede haberlo ignorado. Pero yo he interpretado libremente su cuestionamiento.

Por necesidades del relato, me he inspirado en algunos escritos que dan cuenta de los usos y costumbres de los diferentes pueblos, así como de sus representaciones del mundo. Los etnólogos expertos encontrarán en él muchas imprecisiones y errores que

tendrán a bien perdonarme. De igual modo, la recreación de la Quinta Expedición de Thule no se ajusta exactamente al libro de Knud Rasmussen.

Al sumergirme en los textos, me impactó la extraordinaria adaptación de estos pueblos a las condiciones de vida extremas, su capacidad para sacar partido de todo. Lejos de la vida idílica que imaginamos en razón de la proximidad con la naturaleza, lo que se describe es más bien una lucha y angustias constantes. Este combate perdido a menudo por los humanos explica, sin duda, por qué las técnicas europeas se impusieron rápidamente. Pero estos relatos hablan también de la belleza y el apego de los inuits a sus tierras, de la felicidad que sienten al recorrerlas, de su amor por la vida animal y de su respeto a cada bestia, considerada individualmente como un miembro de la comunidad. También encontramos allí el eco de su alegría de vivir, de su sentido de la fiesta y de su humor.

En una época en que el cambio climático y las ansias económicas o geoestratégicas impactan un poco más si cabe a los pueblos del norte, la resiliencia y la inteligencia de sus antepasados podrán servirnos a todos de brújula.

Este libro es, pues, antes que nada, un homenaje. Muchas mujeres, guerreras o poetas, científicas o aventureras, atravesaron la época que les tocó vivir, lucharon, pensaron, y lo lograron en medio de la indiferencia o las burlas. Aunque sea tenue, la huella de Arnarulunguaq no debe olvidarse. Sigue siendo inspiradora.

ISABELLE AUTISSIER

1

Reconoce el hambre.

Solo tiene siete años, pero ya conoce la experiencia.

Se acuerda de esos periodos de hambruna, en el corazón del invierno, cuando el frío cortaba la respiración y habría debido atiborrarse de buena grasa. Ve de nuevo a su padre, que volvía tras horas de espera junto a un respiradero de focas, la cara empastada de blanco, cubierta de escarcha. Oía el alboroto de los perros atados, los pasos presurosos de su madre afuera, que regresaba de inmediato con la cabeza gacha y cortaba en la sopa trozos de carne cada vez más pequeños, al tiempo que añadía sin decirlo algunos excrementos de liebre para espesar. Ella ya había experimentado esos retortijones violentos como si un espíritu le quisiera arrancar el estómago y la niña supiera que no debía llorar, si no quería que la regañaran. Estaba acostumbrada a la vista que se nubla y a las estrellitas que bailaban delante de sus ojos, a la frente que se vuelve pesada y dolorida, a la sensación de que su cuerpo no es más que un saco tan vacío como las pieles de foca desolladas que se usan para confeccionar boyas. Pero las veces anteriores, las privaciones solo habían durado unos días. Una tarde, finalmente, se oyó a los perros ladrar más fuerte en el camino de vuelta y a su padre gritar de excitación:

—¡Aleqasersuaq, ven y ayúdame a descargar!

Los niños salen corriendo detrás de su madre. La foca estaba allí, encima del trineo, con el pelaje reluciente bajo la luna. Los desfallecimientos se olvidan al instante y el frenesí se apodera de la familia. Las tajadas de carne recién cortadas se devoraban crudas a riesgo de atragantarse. La sangre aún tibia corría por el mentón, y eso proporcionaba un placer infinito. Fuera, agachados alrededor del animal, semejaban una manada de lobos despedazando a su presa. Luego Aleqasersuaq los mandaba parar. Demasiado de golpe puede matar. Arnarulunguaq, sus dos hermanas y su hermano, obligados a entrar, obedecían de buen grado. Se volvía a poner grasa en las lámparas. La cabaña se iluminaba de nuevo y la temperatura subía, lo que hacía fundirse la escarcha en las paredes. Se quitaban la ropa mientras salivaban ante la sopa de despojos. La fiesta duraba horas. A veces comían hasta vomitar. Uumaaq, su padre, rememoraba su caza, quieto como una piedra durante horas delante de la ligera protuberancia que indicaba un respiradero, el ínfimo chapoteo bajo el hielo que señalaba la presencia de una foca, su brazo entumecido que, no obstante, acertó en la garganta, la lucha para arrastrar al animal fuera del agua, este combate de la vida y la muerte igual para el uno como para el otro.

Se ponía a cantar, y la vida retomaba su curso.

Pero, a la edad de siete años, Arnarulunguaq descubre el hambre de verdad.

Todo empieza cuando Uumaaq no regresa. Las estrellas giran en el cielo sin que se oiga el aullido de los perros. Su madre sale cada vez con más frecuencia a escrutar el paisaje sombrío. En vano. Tras dejar a los niños al cuidado del mayor, se va a la bahía. La tormenta de los días anteriores ha dislocado la banquisa, y luego el frío ha

vuelto a congelar unos frágiles puentes de hielo. ¿Acaso Uumaaq se confió demasiado? ¿Los perros se lanzaron sobre un oso sin que pudiera retenerlos? ¿Ha sido ella, Aleqasersuaq, quien ofendió el alma de la última foca capturada, que se habría vengado? Sea como sea, la familia se encuentra abandonada a su suerte mientras la noche polar empieza a adueñarse nuevamente de la tierra.

Al acercarse el invierno, Aleqasersuaq había insistido en que se acercaran a las otras chozas. Allí se sentía más segura y amaba la noche interminable, en la que armaban jolgorio a cualquier hora de una cabaña a otra en busca de un mal café y de una buena historia. Pero el padre no quería dejar demasiado pronto un territorio de caza prometedor. Se pondrían en marcha con la siguiente luna, tras llenar algunos depósitos de comida suplementarios. Él se había burlado de ella. ¿Lo creía tan mal cazador hasta el punto de no poder capturar las focas restantes? Aleqasersuaq habría querido hacerle frente. Pero ¿qué puede hacer una mujer cuando ha hablado el cazador? Ahora, con la desaparición del trineo y los perros, ya no pueden desplazarse.

El hambre ocupa todo su tiempo. La muerte los va devorando tranquilamente. Durante algunas semanas tras la desaparición del padre, vacían parsimoniosamente las vejigas de buey almizclero llenas de grasa y tuétano. Luego se lanzan sobre la carne seca que raspa la lengua y Arnarulunguaq empieza a soñar con la untuosidad de la grasa al tiempo que chupa a hurtadillas las pieles de caribú de la colcha. Mientras una franja rojiza todavía ilumina el mundo y, más tarde cuando ya solo brilla la luna, su madre se afana en colocar trampas para zorros. ¿Por qué se escapan particularmente este invierno? ¿Una maldición los persigue? De milagro capturan uno, pero aprovechan tanto la carne, al punto de roer hasta el más mínimo hueso, que no obtienen ningún placer. Los hermanos se

pelean por cualquier nadería, y hasta Ajako, su hermano querido, ya no quiere jugar. La comida se convierte en una obsesión. Aleqasersuaq prohíbe que se hable de ella, pero no puede gobernar los sueños.

Un día, la madre ordena a Arnarulunguaq que corte la ropa del padre en tiras finas. Por mucho que se hiervan, las pieles deben masticarse sin fin y solo dan una vaga sensación de saciedad. Demasiado vaga. También hay que economizar la grasa para iluminar. Poco a poco la choza se entenebrece, los rostros desaparecen y únicamente los ojos brillantes de expectación reflejan aún la vida. La fatiga y el frío terminan por volver a los niños totalmente amorfos.

El mundo se encoge, como su estómago. Primero dejan de salir, luego la choza se vuelve oscura y glacial, y se acurrucan sobre la plataforma que sirve de cama. Al principio todavía intentan entretenerse, luego aún tararean y se hacen cosquillas, finalmente no les queda energía para moverse, ni siquiera para hablar.

Años más tarde, Arnarulunguaq recordará las horas interminables, apretujada contra sus hermanos, temblando en la oscuridad, el olor agrio de los cuerpos abandonados, el olor de la desesperanza. Cuando el viento aúlla en la tempestad, reza para que destruya la choza y así terminar de una vez. Los muertos de frío siempre tienen esa sonrisa apacible que le hace sentir envidia.

Más allá de estas cuitas, la muchacha tiene la certidumbre de que ella será la primera en morir y que no será de hambre. Como es evidente que no todos pueden sobrevivir, no queda más remedio que elegir. Aleqasersuaq también sabe que se enfrenta a lo ineluctable. Tendrá que matar para que algunos de ellos tengan una oportunidad. Al ser la única adulta, le corresponde decidir y llevar a cabo los actos mortales.

La designación de los sacrificados responde a un orden secular. El privilegio de la vida recae primero en los cazadores adultos, los únicos que pueden conseguir comida, a continuación en las mujeres que saben coser, curtir, dar de comer y curar. Los viejos suelen apartarse por sí mismos, cuando su vista no alcanza para detectar la presa, sus dientes gastados ya no pueden morder los cueros y su vida ya ha seguido su curso. Saltan del trineo y desaparecen bajo las estrellas. Entre los niños, los pequeños varones serán algún día cazadores. Quedan las niñas. Las que están cerca de la pubertad han necesitado muchos cuidados y una educación, y pronto serán esposas a cargo de otro hogar. Las más pequeñas figuran en los últimos puestos de la lista.

Arnarulunguaq conoce todo esto. Ha oído los murmullos de las mujeres demacradas y tristes que cuentan la historia de la cuerda que se coloca alrededor del cuello, el pequeño cuerpo que apenas se agita, debilitado por el hambre, la ley de la desesperación, apenas atemperada por la idea de que el próximo hijo que se traiga al mundo encarnará un poco de la difunta.

La niña percibe que se acerca lo inevitable. No siente furia ni amargura, ni siquiera miedo. Todo será mejor que la muerte lenta y una especie de ímpetu sacrificial la embarga, como un combatiente que se lanza en primera línea. Al ver a Aleqasersuaq sacar una de las correas con que ataban a los perros, comprende que ha llegado la hora.

Reina un profundo silencio. El viento se ha callado, como si contuviera la respiración. Solo parpadea un cuenco de grasa. En esa penumbra, los roces y crujidos de los movimientos de su madre adquieren una dimensión alucinatoria. La oye reptar por el estrecho túnel de entrada, rebuscar entre los objetos abandonados, estirar las facciones endurecidas por la helada, volver, sentarse para masticar la

cuerda y aflojarla, allí, junto a esa niña a la que apenas le quedan unos minutos de vida. Arnarulunguaq sale lentamente de las mantas para cumplir su último deber: colocarse ella misma la cuerda alrededor del cuello en señal de sumisión, lo que tal vez hará su muerte un poco más soportable al resto de su familia. Siente a su hermano agitarse. ¿Se ha dado cuenta de los preparativos? Él conoce la ley. Va a vivir, en cualquier caso lo va a intentar.

—Mamá, ¿qué estás haciendo? —gime el niño.

Aleqasersuaq no contesta. ¿En qué piensa? ¿En los dolores del parto, en las alegrías de una carita, en las caricias, en los pacientes cuidados para que ese cuerpo crezca? ¿O solo piensa en el frío de la cuerda entre sus dientes? La niña cree percibir el destello de una lágrima.

—Mamá, ¿qué haces?

La voz de Ajako cobra fuerza y el tono quebrado de la desesperación. La mujer sigue sin responder. No se ha quitado la correa de cuero de la boca y, en respuesta, solo se oyen los ruidos de la succión. El niño se echa a llorar. Al principio muy suavemente, un ligero jadeo que va aumentando. Cuanto más se desliza la correa entre los labios y vuelve a caer, flexible como una serpiente, más crecen los lamentos.

Un leve chasquido indica que el lazo está en su lugar, listo para usarse.

El niño deja de llorar. Se quita las pieles y se lanza sobre la correa. La cubre con su cuerpo para impedir que accedan a ella y se pone a chillar.

—¡No, no, no, Arnar no!

Su madre intenta apartarlo. Él se agarra a ella, la golpea con los brazos, muerde y grita a la vez, animado por una energía que no tenía desde hacía semanas. Las otras dos niñas, asustadas, se echan

a llorar. Desorientada, Aleqasersuaq no sabe si debe pegar al niño, tratar de calmarlo o agarrar a Arnarulunguaq para terminar de una vez. Los alaridos de Ajako se redoblan, lo que a su vez provoca el llanto y la agitación de las hermanas mayores. Todos parecen estar poseídos por la locura polar, que normalmente solo afecta a los adultos. Arnarulunguaq está inmóvil, silenciosa, y parece indiferente a su destino. La barahúnda se prolonga durante varios minutos. De pronto, la mujer aparta al niño de un empujón, agarra la correa y la tira al suelo. Se quita el abrigo y se desliza bajo las pieles, abrazando a sus cuatro hijos contra sí.

Jadea conteniendo las lágrimas. Los pequeños se quedan callados y se acurrucan los unos contra los otros, tan fuerte que parecen formar un solo cuerpo. Todo ello ha durado menos de un minuto. Un minuto de la muerte a la vida. Ajako ha vencido al deber inmemorial. Arnarulunguaq, aplastada por sus hermanos, percibe en lo más profundo de su ser sus corazones y alientos, como si latieran y respiraran por ella.

Arnarulunguaq recordará este episodio de su infancia como un segundo nacimiento, aún más extraordinario que el primero, puesto que esta vez era consciente. Durante toda su vida de adulta seguirá sintiendo esa misma punzada en el corazón al cruzarse con una niña pequeña, contemplar unos ojos risueños y unos gestos vivaces. ¿Cuándo se decide que se ha de llevar a cabo lo irreparable? No obstante, sabe que varias familias han sobrevivido únicamente gracias a esos sacrificios. No sirve de nada juzgar, como hacen los blancos, predicadores de buenos sentimientos. Ella ha oído su compasión y su condena, cuando a veces se han devorado entre sí. Pero ¿acaso ellos habrían logrado sobrevivir desde la noche de los tiempos en el Gran Norte de Groenlandia?

2

Los días siguientes son terribles. El combate de Ajako corre el riesgo de resultar en vano. La muerte está a punto de ganar, y empezará devorando a los más frágiles. Su última esperanza vacila en el cuenco de esteatita como el último hilillo de grasa que aún sostiene la llama. Cuando esta se apague definitivamente, ya no se podrá derretir la nieve para beber. Un frío mortal invadirá la cabaña. El fin será cuestión de horas.

Finalmente los espíritus que se ensañan con la familia han debido de cansarse y se habrán ido a atormentar a otras criaturas. ¿Quizá se han apiadado de los humanos encogidos en su choza, un pequeño punto negro en el blanco del Ártico? La luna está en lo alto, es el momento de los viajes, las visitas o las cacerías. Oyen a lo lejos el chasquido de las correas, los gritos, el rechinar de los patines. En invierno, cuando la vista es limitada, el oído se impone. Se identifica a los viajeros desde lejos. Uno utiliza más o menos el látigo, su chasquido es más seco, otro da órdenes más o menos cantarinas. Aleqasersuaq reconoce a Qidlutok y a su hijo Itukusunguaq. Habrán venido a merodear por la bahía, con la esperanza de descubrir uno de esos agujeros de agua donde los narvales se juntan en invierno y se quedan atrapados por el hielo. Tal vez se hayan sorprendido al no

ver aparecer a la familia de Uumaaq en el caserío de invierno. La piedra de la entrada, al rodar, suena como si se abriera un sepulcro a oídos de la madre y de sus cuatro hijos.

Qidlutok acoge a los supervivientes en su hogar, en medio de una docena de cabañas de piedra y de tierra que forman la aldea de Uummannaq. Se apretujan, se raciona, los dos cazadores redoblan esfuerzos. Luego, un mediodía, las mujeres ven salir a los niños y todos suben la colina cercana. Al sur, en medio de la estela neblinosa, un halo rojizo parece iluminado desde dentro. Todos se quitan el gorro y las manoplas para saludar al sol naciente que viene a traer la vida. Dejar que el frío muerda sus manos y sus cabezas es un homenaje destinado a asegurar la supervivencia hasta el año siguiente. Arnarulunguaq seguramente pone en ello más empeño que los demás.

La hospitalidad inuit no ha de tener límites, o de lo contrario se corre el riesgo de perder el honor. Pero Aleqasersuaq sabe que no puede ser una carga por más tiempo. Solo le queda una alternativa: el matrimonio. Una mujer no tiene derecho a practicar la caza mayor, eso ofendería a los espíritus, que abandonarían aquellos parajes. Por suerte, Itukusunguaq es un cazador joven y prometedor, que pronto necesitará su propia compañera para preparar la carne y las pieles y acompañarlo en las expediciones. Es bien sabido que la muerte amenaza más a un soltero que a un hombre casado. De modo que la unión se celebra sin demora y, en primavera, la nueva pareja se muda a su propia vivienda. Además de proveer alimentos, Aleqasersuaq les ha devuelto a ella y a sus hijos un estatus y una dignidad.

Bajo otros cielos, en estos inicios del siglo xx, Arnarulunguaq habría sido una alumna brillante. Pero en el norte de Groenlandia la única educación consiste en reproducir los gestos ancestrales. Hay tanto que aprender: ocuparse de las pieles, curtirlas con orina, morderlas para ablandarlas, con cuidado de no agujerearlas, fabricar hilo a partir de tendones, realizar costuras aislantes, pero también cocinar, atender a los perros y a los pequeños humanos… Queda poco tiempo para jugar a la pelota, al boliche o, en invierno, formar figuras estirando un hilo entre los dedos durante horas. Una niña cuenta poco, vestida con andrajos, y duerme contra la pared más fría. Ya llegará el momento de que esté bien alimentada y quizá mimada cuando sea una mujer. El amor maternal no tiene nada que ver en eso. Cada uno ocupa su lugar, eso es todo.

3

¿Qué tiene de especial esta niña, si no es una insaciable sed de vivir? Haber aceptado la muerte hace que cada instante de vida le resulte apasionante y valioso. Ama el verano y el fiordo de aguas oscuras, enmarcado por el rojo de las saxífragas y por el amarillo de las amapolas. Ama el otoño y sus lentas brumas. Ama el invierno y el hielo que parece vivo bajo la luna. Ama la primavera y las aguas claras del riachuelo. Le gusta todo lo de este país, sus animales, sus habitantes y sus luces. Ama la vida del clan, sus rituales, sus fiestas, sus combates. Pero para que estos frágiles gozos se prolonguen y la dicha perdure, ha de ser invencible, la mejor en todo, capaz de hacer frente a lo que venga. Aspira a ser no solo la esposa más hábil, resistente, lista, organizada y resuelta, también anhela poder cazar, guiar a los perros, protegerse de los lobos y de los osos si hace falta. Con el paso de los años, su impulso vital se aplica también al canto, al baile y al tambor, que hacen vibrar ese cuerpo que temió perder.

Arnarulunguaq está en todas partes, al lado de las mujeres y los hombres, escuchando los relatos, espiando los gestos, siempre dispuesta para los quehaceres. La familia se ríe:

—¡Tu nombre te hace justicia! Una mujercita obediente.

Un día, a la edad de trece años, deja que le arreglen el cabello sin trenzarlo. Es el signo de que es púber y está lista para casarse.

Varias de sus compañeras de juegos lo fueron mucho antes.

Arnarulunguaq es bastante guapa. De estatura mediana para una inuit, es esbelta, pero con los miembros y las manos musculados por el trabajo. Su rostro ovalado está realzado por pómulos altos y carnosos que el sol y el frío enrojecen. Como todas las mujeres bien criadas, luce esa sonrisa eterna que agradará al marido, pues se considera un signo de dulzura y feliz sumisión. Su largo cabello negro con reflejos azulados está peinado con una larga trenza que le cae hasta la parte baja de la espalda. En cuanto a sus ojos, marrones y almendrados bajo unas cejas pobladas, son la vivacidad misma. Parecen inspeccionarlo todo de un lado a otro, siempre al acecho, y a continuación se detienen para escrutar con un aire de extrema concentración. Allí la mirada se pierde en una extraña profundidad que casi da escalofríos, un destello de sufrimiento, una melancolía, y se vuelve a iluminar. Para comprender a Arnarulunguaq, basta con mirar sus ojos.

Es lo que hace Iggiannguaq desde hace un tiempo. El joven es apenas mayor que ella. Mató su primera foca a los diez años, su primera morsa a los trece, su primer oso a los quince, y desde entonces se ha impuesto en el grupo de los aldeanos. Últimamente frecuenta la choza de la familia de Arnarulunguaq, y les lleva carne, huevos congelados con los que se deleitan, y una aleta de foca. Por supuesto, estos regalos nunca se le entregan directamente a la joven.

—Tomad, tomad, he cazado tanto que no sabemos dónde poner la carne en mi casa. Tengo que darle salida. Casi me avergüenza no traer más.

Es una cuestión de cortesía despreciar lo que se regala. La costumbre dicta que hay que evitar avergonzar a los interlocutores menos ricos al tiempo que se destaca discretamente el talento

propio. La joven no dice nada, son sus ojos los que sonríen. El hombre es compacto, casi fornido, tiene la cara redonda y largos cabellos negros que se echa frecuentemente hacia atrás, con un gesto que Arnarulunguaq encuentra a la vez elegante y viril. En su mirada, ella lee una mezcla de dulzura y voluntad que le inspira confianza. Imagina que no le pegará y demostrará valentía para enfrentarse a los animales y al frío con el fin de traer alimento.

Una mañana, él la para cuando sale a poner trampas para zorros.

—Arnarulunguaq, el cazador necesita una mujer para que se ocupe de todas las pieles que trae. Su anciana madre ya no tiene los dientes fuertes. En esta aldea hay una chica hermosa, que tiene ya una buena reputación. Muchos hombres querrían llevársela y el que lo consiga será feliz. La choza será más agradable y el lecho más caliente si esa guapa muchacha quisiera ir allí. El cazador ha pensado que ella estaría contenta de tener un *ulu* nuevo y brillante.

Mientras habla, le entrega el tradicional cuchillo ovalado que acompaña a las mujeres en todos sus trabajos. El filo es de pizarra, tan finamente tallado que cortará mejor que el acero. El mango es de colmillo de narval, un lujo supremo.

Este regalo suntuoso ha debido requerir muchas horas de trabajo. La muchacha levanta la cabeza y mira al cazador a los ojos, con una sonrisa radiante que hace relucir sus dientes perfectos. Se quita las manoplas y extiende la palma abierta. Siente el filo helado y suave contra su mano.

Ya había decidido que ese cazador sería suyo, ella no se entrega por un cuchillo, por muy trabajado que esté. Aceptando el obsequio, también acepta al hombre. Esa misma noche cambia de choza, lo que basta como contrato matrimonial.

4

La joven casada accede inmediatamente a otro estatus. Pasa de ser una niña, algo insignificante, a mujer de un cazador reputado. Esto debe hacerse visible. Le corresponde honrar a su marido, ataviada con las suaves y frágiles pieles de zorro, además de los *kamiks*, esas largas y robustas polainas de piel de caribú, cuando hace sus labores en tierra, o de foca si le toca ir al mar. Necesita renovar su tradicional abrigo con capucha, sus camisas de piel de ave, las medias y las botas. Además, convoca a las vecinas y durante una semana reina una alegre animación en la choza. Las mujeres, vestidas únicamente con sus calzones de piel de zorro, cosen sin descanso el día entero. Se hacen cábalas sobre un próximo embarazo, una empieza a tararear, otra lanza un «cuac, cuac», el grito del pájaro que bendice la costura. La joven siente un poco de mareo al convertirse de pronto en el centro de atención.

La noche también ha cambiado. Es costumbre entre los inuits que toda la familia duerma bajo las mismas mantas, así que Arnarulunguaq no ignora nada de lo que hacen los esposos. Ahora le toca a ella abrir los muslos, e Iggiannguaq se lanza a ello con entusiasmo. Él gruñe de placer y su suegra se echa a reír. La joven encuentra aquello bastante agradable. Definitivamente, está bien tener un marido.

Su nueva vivienda, que también es de piedra y tierra, es más

pequeña pero está mucho mejor equipada. Alberga únicamente a su marido y a los padres de este, una familia pequeña. Aunque el padre de Iggiannguaq ha cambiado dos veces de mujer, solo ha tenido un hijo.

En sus visitas anteriores, Arnarulunguaq se había fijado en la abundancia de pieles de oso, reno y buey almizclero que cubrían la plataforma, a la vez un espacio para vivir y dormir. A menudo se había cobijado allí, mientras acariciaba los pelos tibios y rizados y su madre comentaba hasta los más pequeños sucesos ocurridos en Uummannaq.

Tres lámparas de aceite, siempre encendidas al mismo tiempo, dispensaban calor, daban reflejos cobrizos a los rostros y hacían brillar las miradas. Allí se bebía café a menudo, aunque lo hubieran recalentado varias veces, ya que la abundancia de presas permitía comerciar con los balleneros de paso. Y, lujo supremo, Uuntaaq, el padre de Iggiannguaq, que acompañó las expediciones de los blancos, había obtenido dos tazas de porcelana que presidían un estante hecho a medida.

Cuando era más joven, Arnarulunguaq no prestaba mucha atención a los visitantes europeos. Los pescadores venidos de Europa frecuentaban poco el pueblo, y el trueque se hacía a bordo. Tenían fama de ser duros negociando y las mujeres parecían extrañamente incómodas al volver de los barcos. Al contrario que los marineros, los aventureros se mezclaban de buen grado con los lugareños, en busca de perros, comida o compañeros de viaje. Su estancia siempre provocaba cierta agitación entre los adultos. Los niños se conformaban con observarlos a escondidas. Todos convenían en que eran feos, provistos de una barba que les ensombrecía el rostro y los volvía inquietantes.

La niña había oído decir que eran malos cazadores, y creía que acaparaban a los hombres de la aldea para responder a sus caprichos, cuando estos habrían hecho mejor en ocuparse de alimentar a su familia. Peor aún, a menudo rehusaban comer lo que se les ofrecía, una ofensa en ese país de penuria. La única ventaja que les concedía eran esos objetos extraños con los que llenaban sus pesadas cajas. Ella conocía algunos, como los fusiles, las hachas y las agujas. Otros la intrigaban, como aquellos con los que trazaban signos u observaban el cielo, y otros, finalmente, cuya utilidad no adivinaba, como las famosas tazas. Todos se habían acostumbrado a sus visitas esporádicas. Llegaban y se marchaban, dejando tras ellos algunos utensilios y buenas historias. Y la vida retomaba su curso.

Solo uno de ellos había dado que hablar en el Ártico. Apareció por primera vez seis años antes del matrimonio de Arnarulunguaq, en compañía de otros cuatro blancos. Al principio, la muchacha no prestó más atención a Rasmussen que a los otros, hasta que le oyó hablar su lengua, el inuktitut, en una variante de las regiones del sur, pero fácilmente comprensible.

Ella escuchaba las conversaciones de su suegro y sus amigos, mientras pinchaba la carne con la punta del cuchillo.

—Entonces, ¿ese qué quiere?

—Encontrarse con los pueblos del norte.

—¿Los inughuits? ¿Qué quiere de ellos? ¿Pieles de zorro?

—No, dice que solo quiere verlos.

—Ah, bueno, una ocurrencia más.

Los hombres se reían del que va demasiado lejos hacia la estrella polar, sobre la gran banquisa en la que no hay nada que comer. Allí el hielo es demasiado espeso, adverso para las focas y osos. Los blancos iban a morir de hambre y los hombres de Uummannaq todavía tendrían que ir a buscarlos. Pero Itukusunguaq salió en

defensa de Rasmussen. Era un buen tirador y sabía manejar a los perros. Y desde su primer viaje, el aventurero se había ganado la confianza y la amistad del grupo. Compartía con los inuits el sentido de la fiesta, era muy bueno organizando banquetes y por eso le habían puesto el apodo de Kununguap, «nuestro pequeño Knud».

Arnarulunguaq no se perdió ni un ápice de estas conversaciones y de la animación que invadió la aldea el año que apareció Rasmussen. Pero no comprendía por qué esos hombres se sometían a las penalidades de un viaje peligroso para ir a ninguna parte. Para ella, solo la búsqueda de un territorio de caza mejor podía justificar tales peligros.

5

Poco después de la unión de Iggiannguaq y Arnarulunguaq, la aldea había avistado un navío que avanzaba trabajosamente mar adentro, entre los hielos a la deriva. Luego la tormenta había arreciado y lo había hecho desaparecer en una ventisca de nieve, seguramente aplastado por los bloques. A la mañana siguiente, los hombres se habían acercado a la orilla para buscar restos de las bordas y las tablas que podrían resultar útiles.

Arnarulunguaq despiojaba a su hermana y se concentraba en los largos cabellos desplegados sobre sus rodillas. No se dio cuenta de que el velero había vuelto a aparecer, empujado felizmente por el viento hacia el puerto. Pero el alboroto procedente de la orilla le hizo levantar la cabeza.

—¡Kununguap! ¡Kununguap ha vuelto! ¡Que empiece la fiesta!

Los aldeanos se amontonaban y chapoteaban en el agua helada. Las mujeres murmuraban y se alisaban las trenzas.

—Rápido, voy a descongelar *kiviak*[1] —decía uno.

—Y yo sacaré el tambor —añadía otro.

Las dos hermanas corrieron a mezclarse con el grupo.

El barco no inspiraba mucha confianza, y más bien parecía una barca. Uno se preguntaba cómo había podido resistir las presiones del hielo y del viento. Se abrió camino en medio de los icebergs con ayuda de su vela cuadrada, con el motor visiblemente averiado.

Entre la tripulación en la cubierta, los inuits no tardaron en reconocer la silueta recia de su amigo.

Arnarulunguaq se dejó llevar por el entusiasmo colectivo. Era pequeña durante la primera estancia del explorador, y se había quedado dormida durante los festejos, apretujada con los otros niños en la plataforma, mucho antes de que empezaran los bailes endiablados. Ahora, la perspectiva de los festejos la animaba. Pero antes de las celebraciones, Rasmussen movilizó todas las energías. El capitán no quería demorarse en esos parajes peligrosos. Había que arrastrar el barco fuera del agua para enderezar la hélice y, sobre todo, desembarcar un cargamento pesado.

Aprovechando la luz perpetua del verano, todo el mundo trabaja a destajo, se ponen manos a la obra con las cuerdas, y logran encallar el barco gracias a la marea. Mientras la tripulación se afanaba en la reparación, una noria se puso en marcha para descargar un montón de cajas, vigas de madera y rollos de fieltro y de lona impermeabilizada. El rumor se difundió rápidamente:

—¡Va a construir una casa! ¡Kununguap se instala entre nosotros!

La noticia era revolucionaria. Por primera vez, un blanco iba a vivir a su lado y compartir su día a día. Eso venía ocurriendo desde hacía casi dos siglos en la parte meridional de Groenlandia, pero jamás ningún blanco se había mudado tan lejos en el norte. Mientras transportaba el material, Arnarulunguaq se preguntaba si aquello cambiaría algo en sus vidas. Había oído las historias de los que visitaban a algunos familiares establecidos en el sur, las costumbres que evolucionaban con la llegada de pastores y gobernadores. Pero eso parecía impensable aquí, entre ellos. Entonces, ¿qué venía a hacer Kununguap?

Dos horas más tarde, el buque reflotado desapareció tras el

monte Dundas. En medio de los fardos solo quedaban dos hombres: Rasmussen y un gigante barbudo llamado Peter.

Knud trepó a lo alto de una pirámide de cajas.

—¡Bienvenida al primer puesto comercial al norte del cabo York, más allá de los setenta y seis grados de latitud!

Y acto seguido, soltó su risa legendaria.

6

Knud Rasmussen es un hombre apuesto. La sangre inuit que le viene de su bisabuela le ha dotado de ojos negros y una melena negra como el ala de un cuervo. De su ascendencia danesa ha heredado un mentón firme, una nariz grande y recta y una boca bien perfilada.

Pasó su infancia en Ilulissat, en la costa suroeste de Groenlandia, donde su padre oficiaba como sacerdote, y mostró más interés por el trineo que por la escuela. Estas andanzas lo habían musculado, lo habían vuelto extremadamente resistente y convertido en un cazador respetable, cualidades apreciadas en el Ártico septentrional. Tras unos estudios chapuceros en Copenhague, probó sin éxito la carrera de cantante lírico y más tarde la de periodista, para entregarse finalmente a lo que le acompañaría siempre: la aventura polar.

Su primera expedición, en 1904, le dio la oportunidad de entrar en contacto con los míticos inughuits, los inuits del Gran Norte. Más aún, se quedó subyugado. ¡Allí está la vida! En esa naturaleza salvaje de hielo y cielo, entre esas gentes que deben pelear constantemente para sobrevivir, saboreando a su manera cada segundo.

Rasmussen ama el frío que quema la cara, el viento que corta la respiración, la noche sin límites. Disfruta la exaltación del cuerpo que proporciona el esfuerzo supremo. Sin ser un temerario, la

incertidumbre y el peligro le estimulan. La idea de tierras vírgenes, de vacíos cartográficos por llenar le produce un hormigueo en las piernas. Es allí donde se siente feliz, infinitamente más que en el seno de la alta sociedad de Copenhague.

Su abuela Régine, medio inuit, lo había arrullado con leyendas del panteón del Gran Norte, del oso Nanouk, de Sedna, que gobierna a los mamíferos marinos, y de Sila, que reina sobre el cielo y la tierra. Los poderes del chamán le resultan familiares. A diferencia de la mayoría de los blancos, está acostumbrado a comer foca cruda y considera un manjar la piel de narval o el mérgulo fermentado. A ojos de los inuits, estas cualidades son un requisito para ser adoptado. Su sentido de la fiesta le hizo ganarse definitivamente sus corazones.

Su compañero, Peter Freuchen, no se quedaba atrás en osadía y tenacidad. En su primera expedición a Groenlandia en 1907, a punto estuvo de morir de hambre. Pero hacía falta más para desanimar a este gigante de la vida salvaje. Desde su encuentro con Rasmussen dos años más tarde en Dinamarca, se sintieron inmediatamente como viejos amigos, animados por el mismo entusiasmo de venir a vivir a este rincón remoto.

La casita de Kununguap se montó rápidamente, y luego el invierno fatigó al pueblo con tormentas y oscuridad. El mundo gira a cámara lenta, y el pueblo igualmente. Rasmussen y Freuchen, todavía ocupados en instalarse, no han empezado a comerciar, pero su puerta está siempre abierta y sirven generosamente café a cualquier hora. La combinación de las costumbres inuits y europeas convierte todo en una curiosa ceremonia, que por fin da una utilidad a las tazas de porcelana. Las buenas maneras exigen que se eche el café en el platillo para enfriarlo, antes de beberlo con un terrón de

azúcar. A las mujeres, especialmente, les encanta esa mezcla de dulce y amargo, y empiezan a soñar con poder servir una exquisitez semejante de manera habitual en sus casas. En cuanto a los hombres, el danés les ha enseñado a fumar en sesiones desternillantes en las que cada uno intentaba contener la tos y las lágrimas. Esta práctica se convirtió rápidamente en un signo de modernidad.

La llegada de los dos hombres, y luego cada etapa de la construcción, son objeto de celebraciones en las que Arnarulunguaq está deseando participar.

Varias veces en el invierno, se corre la voz:

—Es en casa de Qidlutok, al salir la luna.

La veintena de aldeanos y los dos europeos se apiñan en la cabaña. Las mujeres al fondo de la plataforma con los bebés, los hombres delante, los niños en el suelo. Primero circulan tajadas de foca congelada, cortadas a hachazos, y a continuación se sirven las carnes, cocidas o asadas, de caribú o de oso, que enriquecen el caldo con una deliciosa cobertura de grasa. Los hombres comen primero, sorbiendo ruidosamente, y acto seguido les dan trozos de carne a las mujeres. La comida es un asunto serio y cada cual se toma su tiempo para servirse del cuenco con la punta del cuchillo, mientras eructan y ventosean en señal de satisfacción.

Luego llegan, según los anfitriones, algunos manjares: huevos de eider congelados, que se muerden como si fueran manzanas; *gongulaq*, el hígado de bacalao conservado durante un año en grasa de ballena, de un verde intenso, que se sirve caliente y huele tan fuerte que corta la respiración; *mattak*, esos daditos de piel de narval, negros y correosos por encima y de un blanco nacarado por debajo, que se funden en la lengua; y por último los famosos mérgulos fermentados, que se estrujan en la boca para que brote

una grasa de sabor delicado. Según la tradición, estos dones de la naturaleza, al circular por el cuerpo, se mezclan y restablecen una armonía entre el individuo y el mundo exterior.

Antes de cada plato, la cortesía exige que el dueño de la casa se disculpe:

—Por desgracia, amigos míos, no tengo casi nada que ofreceros. Soy tan mal cazador y mi mujer una cocinera tan espantosa, que me da vergüenza.

Todos se quejan, pero hay que prolongar este juego el mayor tiempo posible antes de desvelar el contenido del plato.

—Unos tristes mérgulos que apenas han tenido tiempo de ablandarse…

—Un pedacito de oso…

Los invitados fingen sorpresa al unísono, y añaden para recalcar el sabor de los bocados:

—Pero ¿cómo ha hecho este cazador para tener tanto éxito?

—Es realmente extraordinario, el más grande desde hace generaciones. ¡Y qué talento tiene su esposa!

Los hombres apoyan esta pequeña comedia con guiños y golpecitos en el codo. Las mujeres se ríen de forma protocolaria. La voracidad expresa mejor que nada cuánto lo aprecian.

La comida, el calor de los cuerpos y las lámparas hacen que la temperatura resulte casi insoportable, los hombres terminan desnudos y las mujeres vestidas únicamente con su calzón de piel de zorro. Las bocas relucen por la grasa, los cuerpos de sudor, los ojos brillan de felicidad. En ese momento en que todos están atiborrados de comida, la vida se antoja apacible y borra las horas glaciales del rastreo, los fracasos en la caza y las preocupaciones del día siguiente.

Para todos menos para Arnarulunguaq, a quien cada ruido de

succión le recuerda el de su madre mascando la cuerda. Ella ahora se afana en roer cada hueso como si fuera el último.

Cuando el festín se calma, el viejo Uuntaaq agarra su *ayayut*, el tambor de piel de garganta de narval. Empieza a lamerlo concienzudamente para volver a tensarlo. Se bajan las lámparas y las conversaciones se van apagando. De pie, con los ojos cerrados, golpea el aro del tambor con su baqueta de hueso, mientras invita a un compañero a ponerse frente a él. El rechoncho Ooqaak, el mejor bailarín, siempre responde a la llamada y se pone a cantar al tiempo que se balancea sin mover los pies. Modula semitonos o cuartos de tono, repitiéndolos y acelerando progresivamente el canto y el baile.

Arnarulunguaq se deleita con esos momentos en los que el hombre regordete representa con mímica la caza o el amor. Su cuerpo se retuerce lánguidamente. Es la foca que duerme sobre la banquisa. Es el cazador que se arrastra. Es el seno de la mujer o el sexo del hombre. Cada movimiento de sus vidas se vuelve magnífico. La comunidad, unida y cálida, se ondula como un solo cuerpo. El ritmo se acelera, las contorsiones se convierten en un arte. La joven siente que el corazón se le dispara. Cuando Ooqaak lanza un grito estridente como de éxtasis y termina su baile con una pirueta, provoca unas risotadas que alivian la tensión.

Son sistemáticamente Ajako y Qidlutok quienes toman el relevo. Más jóvenes, hacen que el placer se prolongue aún más, antes de entrar casi en trance. Rasmussen, incapaz de contenerse, se pone a dar palmadas al tiempo que canta a voz en cuello un aire de ópera que hace que todo el mundo se ría a carcajadas, mientras Peter, tan alto que ha de encorvarse para caber en la choza, se menea como un oso.

Luego las mujeres piden permiso para cantar. Arnarulunguaq todavía no se atreve a salir a escena. Es su madre quien toca el

ayayut, mientras otra mujer se pone a bailar. Se responden mediante gritos extremadamente agudos en los que todos reconocen al águila, el ganso canadiense o la gaviota blanca. Por un rato, estas pacientes esposas dan rienda suelta a su energía.

Todo el mundo se mueve al compás. Las largas cabelleras están empapadas de sudor en el espacio exiguo. Las pieles oscuras y claras se rozan, se entrelazan más allá de lo permitido. Arnarulunguaq saborea esta exaltación común y se une a los demás, dejándose llevar por el calor y los cuerpos en la noche.

Poco a poco, todos terminan durmiéndose los unos sobre los otros y el éxito de los festejos se mide por el número de días que hacen falta para recuperarse.

7

Llega la primavera. El día persigue a la noche. Aún es mortecino, pero su huella aleja las sombras. De un amanecer al otro, el sol asciende y se demora. Hace que vuelvan los colores olvidados y salpica el hielo de reflejos dorados. Ahora todo el mundo trajina afuera por el placer de sentir un poco de su calor en las mejillas. Algunas aves migratorias empiezan a atravesar el cielo, los perros se agitan, las huellas de los animales se cruzan y descruzan. Aunque ninguna planta ha perforado todavía la coraza blanca, la nieve se vuelve pegajosa y se desploma en bloques, veteada de arroyuelos, lo que deja al descubierto objetos olvidados alrededor de las cabañas, los desechos y excrementos del largo invierno. Desde el océano llegan crujidos secos y, a lo lejos, la línea oscura de las aguas libres avanza hacia la orilla. Pronto, ya no será seguro aventurarse por la banquisa.

En las chozas también se preparan para el cambio de vida. Cada uno repara los kayaks, las trampas, las redes para cazar pájaros, las lanzas y los rifles. Las reservas de alimentos suelen estar vacías y las fiestas donde podían cebarse se han olvidado hace tiempo.

Iggiannguaq quiere aprovechar el hielo restante para marchar rumbo al norte, donde sabe encontrar las crías de foca y los primeros pájaros. Antes que nadie, Arnarulunguaq y él dejaron listos el trineo y los diez perros en previsión de un largo viaje. En medio

del ajetreo de la partida, la joven se siente orgullosa. Una gran parte del éxito de la expedición depende de ella. A fuerza de tanto observar y probar con algunos animales, a veces con el tiro de su suegro, ya es una experta en el manejo del largo látigo que hay que hacer restallar lo más cerca posible de la cabeza de los perros. Sabe mirar a estos animales, analizar sus alegrías y sus penas, detectar la más mínima cojera, un conflicto incipiente, una hembra que entra en celo, una fatiga. El *musher* y sus perros deben formar una unidad, ya que su seguridad se basa en la ayuda mutua.

En ese terreno se siente segura y, desde la salida, se abandona al placer de la marcha. Los músculos en acción, los arneses que se tensan, los patines que rechinan, el viento que susurra al oído, todo la embriaga. Avanzan a lo largo de la orilla. En la parte del mar, algunos icebergs flotan entre los bancos de bruma como gigantes tristes, con estrías azuladas por el hielo y marrones por el polvo de las rocas. En tierra, la nieve empieza a ceder y libera franjas oscuras que le dan el aspecto de un abrigo a rayas. Por la tarde, la pareja se detiene junto a un acantilado. Bajo su resguardo crece ya una hierba incipiente y olorosa que Arnarulunguaq corta para hacerse un colchón bajo las pieles. Se arrebujan allí, toda la noche, con la cabeza bajo las estrellas.

Al cabo de una semana de viaje, se instalan en una cueva un poco elevada para protegerse de las olas que asaltan la orilla cuando el iceberg se voltea. El tiempo pasa muy rápido. Los primeros en llegar son los fulmares, pesadas aves marinas con los ojos enmarcados en kohl. No tienen muy buen sabor, pero son suficientes para empezar la caza. Luego los acantilados se cubren de un velo viviente de mérgulos, las aves más pequeñas del norte. Llegan cada mañana desde el horizonte en grandes bandadas y bailan a lo largo de los pedregales durante el día, cantando su pi-u-lu pi-lu. Basta

volear la red para capturar siete u ocho cuerpecitos temblorosos, con el corazón palpitante. Su carne es tierna y los huesos crujen entre los dientes. Las suaves plumas servirán para hacer camisas ligeras y cálidas. Pero, sobre todo, echados enteros en una piel de foca vaciada, fermentarán durante meses para convertirse en los famosos *kiviak*, el más delicioso de los manjares.

Tan pronto como el alba hace centellear el hielo en las paredes de la cueva, Iggiannguaq y Arnarulunguaq se activan. Son como la naturaleza que los rodea, impacientes y conscientes de que su supervivencia el próximo invierno depende de su destreza actual. Los días se dilatan y no son suficientes. Disparar, poner trampas, arponear, pescar, cortar, despellejar, descarnar, depilar, desengrasar, curtir, secar. Él se ocupa del fusil y el arpón, ella de los cepos pequeños y de preparar las presas. A cada especie le corresponde un tipo de acecho, de captura y de tratamiento. Más que una ciencia transmitida de generación en generación, se trata de una fusión con la vida a su alrededor, una comprensión íntima, un diálogo entre seres vivos. Los animales aceptan su destino, como esos livianos mérgulos que cierran los ojos cuando ella los saca de la red, antes de retorcerles bruscamente el pescuezo. Mientras los humanos, por estupidez o descuido, no ofendan a los animales transgrediendo un tabú, este pacto durará. Arnarulunguaq no deja de agradecer cada vida entregada, le habla con ternura a cada cadáver, acerca sigilosamente el cuchillo para no asustar al animal y lo corta suavemente, como si aún pudiera sufrir.

Cuando el interminable atardecer se tiñe de malva, prepara una rápida sopa de carne mientras su compañero afila la lanza y engrasa el rifle, sin apenas disfrutar de la pradera que se extiende a sus pies, iluminada por el rojo de las amapolas del Ártico. En otros lugares del planeta se llamaría luna de miel. Ellos simplemente se alegran al

descubrir que hacen una buena pareja, eficaz, cada uno en su lugar. Solo hacen falta unas pocas palabras o una sonrisa afectuosa para que se entiendan.

Arnarulunguaq se siente florecer. Ha acompañado a las mujeres en la caza menor y conoce las prácticas. Pero ahora le toca a ella tomar la iniciativa. Le corresponde observar cada mañana el rastro imperceptible de los zorros en la playa o debajo de los acantilados para saber dónde poner las trampas o identificar la roca adecuada para lanzar la red a los mérgulos. Como una deportista de alto nivel, se marca objetivos cada vez más ambiciosos. La idea de mejorar continuamente ahuyenta los recuerdos del hambre. Cada vez prueba un gesto nuevo, un método diferente. Observa, compara una piel empapada un poco más de tiempo en la orina, la tensión del secadero, su exposición al sol.

El día en que llega con ciento cincuenta mérgulos ensartados en huesos tallados y los deja como si nada delante de la cueva, Iggiannguaq se queda extasiado.

—¡Vaya, la tierna mujercita es temible! Pronto ya no se oirá piar en el acantilado. Todos los pájaros terminarán convertidos en *kiviak*.

—No, esos pobres bichos se habrán cegado por el sol. Se metieron ellos solos en la red.

Arnarulunguaq debe mantenerse fiel a la tradición de esposa modesta, pero el corazón le late de orgullo al tiempo que los músculos de la espalda y de los brazos le queman por haber lanzado demasiadas redes. Aprovechando su ventaja, se atreve a decir:

—Si el buen marido enseñara a su esposa a manejar el rifle, ella podría cazar gansos y preparar buenos estofados mientras él persigue a la foca.

Allá que van, en el ocaso interminable, hacia las orillas de un estanque donde graznan los gansos. Se arrastran por el suelo

empapado. Él le pone el rifle entre las manos, corrige su posición y susurra:

—¡Dale!

La joven siente el frío del acero contra su mejilla y, temblorosa, apunta a ojo en medio del grupo. La detonación contra su oreja la hace gritar de sorpresa. Suelta el arma, mientras las aves salen volando. Iggiannguaq se echa a reír.

—¡Ja, ja! Aquí tenemos a una mujer que está lejos de poder competir con su marido.

Todo el orgullo de Arnarulunguaq se esfumó con los gansos.

—Vamos —añade él—, nadie se hace cazador a la primera. Te dejaré el rifle un rato cada tarde.

Con el discurrir de los días, conteniendo su vergüenza, ella se entrena bajo su tutela.

—Demasiado alto…, demasiado bajo…, demasiado tarde… Apunta a la cabeza. Respira antes de disparar.

Por fin, después de varias tardes, un ave cae fulminada.

Ahora Iggiannguaq la deja marchar sola. Ella ha prometido no cazar nunca presas grandes. No es que le falten ganas, pero sabe que esos animales, humillados de que los mate una mujer, desaparecerían. Al menos, las ocas y los patos están cada vez más presentes en el menú.

Las semanas transcurren demasiado rápido, el montón de pieles se acumula en el trineo, que se vuelve más pesado. A la vuelta habrá que fustigar a los perros para que logren avanzar por esa nieve que se ha vuelto pegajosa. Iggiannguaq debe ocupar otra vez su lugar en el grupo de cazadores, porque viene la temporada de rastrear el oso y el buey almizclero.

Una mañana, su tiempo a solas llega a su fin. Una pequeña perla en el collar de sus vidas.

8

¿Qué ha cambiado a su regreso?

El pedregal del monte Dundas, con forma de ubre, sigue custodiando la bahía de la Estrella. Pesados icebergs giran, prisioneros de las corrientes, destilando el sudor del deshielo. Flota un hedor de tierra húmeda y hierbas. El puñado de cabañas de piedra y barro sigue allí, rodeado de jaurías que aúllan junto al poste, secaderos de carne, desechos que flotan en los charcas del deshielo, donde los niños van a rebuscar algo con que fabricar un juguete. Sin embargo, ambos se quedan impactados por el nuevo revuelo que ha invadido el campamento. Las idas y venidas son más numerosas, las interjecciones desgarran el aire, imperceptiblemente más agudas. Todas las huellas de pasos en el barro convergen hacia la casa de los blancos.

A su regreso, dos estaciones atrás, Rasmussen y Freuchen solo habían traído unas pocas mercancías. En aquella ocasión habían pasado los meses siguientes cazando y pescando con la comunidad para sobrevivir y ser reconocidos como cazadores. Con sus escasas provisiones, los dos blancos habían emprendido, pese a todo, actividades de trueque. Los inuits lo practicaban desde siempre entre ellos o con los balleneros de paso, pero el método Rasmussen

era asombroso.

—¡Kununguap me ha dicho que si le llevara cincuenta pieles de zorro, conseguiría un gran cuchillo! —exclamó Iggiannguaq al volver de la tienda, adonde había ido a fumar.

—¿Cómo puede afirmar semejante cosa? —preguntó su padre—. Sabes bien que, si de veras quieres uno, le ofrecerás el doble. Y si tu vecino no lo necesita, no le dará la mitad.

—Ahora ya no es el caso —declaró Iggiannguaq, orgulloso de darle una lección a Uumaaq.

—Menuda tontería —gruñó el anciano—. Si todo el mundo puede tener ese cuchillo por el mismo número de pieles, ¿dónde está el orgullo de adquirirlo? Un día les di todas mis pieles a los balleneros a cambio de un cuchillo. Nos quedamos sin nada, ni siquiera para hacer los *kamiks*, pero yo estaba contento y todos me envidiaban porque me había costado caro conseguirlo.

—Quizá este cazador se dejó engañar y habría podido conseguir dos —se burló su hijo.

—¿Y yo qué habría hecho con dos cuchillos? No habría sido más feliz.

Poco antes de que volvieran Iggiannguaq y Arnarulunguaq, un pequeño barco de cabotaje logró llegar al campamento a través del hielo, cargado con las nuevas mercancías que convirtieron la casita en el corazón de la aldea. Además de los cuchillos, las hachas, los rifles y balas, los tarros de loza, las marmitas, las cajas de todo tipo, las bolsas de agua caliente, los jabones, las tijeras y las camisas alcanzan un éxito fulgurante. Llevarse a casa uno de esos objetos hasta entonces desconocidos o rarísimos provoca una alegría infantil. La excitación que perciben los dos jóvenes no es nada menos que el nacimiento de la sociedad de consumo. El método de fijar precios de

Rasmussen conlleva largas negociaciones. En la barraca de madera que se alza en la orilla, los tratos pueden durar días. Los que vienen de lejos se quedan a dormir en el «salón», y siempre es una oportunidad para que Knud organice una fiesta improvisada.

A su regreso, Iggiannguaq y Arnarulunguaq apenas se detienen el tiempo necesario para dar de comer a los perros antes de salir rápidamente para el puesto comercial. La casa se ha ampliado. Aún huele a madera y alquitrán. Además de la tienda en la parte trasera, una sala de estar conecta con una cocina y dos habitaciones. La vieja criada Vivi sirve un café, y a continuación se pasa a los asuntos serios cuando Freuchen saca la llave del almacén. El interior está oscuro. Las ventanas son escasas para evitar que el calor se escape. En el suelo y en unas estanterías endebles se amontonan los tesoros; hachas, cuchillos y rifles brillan a la luz de las lámparas de grasa, atrayendo todas las miradas.

Iggiannguaq y Arnarulunguaq pasan un buen rato contemplando semejante abundancia, piden aclaraciones sobre el uso de algunos objetos y se miran de reojo.

Entonces el hombre se lanza:

—Este mal cazador tiene tan solo unas pocas pieles, y su mujer es demasiado joven para saber curtirlas bien. Mi cargamento no debe valer gran cosa y no me atrevo a pedir nada a cambio.

Freuchen manda descargar el trineo, abre los fardos y evalúa rápidamente la cantidad y la variedad del trabajo. Conoce la reputación del cazador, pero está impresionado por el esmero que se ha puesto en el tratamiento de las pieles. Sin lugar a dudas, la joven que baja modestamente la mirada es hábil.

Comienza el juego.

—Bueno, ¿un rifle te gustaría?

—Me haría el más feliz de los hombres.

—¿Y necesitarías una o dos hachas?

—Ah, eso facilitaría enormemente el trabajo.

—¿Y un poco de tabaco?

—Es todo un detalle, fumaré pensando en ti. Si no es muy atrevido por mi parte decirlo, ese gran cuchillo me vendría bien.

La letanía se agota, pero Arnarulunguaq también quiere su parte:

—Esta pobre mujer estaría muy contenta con la olla y con las cucharas de hierro.

—¡Pero bueno! —replica su marido con tono teatral—. ¿Desde cuándo una mala esposa se atreve a reclamar?

La conversación dura cerca de tres horas, interrumpida por otros clientes que a menudo solo vienen para rozar los objetos con la mano, mientras miran con ojos codiciosos.

Finalmente las dos partes se despiden encantadas, convencidas de haber hecho el negocio del siglo. La pareja se apresura a invitar a la concurrencia para celebrar su regreso y presumir de sus adquisiciones.

La vida sigue. El pleno verano resplandece con un día perpetuo, es el momento para que los hombres saquen los kayaks y las mujeres preparen provisiones de pájaros, pescados, bayas y plantas que se conservarán en la grasa. Los perros se aburren, atados al poste, y llenan el pueblo de largos aullidos. La temporada estival no es la favorita de los inuits. Demasiadas tareas y requerimientos casi no dejan espacio para la vida en comunidad. Arnarulunguaq echa de menos las largas noches y las visitas cotidianas de cabaña en cabaña, sobre todo porque ahora tiene de sobra para ser una

brillante anfitriona.

Aunque todo parece seguir como antes, la tienda está cambiando profundamente las mentalidades. Arnarulunguaq lo nota en ella y en sus compañeras. Para una sociedad acostumbrada a la penuria, la proximidad de este lugar de abundancia supone una alteración profunda. Se crea una especie de adicción a ir continuamente al puesto comercial para admirar cualquier cosa, conversar durante horas sobre el interés de tal artículo, su forma, peso, tacto y los usos inconmensurables que podría tener. Da vértigo imaginar esa acumulación de riquezas tan cerca, y al mismo tiempo orgullo de que semejante tesoro repose en medio de sus pobres chozas. Empieza a atraer a familias venidas de lejos. Vivir en la bahía de la Estrella, Thule, como Rasmussen ha rebautizado a Uummannaq, suscita un sentimiento de presunción.

Una tarde resuenan los gritos de la mujer de Qidlutok. Delante de su choza, él le está dando una buena tunda.

Ajako, que pasa por allí, pregunta riendo:

—Pero ¿qué ha hecho esta mala esposa?

Sin dejar de abofetearla, el hombre rezonga:

—¡Ha cambiado una bonita piel de oso por doce tazas de café! ¡Miserable! ¡Sin mi autorización! ¿Con qué voy a hacerme un buen abrigo este invierno?

La mujer, que se protege como puede, dice entre sollozos:

—¡Ella creía complacer a su cazador! ¡Poder invitar a sus amigos sin sonrojarse!

Qidlutok baja la mano. Ya ha hecho suficiente para que todo el mundo sepa que sigue siendo el jefe.

—La mala mujer va a llevar todo esto de vuelta inmediatamente a Kununguap. Si hacen falta tazas, soy yo quien irá.

En el juego de visitar el establecimiento, adquieren productos inútiles que no se atreven a utilizar por miedo a estropearlos. El pantalón de paño hace su aparición, aunque es menos abrigado e imposible de secar. Arnarulunguaq se siente más tranquila por este comercio. Gracias a estas herramientas, la caza se ha vuelto más eficaz, el trabajo es más rápido y menos fatigoso. Si hubieran tenido rifles y con que fabricar buenas trampas, su familia seguramente se habría librado del drama del hambre. Además, va a la tienda con frecuencia porque los talentos de su marido se lo permiten. Sutilmente, la diferencia de estatus, que siempre había existido en la aldea, se ve reforzada.

9

El verano está exultante, los riachuelos canturrean y las mujeres, desnudas bajo el sol, acarician el vientre de los peces antes de enviarlos con mano segura a morir en la orilla. Las brisas de la tarde hacen estremecerse el delicado plumón de los algodoncillos que florecen en los charcos del deshielo. La tierra marrón ha vuelto a tomar posesión del suelo y se torna rojiza bajo las luces infinitamente oblicuas del crepúsculo. Los polluelos se dan prisa por crecer y empezar a volar. Al pie de los acantilados, las deyecciones de los nidos mantienen una flora colorida donde merodean los zorritos. Los icebergs se difuminan, a lo lejos, en la bruma estival. En la costa, el sol pega con fuerza. En las primeras horas reina una calma tan absoluta que se oye hasta el más mínimo susurro a cientos de metros a la redonda. En torno al mediodía, una brisa puntual se levanta y un temblor plateado recorre el fiordo.

Luego, con el transcurso de las semanas, el día se oscurece, la luna y las estrellas aparecen de nuevo, rugen las primeras tormentas y los que se fueron a cazar en las islas vuelven con su botín.

Una mañana, la bahía se cubre de una fina capa de hielo joven, el frasil, que atempera las olas. Un lodazal mitad agua, mitad hielo susurra en la costa a merced de las corrientes, y la marea abandona cristales traslúcidos que resplandecen bajo el sol oblicuo, formando una especie de punteado entre la tierra y el mar. Luego aparecen

placas de hielo hexagonales que oscilan aún, como si un animal respirara bajo la superficie, a las puertas de la hibernación. Finalmente todo se iguala, sellando por muchos meses el acceso a la vida marina. En unas semanas, el frío se instala. La banquisa frágil y oscura cede paso a un sólido manto blanco que marca el comienzo de la caza invernal.

En tierra, el invierno, el gran invierno, cubre de blanco y suaviza los relieves. Resulta difícil apreciar las distancias y el paisaje parece aún más inmenso, con su fulgor azulado bajo las estrellas.

Ahora que Arnarulunguaq ya no teme el hambre y su choza contiene todo lo necesario para satisfacer a los visitantes y a sus perros, acoge con serenidad estos cambios. La familia de un buen cazador no debe guardar demasiado tiempo las provisiones acumuladas a lo largo del verano. Eso haría suponer que no es capaz de cazar suficientes focas y morsas en el corazón del invierno. Así que la choza de la joven está siempre concurrida. Todos compiten con anécdotas que, en el transcurso de una velada, expanden las paredes de la choza.

Una tarde recibe a Uvisakavsik. En compañía de Uuntaaq, el suegro de Arnarulunguaq, participó tres años antes en el asalto del explorador Robert Peary al polo norte. Luego tuvo el privilegio de acompañar al aventurero durante algunos meses en su regreso a Estados Unidos.

Todo el pueblo se congrega cuando él relata sus anécdotas a medida que se van sirviendo los platos.

—Esos hombres viven en grandes mansiones, los unos encima de los otros, como mérgulos en un acantilado.

La asamblea guarda silencio.

—Sus mansiones están tan juntas que casi no se ve el sol y los

pasajes entre ellas parecen desfiladeros entre montañas.

—¡Ah! ¿Y cómo hacen para atar a los perros si no queda sitio? —pregunta Ajako, dubitativo.

—No tienen. Tienen caballos, unos animales que son cinco o seis veces más grandes y que también viven en mansiones. Por no hablar de una especie de cajas de hierro que avanzan solas y hacen un ruido espantoso. Pero esto no parece asustarlos. Allí dentro, miran a través de unos cristales más transparentes que el hielo.

Estas fábulas son recibidas con risas sinceras, que se transforman en lágrimas jocosas cuando el hombre describe unas viviendas que se desplazan sobre raíles de hierro, o barcos tan grandes que no podrían entrar en la bahía.

—Este Uvisakavsik es todo un bromista —dice entre hipidos Uuntaaq.

El hombre se subleva:

—¡Los de la bahía de la Estrella son unos ignorantes que solo conocen el culo de sus perros!

Uuntaaq está molesto. Le cae bien su amigo, le gustan sus bromas y le debe hospitalidad. Pero se han sobrepasado los límites. Encuentra la manera de rebajar la tensión:

—Le preguntaremos a Kununguap cuando llegue de cazar.

Para asombro de todos, este confirma lo dicho.

Arnarulunguaq, igual que los demás, está desconcertada. Trata de imaginar ese mundo, pero no se atreve a preguntar a Knud. Sueña con ver todo eso con sus propios ojos. Pero nadie llevará nunca a una mujer al país de los blancos. Para consolarse, se dice a sí misma que vivir y desplazarse en cajas no será tan divertido. ¿Dónde encuentran el placer del viento en la cara, del trineo que se desliza veloz, del hielo infinito con sus mil tonos de azul y gris?

10

Ese invierno, Knud pasa cada vez más tiempo en casa de Arnarulunguaq. Pero, lejos de describir la vida de los blancos, no hace más que charlar durante horas con su suegra, la anciana Kullabak, y la anima a que cuente las leyendas inuits. La joven escucha distraída mientras cose, y se pregunta qué puede interesarle de esas historias cuando podría ir a cazar o comerciar. Ese juego la intriga, sobre todo porque él hace lo mismo con las ancianas Anarjak y Aloqisaq, a las que acoge en su establecimiento. Escucha, y luego lo anota todo en un gran cuaderno.

La escritura fascina a Arnarulunguaq. Poder capturar los hechos y las palabras por medio de pequeños signos tiene algo mágico. Desperdiciar esta habilidad para contar chismes la sobrepasa. Pero Kununguap tiene todo el derecho, y seguramente sus buenas y ocultas razones.

El invierno se adueña del pueblo. El sol ha exhalado sus últimos destellos. Ni una sola franja, por pálida que sea, viene a surcar el horizonte. Bajo un cielo despejado, el gigantesco proyector de la luna ilumina la nieve de reflejos azulados como si fuera pleno día. Entre los treinta y los cuarenta grados bajo cero se solidifica el hielo de los fiordos, lo que facilita los viajes con las estrellas como única

brújula. A veces Arnarulunguaq se queda un largo rato fuera, cuando sale a dar de comer a los perros. La embarga el inmenso silencio y fantasea con la vida secreta que sigue su curso bajo el manto blanco, ese misterio que hará que broten de nuevo las plantas el verano siguiente. Envidia el diálogo que mantienen las raíces con los espíritus subterráneos que conservan para ellas el flujo de la vida. El gran invierno ya no la inquieta y la sensación de haber nacido dos veces le insta a saborear cada segundo sin preocuparse del siguiente. Ni el frío ni la noche pueden perturbar esta serenidad.

Con el tiempo nublado, el mundo se torna de un negro impenetrable e irreal. Únicamente los ruidos y unas vagas siluetas permiten determinar a hombres o animales. Cuando el viento se pone a aullar en un *crescendo*, los perros se dejan sepultar bajo la nieve y los humanos esperan pacientemente a que la furia de los elementos se agote.

Ese invierno, el asunto más comentado en las cabañas es la boda de Pittarsuaq, el gran Peter Freuchen. En otoño esperaba a una mujer blanca que él llamaba su prometida, pero la joven se echó atrás ante la perspectiva de pasar su vida en una vulgar casucha rodeada de «primitivos».

Peter se mudó entonces a una nueva casa en compañía del cazador Minik y de su mujer Arnanguaq, que, no siendo muy hábil en las tareas domésticas, se hizo con los servicios de la joven Mekupaluk para atender el hogar del blanco. Esta ha llevado una vida muy parecida a la de Arnarulunguaq. Una enfermedad contagiosa, que trajeron los cazadores de focas, diezmó a una gran parte de su clan. Acuciada por el hambre, su madre sacrificó a un recién nacido y la niña tuvo que implorar que la dejara vivir, arguyendo que pronto estaría en edad de casarse. La familia

sobrevivió a base de hierbas y excrementos de conejo.

Peter se acostumbra a la presencia de Mekupaluk, a su buen humor y a su vivacidad, que disipan sus pensamientos negros. Una noche, le pide que mueva su litera a su parte de la cabaña, lo que sirve para certificar un matrimonio.

Cuando su hermano viene a informarse de su ausencia en el domicilio familiar, la joven responde simplemente:

—Mira, es que ahora estoy ocupada cosiendo por mi cuenta.

Para marcar el comienzo de una nueva vida, se suele cambiar de nombre. Mekupaluk se convierte en Navarana.

Arnarulunguaq forma parte de las mujeres llamadas como refuerzo para coser lo antes posible un ajuar digno de la mujer de Pittarsuaq, que no puede ir con harapos y botas agujereadas. Seguramente sienta una punzada de envidia. Hasta entonces, ella era la mujer del mejor cazador. Ahora se ve superada. Pero esos pensamientos sucumben ante el encanto de una casa amueblada a la europea donde se le van los ojos tras cada objeto. Navarana ha aprendido rápidamente y se pavonea delante de sus amigas.

—¿Para qué sirven estos pequeños tridentes tan curiosos?

—Se llaman tenedores. Se usan para coger la comida. Es más limpio.

Un punto de condescendencia aflora ya en la voz de la anfitriona.

—Y este bonito frasco es realmente pequeño, no podrán meterse muchas cosas en él.

—Está reservado para la leche. Un polvo blanco que se mezcla con agua para suavizar el café.

—¿La leche que maman nuestros hijos?

Todas se echan a reír.

—No, leche de vaca. Son animales parecidos a los bueyes

almizcleros, más gordos y de pelo corto, que ellos crían como nosotros hacemos con los perros.

Esta explicación es seguida de un silencio dubitativo, y luego la curiosidad vuelve a imponerse. Cada una lanza su pregunta, que el relato de Uvisakavsik ha incitado. Arnarulunguaq no es la última en preguntar, y se divierte poniendo en aprietos a Navarana, que a menudo se ve obligada a responder:

—Esta esposa le preguntará a su marido.

Si las historias de Uvisakavsik parecen fábulas, las de Navarana tienen un aire de veracidad. Arnarulunguaq de pronto es consciente de que, mientras ellas están de cháchara mascando unas pieles, otros humanos comen, hablan, viven y se desplazan de manera totalmente diferente. El mundo siempre le ha parecido único e inmutable. Los únicos universos paralelos que ha podido imaginar son los de los espíritus que frecuenta el chamán. Pero finalmente la tierra parece muy vasta y habitada por gentes diversas, y su comunidad quizá no ocupe más que una pequeña parte.

11

Aquel invierno Ajako pasa mucho tiempo con Rasmussen. No es mal cazador, pero aún es demasiado inexperto para pretender mantener a una familia. Así que es libre como el viento. En ausencia de un padre al que habría podido acompañar en la caza, Knud le ha tomado bajo su tutela y el joven le profesa una gratitud y una confianza ciegas.

Un día, llega a casa de Arnarulunguaq muy emocionado, y anuncia que va a acompañar a Pittarsuaq y a Kununguap nada menos que a Dinamarca. Bajarán hacia el sur en trineo aprovechando el hielo del invierno para embarcarse, surcar el océano y presentarse ante el rey.

Que el joven participe en la expedición hacia el sur de Groenlandia no sorprende a nadie. Un desplazamiento semejante requiere varios trineos, *mushers* y cazadores durante lunas. Pero que lo hayan invitado a continuar el viaje hasta el famoso país de Knud y Peter constituye una verdadera sorpresa.

Arnarulunguaq empieza a soñar. ¿Tal vez necesitarán también una mujer para ocuparse de la ropa durante el largo trayecto? Por desgracia, solo Navarana los acompañará hasta el momento de embarcar y luego se quedará en casa de un pastor, esperando a que regresen.

Tan pronto como el hombre-luna se eleva en el cielo, tres trineos cargados hasta los topes parten de Thule. Arnarulunguaq no sale de su choza. Es de mala educación despedirse. La angustia y la pena no deben mostrarse. Sería una injuria para los que se van imaginarlos incapaces de superar los peligros de una expedición. Pero, en su fuero interno, tampoco quiere mostrar que se muere de envidia.

El tiempo se eterniza. Arnarulunguaq, que antes disfrutaba recibiendo a sus vecinas, ahora se irrita con sus chismes. Prefiere coser a solas para abandonarse a sus ensoñaciones, mientras intenta visualizar esos otros mundos.

Tras salir a mediados de abril, la expedición no regresa hasta siete meses después, al mismo tiempo que el invierno. Su viaje de vuelta resulta especialmente trabajoso con un barco cargado de mercancías, pero una fiesta grandiosa los espera a su llegada. Ajako recibe a todo el mundo en casa de su hermana durante días y días, en los que va desgranando las informaciones sobre el mundo. Con la teatralidad propia de los inuits, se acomoda en la plataforma, pide más café y sacude la ceniza del cigarrillo con negligencia.

—El gran océano es un horror. Olas altas como el monte Dundas rompen sin cesar. El gran viento estuvo a punto de volcar el barco y lo zarandeaba en todas direcciones. El pobre cazador estaba todo el tiempo mareado. Imposible permanecer tranquilamente de pie. Y, además, todo apestaba. El barco apestaba, los marineros apestaban, y hasta el agua de las barricas apestaba. Por culpa de la humedad y de las olas, que lo mojaban todo. También hacía demasiado calor. La foca desecada que este hombre se había llevado se llenó de moho. Incomible, ni los perros la habrían querido.

El coro, todo oídos, comenta profusamente estos contratiempos y el valor de su amigo. Arnarulunguaq está impresionada, pero conoce a su Ajako. Tiene que exagerar un poco para lucirse.

—Pero al llegar, Ajako, ¿viste a la gente vivir unos encima de los otros? ¿Los caballos tienen el tamaño de seis perros, y las cajas de hierros avanzan por sí solas?

El joven se hace de rogar.

—Ah, mi hermana es curiosa como toda mujer. Antes que nada, tengo hambre, y un estofado de oso con su caldo grasiento me sentaría bien.

Saciado, se limpia la boca con una piel de perro y se enciende otro cigarrillo.

—Sí, una sola casa contiene más habitantes que todo el pueblo junto. Yo viví en una. Hay una habitación diferente para comer y para dormir, e incluso otra para hacer tus necesidades. Es más práctico que entre nosotros, donde hay que salir y defenderse de los perros que te atacan para comerse los excrementos. Los blancos corren por todas partes entre las casas. Yo monté en una de las famosas cajas que llaman automóviles. Al principio el ruido es espantoso, pero uno se acostumbra. Te desplazas igual de rápido que en trineo, pero es menos cansado. No es necesario correr al lado.

Ajako cuenta tantas cosas que necesita varios días para describir las vacas, las ovejas, los árboles «diez veces más grandes que los nuestros», las campanas que resuenan, el alcohol que hace reír y luego da dolor de cabeza, las camas, la ropa de hombres y mujeres, y, sobre todo, sus sombreros grandes y extraños, las iglesias, los bares, el teatro.

Arnarulunguaq se impacienta. Por mucho que ella cocina raciones enormes para atraer a su hermano a su casa, él nunca

responde a todas sus preguntas. Ella se habría fijado más. ¿Cómo cocinan las mujeres, cómo cosen la ropa, cómo curan a los niños? Y esa vida que parece tan complicada, ¿es realmente más agradable que la suya?

Ajako confiesa haberse aburrido. Mientras Knud y Peter frecuentaban los salones y eran recibidos por el rey, a él no le quedaba mucho por hacer. El campo alrededor de la capital era poco propicio para la caza, y los animales salvajes apenas alcanzaban el tamaño de un reno. Ni una sola foca o morsa. La ropa era incómoda, sobre todo los zapatos. Las visitas a las que fue invitado respondían a un ritual complicado mucho menos divertido que en Thule.

Finalmente, la vida allí no parece del todo atrayente ni del todo abyecta. Pero es tan diferente que a Arnarulunguaq le da vértigo.

A veces, al oír el *ulu* rasgando las pieles, sentir su sabor a grasa rancia cuando hay que masticarlas un buen rato, acariciar plumajes ligeros y voluptuosos o pieles de focas recién nacidas, se pregunta cuáles serían sus sensaciones si viviera en aquel lugar remoto. ¿Qué tacto tendrían bajo sus manos esas telas y encajes? ¿Qué olores de cocina? Pero cuanto más piensa en ello, más le parece que esas costumbres diferentes serían del todo inútiles en su país de frío y oscuridad. Desde hace generaciones, su tribu ha perfeccionado el arte de alimentarse, vestirse, desplazarse, en una palabra, de sobrevivir en un territorio helado, poblado de animales salvajes, sin árboles ni vacas. Nada llena mejor la panza que la buena grasa y la carne de foca. Nada calienta mejor que una pesada pelliza de oso. Hasta los blancos los imitan cuando se van de expedición. Esta idea le hace sentir una especie de orgullo jubiloso.

Cuando Ajako ha agotado el tema de los daneses, prosigue relatando la vida de los inuits del sur. Los viajes desde Thule hasta allí no son infrecuentes, y conocen desde hace mucho tiempo esas

mil diferencias en su vida cotidiana. Cada cual añade una historieta que provoca risas.

—Allí no atan a los perros, que vagan por todas partes.

—Conservan la orina en un recipiente en el centro de la choza.

—¡Puaj! ¡Debe de apestar!

—Malos cazadores, parece que evitan a los osos.

—Esos flojos solo saben pescar.

Ajako se ve obligado a recuperar la iniciativa con noticias frescas:

—Aun así, sus casas se parecen cada vez más a las de los blancos, tres o cuatro veces más grandes que las nuestras, con muros blanqueados con cal y cristales como los de Kununguap. Allí hay una claridad asombrosa. En casa de los ricos, la plataforma para dormir está provista de cojines de pluma, tan finos que da hasta reparo subirse. Y de todas formas no es allí donde conversan, sino sentados en una silla delante de una mesa. La verdad, me parece menos cómodo que acostarse sobre unas buenas pieles de buey almizclero.

Los presentes se ríen con gesto compasivo. El aire de la choza está saturado de humo, que absorbe la luz y hace toser a los niños, una atmósfera cargada que propicia lo extravagante de las confidencias.

—Hay imágenes en las paredes: personajes con largos vestidos de los que brotan coronas de luz.

—¿Nuestro Ajako no habrá abusado un poco del alcohol de los blancos?

—¡Para nada! Es su religión. Todo el mundo va a la iglesia ahora, porque se reparten comida y ropa. Y la gente canta junta, ¡es una fiesta!

—Entonces, si construyéramos una iglesia aquí, ¿tendríamos

derecho a todo eso?

El joven ha maniobrado hábilmente para suscitar esta pregunta. Entorna los ojos y tuerce la boca, con gesto trágico.

—No creo que sea una buena idea. Esos pastores se meten en todo, no solo en la decoración de las casas. ¡Se encargan de decidir con quién debes casarte!

Un murmullo de incomprensión recorrió a los presentes. Ajako contó entonces su encuentro con una huérfana en Holsteinborg. Los dos jóvenes se enamoraron y decidieron irse juntos a Thule.

—Pero, la víspera de partir, el pastor vino a verme, furioso.

Levantó los brazos al aire y puso una voz cavernosa para imitar al reverendo.

—«Espero que no pretendas llevarte a esta inocente sin el sacramento del matrimonio». El matrimonio es un momento en el que el hombre y la mujer van a la iglesia para decir que van a estar juntos —explica—. Yo estaba dispuesto a arreglar las cosas y hacerlo, pero él se puso a gritar que no era posible porque yo no estaba bautizado. No hay quien lo entienda, al final prohibió que me llevara a la chica.

—¡Ah! ¡Ah! Pero no es tan complicado llevarse a una mujer, basta con bajarle el pantalón —exclama Uuntaaq entre carcajadas.

—Pues resulta que no —insistió el joven—. Ni siquiera Peter consiguió que cambiara de opinión. Y aquí tenéis al cazador solo, sin nadie que le calentara los pies, y a una buena mujercita que llora a un buen marido.

Arnarulunguaq escucha, ligeramente preocupada. ¿Knud y Peter traerán pastores algún día? Recuerda emocionada el regalo de Iggiannguaq. ¿Acaso ella necesitaba algo más para unirse a él?

La única autoridad en Thule se manifiesta por medio de palabras

entre los mejores cazadores y el chamán. Estos conciliábulos tratan sobre los objetivos de la caza colectiva, a veces sobre el precio de una reparación tras un asesinato. ¡Nunca jamás se habrían comentado líos de faldas!

Al margen de sus devaneos amorosos, Ajako cuenta por último que muchos hombres, aun siendo valientes, abandonan la caza para ir a trabajar en las minas, donde les hacen rascar la tierra que luego se carga en los barcos. A cambio, les entregan unas fichas de metal decoradas con inscripciones que les permiten ir a buscar comida en las tiendas.

De hecho, al poco de regresar, Knud y Peter empiezan a hacer circular una moneda que acuñan ellos mismos. El sistema es más práctico y rápido que evaluar cada vez qué objetos pueden cambiarse por qué pieles. Pero a los habitantes de Thule les lleva tiempo entender que esos vulgares trozos de metal representan cosas tan valiosas como un rifle y unas balas. Las monedas se acaban perdiendo, entregadas a las mujeres como adornos o a los niños para que jueguen con ellas.

Pero más aún que todas las historias de Ajako, lo que impresiona considerablemente a Arnarulunguaq es que Navarana ha aprendido a leer. Mientras esperaba el regreso de la expedición con la familia del pastor de Julianehaab, este la instaló para que cosiera al fondo de la sala donde daba clase. Desde allí podía vigilarla fácilmente.

Las mujeres se congregan ahora en casa de Navarana para que las conviden a café en tazas de porcelana y oírle contar su historia, cada vez con más detalles.

—Yo estaba en una habitación más grande que la tienda de Pittarsuaq. Detrás, los niños, vestidos todos iguales. Yo, con sus pequeñísimas agujas e hilos de colores, tenía que hacer dibujos en camisas de lo más finas.

Como prueba y para alargar el relato, saca una de las camisas, que circula de mano en mano, provocando comentarios y exclamaciones.

—Al principio no tenía tiempo de pensar en nada más, pero pasado un tiempo resultó más fácil. Entonces miré los dibujos que el maestro hacía en la pared. Hay un número determinado de signos diferentes que se llaman letras y que, combinados de la forma correcta, representan lo que se dice. Yo aprendí suficientes palabras danesas para comprenderlos. Ahora podré leer libros.

Una vieja suelta una risita burlona.

—¡Mira tú qué avance! ¿Eso va a hacer que se cocine la sopa?

Lame ruidosamente su platillo de café, escupe y masculla:

—¡Qué ideas tan idiotas! ¡Una mujer que lee! Imaginad, el cazador vuelve a casa y se encuentra a su mujer leyendo en lugar de cosiendo las pieles. Se tendría merecida una buena zurra.

Las presentes se echan a reír ante esa imagen improbable. Arnarulunguaq también se divierte, pero un ligero sabor a hiel le sube no obstante por la garganta.

12

Knud no tarda en volver a Dinamarca debido al fallecimiento de su hermano, y su estancia se prolonga a causa del estallido de la Primera Guerra Mundial. Se habla poco de ello en Thule. A Arnarulunguaq, como a los demás, el conflicto le parece desconcertante. ¿Por qué unas personas que poseen tanto necesitan destruirse? En el Ártico, las riquezas son demasiado escasas y las vidas demasiado frágiles para permitirse esas locuras. Naturalmente, no faltan la violencia ni los asesinatos, por los ojos de una mujer, para vengarse de un depósito de comida saqueado indebidamente o saldar viejas rencillas. Pero no se les da mucha importancia. El muerto, muerto está, y los vivos se arreglan sin él por medio de algunas compensaciones. En casos excepcionales, el consejo de los cazadores puede decidir que se ejecute a alguien demasiado agresivo o reincidente, que altera el buen funcionamiento del grupo. Los blancos, al llegar, declararon que todo asesinato era punible, y ahí los tienes ahora matándose a gran escala.

—Bueno, sus historias no nos incumben —dictamina Uuntaaq—. Y, además, parece que Dinamarca no está en guerra.

—Sea como sea —replica Iggiannguaq—, temen que les hundan los barcos por error. Pittarsuaq ya no recibe ninguna mercancía y pronto faltarán los cartuchos.

Cuando Knud consiguió finalmente volver al campamento en junio de 1916, rompió la rutina no solo con sus habituales fiestas endiabladas, sino también porque vino acompañado de un joven. Lauge Koch ya había pasado una temporada en Groenlandia en 1913, cuando era estudiante de Geología. En Thule, los aldeanos traducen esta disciplina como la manía de recoger piedras. Regala una caja de cien balas a quienes van a ayudarle durante al menos una luna. En cuanto a Knud, emprende la tarea de rascar la tierra en el fondo del valle, donde sostiene que existía otro pueblo. Es un trabajo sencillo en verano, cuando la superficie del suelo empieza a descongelarse, y hasta las mujeres pueden hacerlo. Arnarulunguaq, siempre atenta, se ofrece como voluntaria.

A una hora de camino desde su casa, en una meseta de tierra parda y rocas rojizas, quedan una especie de nichos, a veces rodeados todavía de un círculo de piedras. Unos sauces raquíticos han encontrado refugio entre esos vestigios, componiendo un extraño paisaje de montículos verdes y ocres. La gente de Thule conoce ese lugar, pues pasan por él al subir el valle, pero nunca han visto el interés en pararse allí.

Arnarulunguaq se entrega concienzudamente a la tarea. Tras cavar cuidadosamente, el equipo desentierra cimientos de chozas o depósitos de provisiones. Encuentran restos de utensilios de la vida cotidiana, puntas de flecha y de lanza. Aquello se convierte en un juego para la tropa de arqueólogos en ciernes. Tras cada descubrimiento, Knud se echa a reír y hace cabriolas como un niño. Una hoja de *ulu* un poco mellada, una lámpara, un montón de cráneos de animales, lo llenan de alegría.

Una tarde, Arnarulunguaq exhuma unos huesecillos esculpidos.

—Mira, Kununguap, está muy estropeado, pero parecen

animalitos. ¿Qué es?

El hombre se arrodilla a su lado y los hace avanzar, correr, pelearse. La joven pasa el dedo por las estatuillas aún rojas de tierra y se siente súbitamente emocionada. Unos niños jugaron allí, su padre les talló esas figuritas durante largas tardes, y mediante gestos representó una caza para su hijo, como hace Knud diez, veinte o treinta generaciones más tarde.

Arnarulunguaq le pregunta. ¿Quiénes son esta gente? ¿Por qué ni los más viejos de Thule han oído hablar nunca de ellos? Antes de rascar la tierra, nadie imaginaba que escondía un pueblo abandonado. El danés insinúa que son sus ancestros que vivían allí y que luego se habrían marchado para establecerse más cerca del mar, en la bahía de la Estrella.

Se muestra especialmente eufórico cuando sacan a la luz objetos diferentes de sus propias herramientas, elaborados de manera distinta, en piedras desconocidas. Ese pueblo comerciaba con la gran tierra del Oeste, o bien era originario de allí y los trajo consigo durante una gran migración. Rasmussen puede disertar durante horas sobre lo que ha bautizado como «la civilización de Thule». Examina cada pieza por todos lados mientras explica lo que imagina de sus costumbres, lo que comían, cómo se vestían o cómo vivían. Con cada historia, Arnarulunguaq tiene la impresión de ver revivir a esas personas y de estar en contacto espiritual con ellas, más allá de la muerte.

13

Cuando el invierno y su noche envolvente regresan, se abandonan las excavaciones. Llegan algunas familias procedentes de los campos de verano, el pueblo se refugia nuevamente entre bancos de nieve, bajo su manto de estrellas. Con la temporada de veladas y visitas, el rumor se propaga rápidamente: Knud y Lauge preparan una gran expedición hasta el punto más septentrional de Groenlandia, el cabo Morris Jesup. Quieren cartografiar los grandes fiordos, recoger rocas y plantas, encontrar restos de civilizaciones para ver hasta dónde se aventuraron los inuits al llegar de Canadá.

Todas las familias prestan su ayuda en un ambiente alegre, los hombres para fabricar los trineos y las armas, las mujeres con la ropa. Nada gusta tanto a los inuits como estos preparativos. Compiten por ver quién tiene los perros más valientes, el armamento más sofisticado, las pellizas más robustas.

Mientras ellas cosen colectivamente, a menudo en casa de Navarana, la discusión se enciende. El objetivo de la expedición no suscita unanimidad.

—De todas formas está bien saber lo que hay a nuestro alrededor, hasta donde llega la tierra por el lado de la estrella polar —sostiene Navarana.

—¿Pero a nosotros qué nos importa? ¿Por qué necesitamos ver territorios a los que nunca iremos a cazar o pescar? Los hombres

harían mejor en ocuparse de lo nuestro que jugándose la vida allí —replica otra.

—Pero quizá encuentren huellas del paso de nuestros antepasados, restos de aldeas, como este verano en la meseta —arguye Arnarulunguaq, orgullosa de su reciente sabiduría.

—¿Y qué? Montones de huesos viejos, *ulus* rotos, chozas derrumbadas, todo eso no da de comer —sentencia otra.

Sin embargo, todas están de acuerdo sobre el interés de los preparativos. La conversación hace las veces de salario, y cada una incluso tiene derecho a algunos artículos gratuitos en el almacén.

Mientras la gente se activa en las cabañas, llegan trineos cargados hasta los topes, que aprovechan que el hielo del mar ya está firme. Acarrean material complementario, así como dos nuevos blancos que se unirán a la expedición. Hendrik Olsen es un veterano que ya ha participado en expediciones en el Ártico. Thorild Wulff, un naturalista, regresa de los confines de China. Es un aventurero, sin duda, pero no sabe nada sobre la vida en el Gran Norte. Petter e Iggiannguaq se hacen cargo de él para enseñarle a dirigir un tiro de perros.

Arnarulunguaq estaría orgullosa de invitarlo a su casa, pero cuando le hace señas para que entre, él se tapa la nariz y se da la vuelta, dando a entender que la cabaña apesta.

Se aloja en casa de Navarana, que no duda en decir lo que piensa de su comportamiento.

—Es un vago que se pasa el día entero en la cama. No acepta la comida que se le ofrece y se pone a gritar que vamos a matarlo con nuestro pienso para macacos.

Aunque no saben lo que es un macaco, está claro que se trata de un insulto. Dicen que, en China, hacía andar a sus hombres a base de puntapiés.

Cada una de estas anécdotas es recibida por las costureras con exclamaciones horrorizadas. Por la tarde, Iggiannguaq vuelve de las sesiones de entrenamiento maldiciendo igualmente.

—¡Este hombre es malo y peligroso! No hay manera de hacer que corra, se queda repantingado en el trineo como una vieja, agotando a los perros. Tiene frío, tiene hambre. ¿Por qué Kununguap quiere cargar con semejante lastre?

Arnarulunguaq está encantada de contar estas historias entre las mujeres.

—¿Pero por qué viene aquí, si nos odia?

Navarana intenta contemporizar.

—Parece que es el mejor en su trabajo. Y Kununguap me ha dicho que les ha hecho firmar un papel a todos los blancos, donde se declara que no hay diferencia entre los inuits y ellos y que todos somos iguales.

Kullabak, la suegra de Arnarulunguaq, suelta una risita burlona.

—Ah, un garabato en un papel, no será eso lo que hará avanzar el trineo.

Lo irreparable para Wulff se produce el día en que reaparece la hermana-sol. La fiesta se espera con fervor desde hace meses. La oscura hilera de los participantes serpentea en la nieve virgen hacia la cumbre del monte Dundas. Cuando el rayo rojizo se filtra por el horizonte, coloreando de rosa los rostros y los icebergs aprisionados en la banquisa, resuenan los gritos de júbilo. Todos se quitan las manoplas y la capucha para exponerse a su luz.

—Hermana-sol, hermana-sol, ven a coger fuerzas en la tierra.

—Te estábamos esperando, mira nuestra alegría, vas a traernos de vuelta las aves, las plantas y todos los animales. ¡Bienvenida!

Todos se esfuerzan por sonreír torciendo la boca, triste por un

lado y alegre por el otro, para burlarse del nuevo sol y que piense: «Puesto que me ridiculizan, ¡lanzaré sobre ellos mis rayos ardientes!». Entonces, multiplicará su calor y la primavera llegará antes.

A continuación todos entonan a coro la oración más importante:

—Hermana-sol, mantennos con vida para que podamos festejarte el próximo año. Protégenos, y a nuestra familia también.

Solo una persona no se suma al fervor común: Thorild Wulff. Se sometió refunfuñando a las órdenes de Rasmussen, fue el último en subir y ahora, sentado en la nieve, se mofa abiertamente de los que se congelan los dedos en nombre de una tradición estúpida y oscurantista.

14

En cuanto el sol asoma por estas latitudes, los días se alargan rápidamente. La atmósfera grisácea da paso a una luz rosada y se percibe nuevamente el azul del cielo. Pronto volverá a aparecer la tierra marrón, al igual que la hierba verde. Ese despliegue de colores sigue causando efervescencia en el pueblo, que este año aumenta ante la inminencia de la partida.

Una mañana de abril, treinta y tres trineos y trescientos veintiséis perros se ponen en marcha. Según el rasero de la frugalidad inuit, la expedición es colosal. Durante tres semanas, veintisiete personas acompañan a los siete exploradores para transportar los víveres y montar puntos de avituallamiento.

Iggiannguaq y Arnarulunguaq no han logrado que los admitan en el seno de la expedición. En vista de su dificultad, Knud prefirió llevar únicamente a solteros. Pero sí forman parte, por supuesto, del viaje preliminar. Otras mujeres participan en él, pero Arnarulunguaq es con diferencia la conductora de trineo más hábil.

La nieve helada, todavía firme, cruje bajo los patines. Los tiros de perros bien alimentados se despliegan en abanicos perfectos y los animales, felices de correr, no necesitan los gritos de los *mushers*, que aun así compiten para hacerse notar. El sol, bajo aún, proyecta sus sombras desmesuradas, haciéndolos parecer una banda de gigantes de leyenda al asalto de la llanura blanca. Igual que sus

animales, los hombres sienten la alegría física ante el retorno de la primavera. Corren hacia el norte, como corremos hacia la luz o hacia la vida, con todas sus fuerzas, salvo Wulff, naturalmente, que nunca se baja del trineo.

Arnarulunguaq está exultante. El viento le silba en las orejas y le quema las mejillas. Con el cuerpo en tensión, atenta al jadeo de los animales y a la cadencia de los patines, que le informa del estado de la nieve, hace restallar la larga correa en piel de foca engrasada amorosamente, grita e insulta a los perros cuando se hunden en la nieve. Cuando todo va bien y la compenetración entre ella y sus animales es perfecta, se relaja y se pone a cantar, sabiendo que Iggiannguaq, que descansa en el trineo, sonríe al oírla.

Con tanto entusiasmo, las pausas son cortas y los días largos. Tras diez horas de marcha, el tiro que va en cabeza da la señal. Si el hielo lo permite, los hombres, armados con grandes cuchillos, cortan unos bloques para erigir iglús. En menos de dos horas se descargan los trineos y empieza a borbotear un buen estofado de foca o de narval.

Un día de cada tres, Arnarulunguaq da de comer a los perros. En el alboroto de los animales excitados, la joven se entretiene lanzando cada trozo, atrapado al vuelo. Los dientes, limados para que no muerdan las correas, les impiden masticar pero no tragarse los pedazos enteros. Ella siente sobre sí la mirada acerada de los animales, que siguen cada uno de sus gestos. Apenas se pronuncia un nombre y las orejas se ponen tiesas, el aullido se convierte en un gemido de placer anticipado. Tras distribuir todo escrupulosamente según la jerarquía de la jauría, comprueba que la estaca de amarre está bien firme y que los animales se acurrucan bajo la nieve seca. Es hora de ocuparse de los humanos.

Las noches en el iglú, se apiñan al calor de los cuerpos y

comentan los sucesos del día. Knud le pide al viejo Ulugatok que cuente algunas buenas historias. El chamán relata cómo invoca a Sedna, la que gobierna a los mamíferos marinos, para hacerla reír y ganarse sus favores. Rasmussen reparte tabaco entre los hombres y mujeres, que tienen los ojos llorosos en la atmósfera densa.

Pasado Etah, la última aldea de la costa, el equipo acomete el glaciar de Humboldt, el más grande del país según Lauge. El cielo despejado de los días anteriores se llena primeramente de nubes alargadas, como cirros que se espesan y terminan formando una tapadera oscura. Luego se levanta un viento del sudoeste, cargado de una nieve pesada. La marcha se ralentiza a medida que la pendiente se empina. Cada *musher* busca su camino, adelantándose o dispersándose, a riesgo de perderse en la niebla que cae.

Arnarulunguaq responde al gruñido lastimero del perro que va en cabeza con una sarta de improperios y hace chasquear el látigo a la altura de su lomo. El animal entiende que no le está permitido rendirse y empuja con el pecho, seguido por su manada. Pasan las horas. La pareja se turna, el que no conduce se desloma empujando por detrás para dar respiro a los animales. La nieve llega hasta las rodillas, luego hasta las ingles, se filtra pese a la finura de las puntadas y se mezcla con el sudor que las pieles apenas logran absorber. El lamento del animal se convierte en un grito de socorro y el perro se pone a dar saltitos. Arnarulunguaq comprende que ha detectado aristas de hielo bajo la superficie blanda. Es hora de hacer una breve parada para equipar a los perros con patucos que evitarán las heridas. Todo ha de estar organizado en el trineo en un orden perfecto para poder encontrarlo con los ojos cerrados.

El cielo, ahora de un gris uniforme, está veteado de copos arrastrados por el viento, que arrecia todavía y llena el aire de rugidos que reverberan entre las paredes de hielo. Es imposible

cruzar una palabra en medio de aquel estrépito, pero, por medio de algunos gestos, la pareja se pone de acuerdo sobre la dirección del paso, que solo el ángulo de los ventisqueros y el silbido del viento en el puente de la nariz les permiten localizar. El látigo, cargado de escarcha, se vuelve pesado, y la joven debe reunir sus fuerzas y su destreza para hacerlo chasquear con precisión a derecha o izquierda e indicar el camino a los animales.

Con un alarido, el trineo se para en seco delante de una grieta. Iggiannguaq se marcha un rato largo a explorar la nieve con un bastón. Está muy cerca y, sin embargo, resulta casi invisible en la ventisca.

Cada esfuerzo provoca ahora un pinchazo en todos los músculos. Hombres, mujeres y perros luchan codo con codo, como un solo cuerpo. Van ascendiendo, centímetro a centímetro, lo único que importa en medio de ese fragor es impedir que una pata o una suela resbalen. A veces vislumbran las sombras errantes de otros tiros que bregan.

Por fin un leve claro deja ver el collado. La tormenta arrecia y Arnarulunguaq teme que los animales salgan volando por los aires. En medio de un caos de gañidos, bramidos y gritos, en un último esfuerzo, el trineo se asoma a la otra vertiente, donde, finalmente a cubierto, el viento amaina. Pero la atención no debe relajarse si no quieren embalarse ladera abajo, dar tumbos y volcar el trineo. Pese a las ganas de acabar de una vez, los dos inuits deben frenar el descenso hasta un rellano donde los equipos se reagrupan.

Con la cara cubierta de escarcha, a Iggiannguaq no le quedan fuerzas para sonreír. Solo las perlas negras de sus ojos resplandecen mientras se vuelve hacia su compañera y, pese a tener los labios congelados, alcanza a decir:

—Iggiannguaq tiene una buena mujercita, valiente y hábil.

Arnarulunguaq siente que nunca ha recibido un cumplido más hermoso.

Esa tarde, cada cual se improvisa un refugio sencillo volcando el trineo a modo de techo. Un buen saco de dormir en piel de reno basta para calentarse.

En cuanto amanece, una vez comprobados los arneses y cargamentos, la columna reemprende la marcha. El grupo se disgrega según la ubicación de los depósitos de víveres, y los dos jóvenes son de los últimos en regresar a Thule. Arnarulunguaq, con el corazón henchido de alegría por esas semanas de expedición, contempla con un punto de nostalgia a Ajako, Knud y a los otros cinco seguir sin ella.

15

Dada la ausencia total de comunicaciones, no llega a Thule ninguna noticia de la expedición en cinco meses. La costumbre dicta que los viajeros establezcan hitos por el camino para indicar su paso y sus intenciones, un hilo de Ariadna tendido por si hubiera que salir a buscarlos. Pero ¿quién se encargaría de hacerlo? Los inuits no, pues ya tienen bastante con ocuparse de sí mismos. Tampoco los europeos, apenas enterados de esta expedición, tan alejados y poco aguerridos.

Durante algunas semanas, el trabajo absorbe a la comunidad. Iggiannguaq y Arnarulunguaq, como tantas otras familias, se han marchado a los campamentos de verano. Mientras la joven trata de concentrarse en las labores de la caza y la cosecha, sus pensamientos vuelven una y otra vez hacia su hermano, e intenta imaginar sus aventuras. Estas preocupaciones le impiden disfrutar esos momentos como había hecho en su primer viaje. Cuando regresan al pueblo y el día empieza a menguar, la espera se hace más larga. Sería indecoroso mostrar inquietud, pero los comentarios giran en torno al bote de tabaco.

—Con semejantes cazadores, seguramente se habrán entretenido para cazar bueyes almizcleros. Van a volver gordos como focas.

—Quizá hayan encontrado gente en el norte del norte y aún

están de fiesta.

—¡Eso si no se han agenciado unas guapas mujercitas para que les calentaran los pies!

Una tarde, mientras Arnarulunguaq masca pieles en la tienda en compañía de Navarana, la vieja Inaluk se pasa para que la conviden a un café. Hace tiempo que podría haberse ido a dormir para siempre sobre la banquisa, pero es una *angakoq*, una chamana. Habla poco. Cuando lo hace, su boca desdentada se abre como un pozo oscuro, un túnel hacia su ser profundo, un pasaje entre los humanos y los espíritus. Se queda un buen rato escuchando a Peter conjeturar sobre la suerte de sus amigos y acto seguido sale precipitadamente, se quita el abrigo, se suelta el pelo y se pone a salmodiar al tiempo que se balancea. Cubierto por el velo gris de su melena, su rostro esculpido por el viento y el frío parece tallado en piedra. Sus ojos vidriosos, casi blancos, miran fijamente la luna, como hipnotizados. En ese mediodía azulado, su canto lastimero y sus balanceos recuerdan a un rito funerario. Después de un largo rato de trance, suelta alaridos que hacen estremecerse de miedo al grupo que ha salido tras ella, y su cuerpo se desploma en la nieve. Todos se quedan petrificados.

Entonces se levanta y dice, en un susurro:

—Los que se marcharon, regresan, ya lo veo. Algunas mujeres pueden prepararse quitándose los pantalones. Ya llegan. Pero faltan dos.

—¿Quiénes? —pregunta Peter—. ¿Knud?

—¿Quién puede pretender que el hielo y el hambre detendrán a Kununguap? —dice ella, riéndose entre dientes con su vieja boca.

—¿Entonces, quiénes?

—Los que no encuentran en sí mismos el camino de las cumbres —suelta ella, antes de escabullirse.

Esa noche, un estrépito de perros sobresalta a Arnarulunguaq en la plataforma para dormir. Alguien repta por el túnel de entrada. Ella sube la llama de la lámpara, pero no reconoce enseguida al anciano que se abre paso. Pero es Ajako, sin duda. Su rostro, quemado por el reflejo y marcado por costras negruzcas, sus labios cortados y sanguinolentos, sus ojos ojerosos y aún hinchados por la oftalmia. Tiene la cara tan demacrada que los pómulos se le marcan de forma extraña. Su piel, sin un gramo de grasa, se adhiere a los huesos componiendo una verdadera calavera. Pero está vivo. Arnarulunguaq da un grito. La familia se despierta, se hace un hueco al recién llegado en la tarima y Kullabak pone una sopa a calentar. Normalmente se recibe a un recién llegado con bromas, y la conversación, ese arte del Gran Norte, arranca al instante. Pero allí se hace un largo silencio, como para dar tiempo a que Ajako se resitúe en el país de los vivos. Se queda mirando una escena invisible delante de él, y acto seguido empieza a murmurar. Pero su cara cuenta aún más cosas que sus palabras: el terreno imposible; los barrancos infranqueables; el hielo que, con el verano, se convierte en una sopa en la que les costaba avanzar, con el agua hasta las rodillas; la caza demasiado escasa; la oftalmia de las nieves, que le hacía alejarse del campamento para gritar de dolor; los perros enfermos a los que se comieron, aunque ya no tuvieran más que pellejo encima de los huesos; el agotamiento y el cara a cara con la muerte.

No pudieron alcanzar el cabo Morris Jesup, pero la expedición exploró numerosos fiordos y Knud los llevó al límite para seguir recogiendo muestras. Porfiaron durante semanas, mientras poco a poco iban perdiendo peso y animales. La elección de atravesar el *indlandsis*[2] a la vuelta para acortar el camino precipitó el desastre. Ninguna presa merodea en las alturas, ni siquiera un pájaro. Una

tarde, Olsen no volvió al campamento después de haberse separado del grupo. Esperaron tres días en la tienda, en medio de una tormenta. Al salir en misión de reconocimiento, Lauge avistó una manada de lobos con las fauces ensangrentadas.

El grupo se arrastraba, ya fuera sobre un hielo traicionero o sobre los pedregales, atenazado por el hambre y el agotamiento. Knud y Ajako, los menos maltrechos, decidieron adelantarse para buscar ayuda. Tras su marcha, Wulff parecía haber perdido por completo las ganas de vivir. Se demoraba, cuando cada minuto perdido podía resultar decisivo.

Y un día se rindió.

—Se acabó para mí. Dejadme tiempo para escribir unas cartas a mi familia, y luego marchaos. Ha llegado mi hora.

Sus tres compañeros no tenían fuerzas para discutir. Si hubieran vuelto media hora más tarde, apenas habrían distinguido la minúscula tienda de pieles en el gran blanco del mundo. Le dejaron un arma y una bala.

Una vez que todos los miembros de la partida llegaron a Etah, se organizó una expedición de rescate, pero era demasiado tarde para Olsen y Wulff.

Allí estaban, de vuelta en Thule. Cinco hombres de un total de siete, con papeles manchados de grasa y sangre en los que habían garabateado el contorno de nuevas tierras, cajas de piedras, plantas secas, huesos y puntas de lanza. Pero ¿a qué precio? Encontraron el rastro de mundos desaparecidos y seguramente demostraron que los inuits atravesaron el norte de la Cuenca de Kane, allí donde el paso marítimo con Canadá es más estrecho y hiela en invierno. Pero pesarán por siempre sobre sus conciencias las fauces ensangrentadas de un lobo y el punto oscuro de una tienda en la

nieve.

Lauge debe comparecer ante un juez danés que tiene la imposible tarea de determinar si le corresponde alguna responsabilidad en la muerte de Wulff. Pero ¿qué puede saber un empelucado habitante de Copenhague sobre el hambre y la extenuación? Knud y Lauge se enfadan por este motivo, ellos que parecían inseparables.

Arnarulunguaq ha escuchado a su hermano, petrificada. Ha visto antes humanos demacrados por el hambre, pero en su caso, el esfuerzo incesante que han realizado para seguir escalando las pendientes, luchar contra el viento, zafarse de los barrizales de nieve fundida, los ha llevado más allá del hambre. Se han convertido en puras miradas febriles. Ve de nuevo al grupo emocionado y feliz, estos hombres expertos del Gran Norte, grandes cazadores, provistos de abundantes armas, a los que sin embargo esta tierra sin fin ha triturado. Piensa en su decepción al no poder acompañarlos. ¿Habría sido de los supervivientes o de los sacrificados? Mientras ellos estuvieron ausentes, hablaba a menudo con Iggiannguaq del sueño de que los seleccionaran para ir esta vez hasta el final de una expedición. La historia que se contaba a sí misma estaba sembrada de dificultades y heroísmo, en los que la renuncia y el fracaso, que se alzaban ante ella, no tenían cabida.

Knud, su infatigable Kununguap, tardó varias semanas en recuperarse. Algunas mechas grises salpican su cabello y conservará para siempre una especie de cerco morado alrededor de los ojos.

Una tarde, Arnarulunguaq entra en la tienda. Él está sentado en el sillón, con un cigarrillo en los labios. Una lluvia helada repiquetea en el cristal y parece absorberlo por completo. Ella nunca lo ha visto tan pasivo.

—Kununguap aún debe de estar muy cansado, Ajako también lo

está. Por suerte, la tienda marcha bien y lo mantendrá ocupado. Los hombres dicen también que la caza promete este invierno, y han localizado respiraderos de narvales. Kununguap no debe estar triste y ha de olvidar sus andanzas.

Él se aparta de la ventana y se la queda mirando, con un fulgor travieso en los ojos.

—Eres muy amable, Arnarulunguaq, pero no estoy triste. La vida transcurre como debe transcurrir, y nadie sale de casa por la mañana con la certeza de que regresará por la tarde. Mira por dónde estaba pensando justamente en mi próxima expedición. Ya ves, nunca lograré calmarme.

—¿Pero qué sentido tiene arriesgar tu vida y las de los cazadores? Tienes los medios para vivir tranquilamente aquí, e incluso si te empeñas en descubrir restos de los antepasados, está ese yacimiento no lejos de aquí donde siempre puedes ir a excavar.

—Tal vez no me guste la tranquilidad. Ir adonde no ha ido ningún otro humano y dibujar tierras desconocidas compensa todos los miedos y todas las hambrunas. Son las últimas aventuras de nuestro mundo, y de ellas me nutro. La vida es demasiado corta para malgastarla repitiendo lo que ya conocemos. A mí me gusta dejarme sorprender.

Esta declaración de principios pareció devolverle la energía. Se pone en pie de un salto, esbozando casi un paso de baile.

—Hablas de los antepasados. ¿Sabes que tu pueblo vino del oeste, más allá del estrecho? ¿Has pensado que hay gente que todavía vive allí? Sé que algunos de vosotros a veces vais a cazar por esa zona y que habéis entablado amistades. Pero solo en la costa. Porque esa región es inmensa, mucho más grande que esto. Allí viven hombres y mujeres que prácticamente nunca han visto blancos. Son como tus ancestros, pero ancestros vivos, gente que

acaso sobrevive como hace diez o veinte generaciones. Ya ves, cuando pienso en esto, no me dan miedo los obstáculos, ni siquiera la muerte, solo tengo ganas de subirme a un trineo y marchar.

La joven lo observa, desconcertada. Él forma parte sin duda de ese linaje insensato que desafía las dificultades más descabelladas para ir adonde nadie lo espera. Esta idea le pareció apasionante hasta que estuvo a punto de perder a su hermano en el intento. Aun así, al pensar en ello, el corazón le empieza a palpitar con fuerza. Comienza a vislumbrar que se pueden dedicar esfuerzos a otra cosa que no sea la simple supervivencia, invierno tras invierno; una curiosidad en estado puro, sin justificación, la exploración del ancho mundo, las ganas de descubrir otras gentes, otros lugares y otras costumbres. A veces le avergüenza tener este pensamiento, como si traicionara a su clan. Pero allí, junto a Knud, en el calor de la tienda, el sueño ha resucitado.

16

Un mes después de su regreso, Knud viajó a Dinamarca. Allí se reunió con su mujer, sus hijos y su padre, anciano y enfermo. Arnarulunguaq lo contempla hasta que desaparece la mancha negra del trineo que se aleja hacia el sur, y se siente como una niña abandonada.

En el puesto comercial, carente de provisiones a causa de la guerra, falta de todo. Los aldeanos refunfuñan. Se han acostumbrado a la harina, el azúcar y el café. Los cazadores racionan las balas y afilan de nuevo las lanzas, pero la caza se resiente. Luego también se va Peter a Copenhague, ya que no queda nada para vender en la tienda. Estos adioses suenan como el final de un paréntesis mágico. El pueblo de pronto tiene la impresión de dar un salto cincuenta años atrás. Se adaptan, pero les queda un regusto amargo en la garganta.

Arnarulunguaq está nerviosa e irritable. Se compara con una perra a la que le han arrebatado sus cachorros y buscara constantemente la razón de su existencia. Knud ha despertado en ella el deseo de explorar otros horizontes. Se había abierto una puerta que tristemente se vuelve a cerrar.

En verano vuelve de vez en cuando al lugar de las excavaciones con el pretexto de poner trampas para ranas. En apenas un año, el viento y la erosión han dispersado los montículos de piedras que

habían extraído. Solo los nichos resguardados, donde crece una hierba rala, delatan una intervención humana. Por lo demás, la naturaleza ha borrado sus huellas. Entre la tierra ocre y el cielo de un azul intenso, solo el viento silba en sus oídos. Se sienta, cierra los ojos y se obliga a evocar los gritos de júbilo y las exclamaciones de los arqueólogos aficionados. A veces rasca y desentierra algunos restos, que acaricia, tratando de imaginar qué manos los sostuvieron.

—Tus ancestros vivos…

Estas palabras resuenan en su cabeza. Ahora sabe que su pueblo es depositario de una historia y una vida diferentes a todas las demás. Ha comprendido que las costumbres pueden cambiar rápidamente en contacto con otras y se pregunta qué quedará de ellos cuando lleguen los blancos, inevitablemente, en tropel. La invade un sentimiento de pérdida, sin que pueda explicárselo del todo.

Con el regreso del otoño y de la oscuridad, hasta este paseo se vuelve imposible. Más aún cuando no falta el trabajo de curtir las pieles del verano. Se pone a ello con desgana y esta apatía no pasa inadvertida a su suegra.

—¿La mujer del cazador no tendrá un niño en el vientre para andar tan distraída?

No, ni siquiera eso. Desde su boda, le habría hecho feliz concebir un bebé y colmar de dicha a Iggiannguaq. Las mujeres inuits son poco fecundas y ella sabe que basta con esperar. Hasta ahora sus sueños le han hecho suficiente compañía. Pero ahora que se derrumban, piensa que un tierno cuerpecito llenaría ese vacío.

Peter y Navarana regresan antes de que el invierno se instale. Ella, justamente, ha dado a luz a una niña. Se celebran algunos festejos, pero se echa en falta el toque de locura y la energía

comunicativa de Kununguap. Freuchen se ha traído consigo a un tal Nygaard para que lo ayude en la tienda, pero ese mentecato no resiste la comparación.

La primera vez que Arnarulunguaq regresa a por provisiones desde la reapertura, él le dice que no con un gesto cuando se acerca al mostrador. A fuerza de frecuentar a los europeos, la joven maneja un pequeño vocabulario danés.

—Un poco de harina, por favor.

Nygaard le suelta una larga perorata, en la que entiende la palabra *soltera*. Se queda sorprendida.

—Estoy casada con Iggiannguaq, gran cazador —afirma.

El otro insiste, «soltera, soltera». Hace grandes aspavientos y se niega a atenderla. Atónita, Arnarulunguaq se dirige a Pittarsuaq, que aparece de pronto intrigado por el ruido.

—¡Me niego a servir a esta mujer, que no está casada según los preceptos de Dios! ¡Hay que civilizarlos! —estalla el empleado.

En respuesta, Peter lo coge de los hombros y lo sacude.

—Escucha, si esperas a que todo el mundo se case ante el pastor, no venderás ni un clavo en cincuenta kilómetros a la redonda. Son ellos quienes nos han enseñado todo aquí. Sin eso, ni Knud ni yo habríamos sobrevivido. Antes de civilizarlos, como dices, al menos habría que hablar su lengua. Apréndela, eso facilitará el comercio. Vete a ordenar la mercancía mientras yo me encargo de atender a la mujer de Iggiannguaq.

Lo conduce con firmeza hacia la puerta del almacén y Nygaard se bate en retirada, rezongando:

—¡Esa lengua de salvajes! ¡Jamás!

Arnarulunguaq no ha entendido todo el diálogo, pero ha percibido un desprecio que le recuerda a Wulff. ¿Por qué ese hombre está tan

furioso con ellos? ¿Qué importancia tiene el estado civil para comprar harina? ¿Qué clase de blancos llegarán ahora? ¿Serán como Kununguap y Pittarsuaq o como Wulff y Nygaard?

17

El invierno es particularmente duro. Cuando el cielo se despeja, el aire es tan transparente que Arnarulunguaq siente que podría coger las estrellas. Pero el viento corta como una cuchilla cada centímetro cuadrado de piel al descubierto e Iggiannguaq vuelve de la caza con las mejillas tan tiesas que ha de frotárselas durante un buen rato para reanimarlas. Uuntaaq creyó incluso que se había quedado ciego después de que se le congelara el blanco de los ojos.

Hasta el trayecto más pequeño se convierte en una expedición. Para ir simplemente de una cabaña a otra, el frío quema en las narices. Cada bocanada de aire produce un vapor que se cristaliza inmediatamente en polvo de escarcha. Se ríen de ello:

—¡Ah, a esta mujer le ha salido un bigote blanco ahí afuera!

En la choza de Arnarulunguaq, pese a las lámparas encendidas, la costra de hielo no desaparece nunca de las paredes y las reviste de los reflejos dorados de un palacio de luz. La vieja Kullabak no sale de debajo de las pieles y se pasa el tiempo comentando con acritud:

—Estos cazadores se vuelven otra vez sin una foca. La banquisa es tan gruesa que esos bichos se rompen los dientes sin poder perforarla. ¡Qué desgracia! ¡Pronto faltará la buena grasa!

—Piuaitsoq ha oído a los lobos. Se están acercando y se comerán a nuestros hijos.

—Las pieles están tan congeladas que a la pobre Kullabak se le hiela la boca al masticarlas. Más le valdría a esa anciana marcharse sola al frío polar para reunirse con los espíritus antes de morir de hambre.

Arnarulunguaq sabe que exagera, pero lo cierto es que la caza escasea. Debe desplegar un sinfín de recursos para que los visitantes no noten que empieza a faltar, incluso en casa de uno de los mejores cazadores. Algunas imágenes la despiertan por la noche: su madre, con el rostro desencajado y los movimientos que se adivinan en la oscuridad de la choza, el ruido de la correa al mascarla. ¿Nada ha cambiado, pues, en casi quince años?

Un día, milagrosamente, un hombre informa de que una manada de narvales se ha quedado atrapada en una polinia, un agujero en el hielo que las corrientes mantienen abierto. Para respirar libremente, los animales se han juntado allí, firmando su sentencia de muerte. Esta caza salva al pueblo.

Cuando se harta de las quejas de su suegra, Arnarulunguaq procura escapar a casa de Navarana. Pero su mejor amiga se da aires. Como el establecimiento languidece, Peter y su familia emprenderán un gran viaje en primavera hacia Copenhague.

—Entiéndelo, los padres de Pittarsuaq deben conocer a sus nietos. Seguramente habrá que llevarlos a la escuela.

Navarana se pavonea en su papel de mujer danesa:

—Peter me ha traído telas de *chintz* y terciopelo para mis vestidos —dice con coquetería—. Pero, ya sabes, me toca apañarlos yo misma. Las mujeres aquí tienen las manos duras y destrozarían la tela —añade, sin tan siquiera darse cuenta del desplante.

—Pero sería más rápido, y al fin y al cabo sabemos hacer costuras tan primorosas que son impermeables —protesta Arnarulunguaq.

—No sirven de nada, habiendo paraguas.

La joven se retira discretamente, añorando los momentos compartidos y su antigua complicidad. Siente que algo en su comunidad empieza a resquebrajarse.

Poco antes de la marcha de Pittarsuaq, llega el anuncio de que la guerra ha terminado en Europa. La noticia de la derrota de Alemania no causa mucho revuelo en Thule, pero hace brotar la esperanza de que se reanuden los suministros. Asimismo, también se rumorea que Kununguaq ha salido de expedición al este de Groenlandia antes de volver a Dinamarca. No se ha molestado en enviarles mensajes. Así pues, los ha abandonado definitivamente.

Mientras trata de concentrarse en la costura de una pesada piel de oso, Arnarulunguaq da vueltas a sus pensamientos. ¿Acaso él los ha usado solo en su propio beneficio, en busca únicamente de algunos hábiles cazadores y costureras? ¿Tal vez solo se acuerda de la aldea gracias a los libros que dicen que ha escrito? ¿Qué necesidad tenía de venir a molestarlos y ofrecerles el oro y el moro para finalmente dejarlos frustrados?

Le habría gustado tanto participar en un gran viaje algún día. Se siente estúpida por haberse ilusionado con tales ensoñaciones. Exasperada, tira con fuerza de la aguja, que se rompe y desaparece en la piel espesa.

Con la nueva primavera, decide que es hora de recomponerse y no retomar sus paseos nostálgicos por los yacimientos. De nada sirve regodearse en su tristeza. Hoy por hoy, está llena de vida. Cada día siente el sabor de la carne en su lengua. Unas buenas pellizas la mantienen abrigada. Iggiannguaq no le pega y se muestra solícito por la noche, bajo las pieles. No la culpa por la ausencia de hijos. Ella casi se alegra, aunque no se atreva a decirlo. Así evita

quedarse embarazada en la choza mientras su marido se lleva a la esposa de otro para que lo ayude en las expediciones de caza. Sin ser chamán, es el mejor cazador, el primero en levantarse, el primero en pisar el hielo, quien establece los planes colectivos. Percibe mejor que los demás el alma de los animales. Tras la marcha de Navarana, Arnarulunguaq ha vuelto a ser la mujer más prominente de la pequeña comunidad, la que buscan frecuentar, la que siempre tiene un bocado de *mattak* para compartir. Su habilidad en la caza y en la conducción de trineos, su resistencia, al igual que su facilidad para tocar el tamboril y cantar, le granjean la estima de los hombres. ¿Por qué arruinarse la vida fantaseando con historias de blancos?

Sin embargo, cuando siente el hormigueo en el cuerpo, se marcha sola, regañando a los perros más allá de lo razonable, y se pone a correr al lado del trineo hasta perder el aliento. Cuando le arden los pulmones y le flaquean las piernas, se para en medio de la nada y encuentra la paz en la inmensidad inmóvil de la banquisa. La luz que despunta apenas por encima del horizonte tiñe de malva, rosa o verde las aristas de hielo que brillan como gemas. Esa belleza la sobrecoge y hace que se le salten las lágrimas. Ya no piensa en otros mundos, sino que se deja llevar y disfruta de esta tierra, su país, que vale más que todos los Copenhagues. Además, ¿los extranjeros que llegan allí no dicen sentirse fascinados?

Se sienta en el trineo, y los perros se quedan sorprendidos por este súbito cambio de plan. Espera. Inevitablemente, el silencio se ve roto por un fragor que recorre el suelo, semejante al de un animal furioso. Le siguen unos crujidos, débiles al principio, luego atronadores. El hielo se levanta, amasado por la mano invisible de las corrientes. Aparecen unas líneas de falla y cada bloque lucha por imponerse a su vecino. Se alzan el uno contra el otro, como bueyes

almizcleros luchando, pecho contra pecho. En medio de los crujidos y los truenos, los combatientes se separan, se encuentran, se agrupan. Se forman crestas de cinco a diez metros, que compiten por alcanzar el cielo. Los bloques de la banquisa forman ahora composiciones abstractas llenas de ángulos y puntas. Los últimos crujidos y se hace el silencio, como un *statu quo* tras el agotamiento de los protagonistas. Arnarulunguaq ama este paisaje surcado de líneas de vida secretas, que en verano se romperán para transformarse en océanos de vida.

18

Una mañana, mientras Arnarulunguaq reparte a los perros su ración de carne de foca, unas exclamaciones le hacen levantar la cabeza. Un barco serpentea en mitad de los icebergs. Todos los aldeanos se precipitan hacia la orilla. En la cubierta de una hermosa goleta con dos mástiles se encuentran Peter, Navarana…. ¡y Knud!

Un intenso torbellino se apodera del pueblo. Hay que descargar rápidamente las mercancías que abastecerán por fin la tienda antes de que se instale el mal tiempo. Los recién llegados apenas han desembarcado cuando, en medio de los preparativos de la fiesta, se propaga la noticia: ¡Knud prepara una expedición de varios años por el Gran Norte canadiense!

De nuevo, el ritmo de la vida ártica se ve trastocado. Rasmussen parece no dormir nunca, va de choza en choza, hablando, cantando, comiendo y dando instrucciones. Tan rápidamente como llegaron, los dos hombres se marchan nuevamente a Copenhague para completar los trámites. Navarana se queda en Thule, con la misión de confeccionar un vestuario completo que vestirá al menos a tres parejas inuits y a cinco blancos. La avalancha de trabajo desborda a la pequeña comunidad. Los hombres deciden hacer cacerías excepcionales para conseguir las pieles de foca, oso, caribú y buey almizclero. Incluso se sacrifican algunos perros viejos cuya piel servirá para hacer unos zapatos aceptables. Arnarulunguaq, como

los demás, descarna, curte y masca hasta que le sangran las encías. El día interminable aún le deja tiempo para poner los cepos para zorros, trampas para liebres y sobre todo para echar la gran red de mérgulos en los acantilados. No habrá *kiviak* este año, los pájaros que se amontonan formando una montaña de plumas tienen un destino diferente al plato. ¡Para hacer una sola camisa se necesitan ciento veinte!

Al terminar la guerra, las pieles traídas por Peter de Dinamarca se han vendido bien. Se paga a los inuits por su trabajo, el dinero corre a raudales y la moneda sustituye al trueque. En el barrizal del pueblo, se abre un surco en forma de estrella con la tienda como centro. Arnarulunguaq vuelve a sentir el placer de adquirir productos que daban por perdidos por siempre jamás. Siempre precavida, no duda en abastecerse de café, azúcar o harina. Siente una especie de embriaguez al ir acumulando, cuando las reservas demasiado abundantes suelen retratar al mal cazador, que es incapaz de rastrear presas en el corazón del invierno.

La llegada de las primeras placas de hielo hexagonales no ralentiza la actividad. La temporada de descanso y visitas se ve alterada. Cada luna llena, mientras los hombres salen en grupo a cazar tantas presas como sea posible, las mujeres se quedan cosiendo. Han decidido que las que participen en la expedición llevarán las mismas prendas que los hombres. Sus habituales pantalones en piel de zorro son de talle demasiado corto y resultan incómodos para correr. Cuando sea necesario escapar de los grandes fríos, de tribus hostiles o animales desconocidos, será mejor ir equipadas con abrigos largos y cálidos pantalones de piel de oso. Los pertrechos incluyen también sacos de dormir en piel de buey almizclero o reno, abrigos de primavera más flexibles, guantes de piel de mérgulo, paños en piel de gaviota, y suficientes manoplas y

zapatos para tener siempre de recambio. La lucha contra la humedad es una obsesión. En el frío glacial, el sudor se convierte al instante en una costra de hielo mortal. Los inuits saben mantenerse secos, sean cuales sean sus esfuerzos musculares, gracias al pelaje de los animales que absorbe la transpiración.

Arnarulunguaq se instala prácticamente en la tienda, movilizada para la ocasión. Las lámparas de aceite funcionan a pleno rendimiento. Sus compañeras, desnudas para mayor comodidad, trabajan sin descanso en medio de un torbellino de plumas y pieles, y hacen huir al remilgado Nygaard. Al pasar bajo las ventanas, se oyen los cantos y las voces excitadas de las costureras. Navarana va desgranando las noticias de su viaje. Aparte de la descripción meticulosa de su vida en Copenhague, cuenta que Peter se vio gravemente afectado por la gripe española, una enfermedad que ha causado estragos en las poblaciones debilitadas por la guerra. Sobrevivió, pero tuvo secuelas durante mucho tiempo.

Knud, por el contrario, no ha parado, alternando bailes, conferencias y, sobre todo, conciliábulos privados con sabios y donantes generosos. Está jugando la partida de su vida. Su sed de aventura y su felicidad de vivir en las comunidades inuits permanecen intactas. Ahora quiere consagrarse a su pasión por la etnología y la paleontología. En primer lugar por curiosidad, para comprender cómo esos pueblos colonizaron el Ártico. Pero también porque siente la urgencia de recopilar sus pensamientos y los métodos que les han permitido sobrevivir. Percibe el final de este modo de vida milenario en contacto con la «civilización».

Este viaje, que pasará a la posteridad con el nombre de Quinta Expedición de Thule, ha de ser el coronamiento de su carrera. Durará tres años. El primer año, el equipo operará en un radio de acción desde un campamento en las orillas de la bahía de Hudson. El

explorador elegirá a continuación a dos o tres personas y caminarán el tiempo que haga falta a lo largo de la costa canadiense, al encuentro de todos los grupos humanos a su paso, y avanzarán hacia el oeste, como el curso de un río, hacia el origen aún desconocido del poblamiento inuit.

Arnarulunguaq no tarda mucho en olvidar sus murrias y sus resentimientos hacia Kununguap. Cuando apareció el barco, sintió al instante que una oleada de alegría le recorría el cuerpo. Se jura a sí misma que este viaje será, también para ella, la culminación de su vida.

No le cuesta mucho convencer a Iggiannguaq de que presente su solicitud. Su marido aprecia al danés por su valor y sencillez. Es alguien con quien se puede cazar, reír, beber y comer como con un amigo. Este viaje les hará ganar dinero y prestigio. Esta vez, para una expedición de larga duración, Rasmussen quiere contratar a parejas. Arnarulunguaq y su marido son los primeros de la lista. La joven está exultante, más aún sabiendo que Navarana ha de quedarse en el sur de Groenlandia para esperar a su esposo.

Naturalmente, Ajako, hijo espiritual de Knud, será de la partida. Pero a finales del invierno, empieza a presentar síntomas de fiebre y a quejarse de dolores de cabeza. Este tipo de afecciones visibles se llaman *aanniaqs*. Son poco peligrosas y afectan al cuerpo de forma pasajera. Los inuits meten en el mismo saco los dolores de cabeza, de garganta, de oídos, de pecho o las indigestiones y afecciones cutáneas. Basta con esperar que se vayan por sí solas, y Arnarulunguaq se ríe para sus adentros de su hermano, que se queja exageradamente. Pese a todo, le prepara infusiones de aquilea, caldos de raíz de cálamo y le extiende por el pecho un emplasto de espondilio triturado en grasa de oso. Pero el mal, lejos de desaparecer, degenera en toses violentas y a veces

sanguinolentas. El *aanniaq* se ha transformado en *qanima*, uno de esos males internos, más graves y menos conocidos, como la tuberculosis o el cáncer. Esto requiere la intervención de Inaluk, la chamana, que había vaticinado el retorno de la expedición de Knud y Ajako.

Cuando la anciana entra en la choza, siente un escalofrío. Todo huele a muerte ya: la manera en que humea la lámpara de grasa, la forma en que las pieles cubren al enfermo, la taza de caldo que se ha volcado hacia el sol poniente. Los signos están ahí. Aun así, se pone manos a la obra y deja que sus manos recorran largamente el cuerpo de Ajako. Intenta comunicarse con la enfermedad, pero le parece que esta habla una lengua extranjera. Se pone a salmodiar para expulsarla hacia fuera, pero sin éxito. El joven conservaba de la terrible expedición anterior un rostro arrugado y de pómulos marcados. Pero ese día tiene las facciones tan tensas, la piel tan lívida y marcada por la cuperosis, que ya presenta un aspecto cadavérico. Todo su cuerpo se estremece y se crispa al compás del canto, como si una batalla sorda se estuviera librando en su interior. Y no ocurre nada. En un intento desesperado, Inaluk sale a la nieve como la vez anterior, se suelta el pelo y empieza a balancearse al tiempo que levanta los brazos al cielo. No mueve los pies, pero su cuerpo se retuerce y su voz se eleva hasta convertirse en un rugido. Nadie habría imaginado que semejante energía pudiera salir de un cuerpo tan frágil. Increpa a los *tupilaks*, los espíritus malignos, para que cesen sus maquinaciones. A continuación busca en el aire qué divinidades pueden haberse ofendido. Ya preguntó detenidamente a los parientes de Ajako para asegurarse de que no se ha infringido ningún tabú. Él no ha hecho el amor antes de salir a cazar, ni se ha reído delante de un animal muerto, ha quemado escrupulosamente sus uñas y cabellos tras cortárselos con el fin de que nadie los usara

para echar maleficios y ni uno solo de sus amuletos se ha desprendido accidentalmente.

Finalmente se pone en cuclillas, baja la voz y ya solo parece un montón de harapos olvidados. Entra en la choza. Tiene mil años.

—No puedo hacer nada por Ajako. Quizá ha frecuentado demasiado a los blancos y los espíritus se están vengando. No logro entrar en correspondencia con su cuerpo. Lo noto perforado por mil agujas, pero me resultan extrañas. Ninguna criatura responde a mi llamada. Su mal escapa a mi competencia.

¿Un mal de blancos? Arnarulunguaq piensa en la famosa gripe española que Navarana le describió. Va corriendo a la tienda a buscar aceite de alcanfor y brebajes de abedul. En un intento desesperado, pide incluso prestada una cruz cristiana que deposita sobre el camastro de Ajako, con la esperanza de que los dioses daneses les presten su ayuda. Su hermano, a quien debe la vida, no puede morir así ante sus ojos. No en la plenitud de la vida, ni antes de culminar juntos esa formidable expedición. Sabe que la vida y la muerte son hermanas gemelas, pero él ni siquiera ha consumado aún su andadura humana. Se estremece al recordar las palabras de Peter: la gripe española ataca preferentemente a los niños y jóvenes sanos y vigorosos. Esta enfermedad posee un espíritu perverso y encuentra un placer maligno en desbaratar las promesas.

Dos noches más tarde, Ajako, inconsciente, se vacía de todos sus fluidos, y una espuma sanguinolenta asoma en la comisura de sus labios amoratados. Cada una de sus respiraciones le arranca un gemido y luego, súbitamente, se interrumpen.

Arnarulunguaq le sostiene la mano hasta el final, como si pudiera insuflarle un fluido vital a través de ese contacto. Escucha hasta el más mínimo de sus estremecimientos y, cuando cesan, le parece que su propia vida se detiene. Permanece largo tiempo postrada,

percibiendo hasta las fibras musculares que se van quedando yertas, mientras se alza una barrera infranqueable entre ella y él.

Sale de la choza. No hay aurora. El cielo se ha teñido de violeta, salpicado de algunas pálidas estrellas. En ausencia de viento, una ligera neblina flota alrededor de los icebergs y desdibuja el monte Dundas. El silencio es abrumador, la muerte también se ha adueñado del paisaje. Se queda un rato largo en el aire helado, y poco a poco el latido de su corazón se intensifica hasta sentirlo en la punta de sus dedos, sus piernas y su cabeza.

19

Durante cinco días, según el rito, Arnarulunguaq vela al muerto, con el pantalón de su hermano sobre los hombros en señal de duelo. Ante ese cuerpo que ya se marchita, no deja de pensar en el niño que, gritando y agitándose, le salvó la vida. Oye de nuevo el ruido de succión de la correa en la boca de su madre y los llantos que se amplifican. ¿Por qué su hermanito debe ser el primero en irse? ¿Qué espíritus eligen dar vida a uno y muerte al otro? ¿Todo eso está escrito en alguna parte? ¿Qué huella dejará Ajako en la tierra? Su rifle, su pipa y su cuchillo, que serán depositados a su lado bajo las piedras de la sepultura, ¿serán un día exhumados por otros humanos que sentirán curiosidad por él y por su pueblo? Él amaba con pasión las expediciones y se consideraba el hijo adoptivo de Kununguap, con quien compartía una curiosidad insaciable; por eso, ella siente que debe mantener viva esa llama. En el próximo viaje a Canadá, no se conformará con ocuparse de los perros, la ropa y el iglú. Rendirá homenaje a Ajako participando activamente en los descubrimientos de nuevos lugares y de otros pueblos y sentirá en su hombro en todo momento la mirada afectuosa del joven desaparecido. Le corta un mechón de pelo y se hace un collar con él, que llevará siempre pegado a su piel. Le añade un trozo de garra de oso para celebrar sus cualidades de cazador, así como una pluma del Gran Cuervo, que lo ve y lo sabe todo.

Poco después, Navarana y Peter se van en trineo con parte de los aparejos a Godthaab, la capital de Groenlandia, de donde partirá la expedición. Arnarulunguaq se queda en Thule para supervisar los últimos preparativos con las dos mujeres que participarán en el viaje junto con ella, Aqtsaq y Arnaugaq, mientras sus tres maridos, Iggiannguaq, Bosun y Arkioq, recorren los campamentos vecinos para comprar perros. La avalancha de trabajo absorbe a la joven. Pero cada noche se queda dormida apretando el collar de Ajako y contándole los pormenores del día.

Dos semanas más tarde, Knud regresa para embarcar a Arnarulunguaq y al resto del equipo. Entonces, ese hombre que se ha codeado con la muerte tantas veces, que ha visto a sus compañeros morir en sus brazos y que se ríe de todos los vientos adversos, rompe a llorar. Ajako no solo era su hijo adoptivo y compañero de viaje, representaba para él la esperanza, que siempre albergó, de una alianza entre los blancos y los inuits. Secretamente soñó con un brillante futuro para el joven, que acaso se convertiría en un guía para los suyos. Una enfermedad europea se lo ha llevado y Knud reza para que esto no resulte premonitorio. Se queda un largo rato de rodillas ante el túmulo donde reposa Ajako, acariciando las frías piedras.

El proyecto debe seguir su curso. Acomodan a duras penas en el pequeño barco a las tres parejas, los fardos de ropa, las provisiones de carne y los sesenta perros a los que continuamente hay que impedir que se peleen. Los inuits están acostumbrados a apretujarse en espacios pequeños, pero allí, al hacinamiento se suma una atmósfera de humedad marítima. No hay manera de que nada se seque y muchos empiezan a toser y moquear. Para colmo, una parte de la tripulación ha contraído la sarna a causa de los parásitos que

han traído de un campamento. Así pues, es un grupo maltrecho el que llega a Godthaab, donde los sabios europeos se reúnen con ellos.

La llegada no supone un alivio. Allí los espera la noticia de la muerte de Navarana. Se fue tosiendo, su mal empeoró como el de Ajako y murió en los brazos de Peter, cuyo dolor se vio agravado por la negativa del pastor a enterrar a esa pagana en un cementerio cristiano.

La casi totalidad de los pasajeros se encamina al hospital, donde son tratados con abundantes fumigaciones de azufre para los sarnosos y aceite de alcanfor para los tísicos. La mayoría se recupera rápidamente, pero no Iggiannguaq. Arnarulunguaq cree revivir su peor pesadilla. En la parte reservada a los inuits, bajo la luz tenue de las estrechas ventanas, mira a este hombre, el valiente cazador que parece desaparecer bajo sus ojos. Pide auxilio a sus recuerdos, como si pudieran conjurar el hechizo, borrar la realidad igual que el viento borra las huellas en la nieve. Con los ojos cerrados, evoca al joven tímido que le regaló el *ulu* de cuerno, que la amaba entre los olores de la hierba primaveral, que no temía luchar contra los osos, que sabía reír y bailar. Al abrirlos de nuevo, casi siente una arcada ante esa piel verduzca, esas ojeras profundas y esa mirada febril.

Al cabo de algunos días, su marido tiene la misma respiración silbante que Ajako y escupe las mismas flemas. Tampoco allí las medicinas occidentales y las salmodias inuits surten ningún efecto. De nuevo ella lo acompaña hasta el final, sus miradas fundidas cuando él ya no puede hablar. Y llega el momento en que una espuma rosácea asoma en sus labios sin que un aliento la haga desaparecer.

En apenas unas semanas, Arnarulunguaq ha perdido a los dos seres más importantes de su vida. Se siente como una cáscara vacía.

Hasta ese día, su vida ha seguido una marcha ascendente. De la niña que debía ser sacrificada, ha forjado, a fuerza de voluntad, una mujer hábil y respetada. Este viaje debía consagrar todos sus esfuerzos y ahora todo se desmorona. Sin apoyos ya, tendrá que volver a Thule y encontrar rápidamente un nuevo marido que seguramente no será tan atento como Iggiannguaq. La abrumará con trabajo y sarcasmos, y quizá se empeñe en golpearla en público para dejar claro que ha domado a esa rebelde. Tendrá que despedirse de sus inquietudes y se marchitará como una vieja cascarrabias. Sin duda, la vida del Gran Norte sigue siendo el eje de su alma, allí donde se siente viva. No le gusta mucho lo que ve de los groenlandeses del sur, su poco entusiasmo por la caza, el mal comportamiento de sus perros, su tendencia al alcoholismo. Pero le parece que ya no le basta con respetar las tradiciones, su monotonía y previsibilidad.

Knud la colma de atenciones en cuanto se entera de la muerte de Iggiannguaq. Ella sabe que está sinceramente devastado. Una hermosa camaradería los unía y no había un momento en que no saltaran bromas entre ellos. Ellos fueron la primera pareja a la que él propuso participar en su nueva aventura y los consideraba el pilar de este viaje. Después de Ajako y Navarana, es el tercer fallecimiento de una persona ligada a la expedición. La ascendencia inuit de Knud le incita a pensar que alguna maldición flota en el aire, sin que pueda identificarla.

El día siguiente a la muerte de Iggiannguaq, ve a Arnarulunguaq sentada en un banco delante del hospital. Al oír que se acerca, ella abre los ojos como si saliera de una intensa meditación. Él se sienta a su lado. El sol calienta y la luz reverbera sobre las micas de las rocas, haciendo centellear la bahía allí abajo. Entre las matas violetas o amarillas de epilobios y amapolas zumban los insectos. La

vida resplandece cruelmente a su alrededor.

—Arnarulunguaq, estoy triste por ti. ¿Qué puedo hacer?

—Dos grandes cazadores se han ido, solo queda una vieja mujer, no hay nada que hacer.

—Yo puedo proporcionarte los medios para que te quedes aquí. Godthaab es una ciudad donde encontrarás en qué ocuparte y podrás establecerte.

—¿Quién necesitaría a una mujer para que masque las pieles? Aquí no cazan.

—Entonces puedo ayudarte a regresar a Thule.

—La mujer no puede quedarse sola.

Él intenta sacarla de sus pensamientos sombríos.

—Bueno, yo te daré todo el crédito que quieras en la tienda. Eso debería granjearte favores. Te sobrarán pretendientes para elegir marido.

Ella ni siquiera responde a la broma. El sol calienta a través de su ropa y despierta su instinto vital. Siente el sudor deslizarse entre sus pechos, los latidos de su corazón, el viento en las mejillas. Se avergüenza de su debilidad. Ahí está, lamentándose de su suerte cuando la vida le golpea las costillas. Ajako le dio una segunda oportunidad, ¿y encima se va a quejar? Sería hacerle un agravio. Entonces se vuelve con determinación hacia Knud.

—¡Llévame! Aún puedo servir para algo.

No necesita enumerar sus talentos, él sabe que es más hábil que muchos hombres.

—¿Sola? —pregunta, sorprendido.

Ella se atreve a decir:

—Los hombres y las mujeres del norte siempre te han ayudado. Hemos cazado, caminado, corrido junto a los trineos para ti. Hemos curtido pieles, cosido, construido iglús para ti. Te ayudamos en todo

lo posible y algunos no han sobrevivido para contarlo. Ahora puedes ayudarme tú. Tú nos necesitaste entonces, yo te necesito ahora. Llévame contigo.

Se queda callada, sin aliento tras esta larga y audaz parrafada. Knud la mira fijamente. Ya no tiene el aspecto derrotado que tenía unos minutos antes. Siente de nuevo la intensidad de la mirada de Arnarulunguaq, la luchadora que él conoce. Pero su labio superior, ligeramente tembloroso, delata una expectación febril.

—¿No prefieres quedarte con los tuyos?

—Los del otro lado del mar son también los míos, lo dijiste tú mismo. Son mis antepasados. Quiero conocerlos, saber de dónde vengo.

Arnarulunguaq siempre le ha parecido diferente. Al principio, la creía simplemente lista, luego constató su viva inteligencia. Vio su eficacia en todos los quehaceres tradicionales de su pueblo, pero se quedó sorprendido por su curiosidad y su interés por las excavaciones. Knud considera a los inuits sus iguales, pero se encuentra por primera vez frente a alguien que se adentra en su campo, lo que los sabios llaman antropología. Contempla, con una sensación de vértigo, a esa mujer bajita y recia que luce su eterna media sonrisa, con esos ojos ardientes que lo miran fijamente.

—¿Por qué no, después de todo? No en vano tu nombre significa «buena mujercita».

—La mujercita resultará útil —responde ella, con una sonrisa franca y jubilosa.

Agarra el collar de Ajako y le da gracias en silencio. Incitándola a partir, él le salva la vida por segunda vez.

Ahora toca encontrar un tercer cazador para reemplazar a Iggiannguaq, y hacen venir de Thule a Qavigarssuaq, apodado Miteq el Pato, un primo de Arnarulunguaq. Este alto mestizo de cara

cuadrada solo tiene veintidós años, pero ya posee una sólida reputación y una alegría de vivir contagiosa, algo muy importante para Rasmussen.

El 7 de septiembre de 1921, el *Sokongen* zarpa por fin de Godthaab. Además de los setenta y cinco perros, los seis inuits, Knud y Peter, la expedición incluye a Kaj Birket-Smith, geógrafo de veintiocho años que también desempeñará tareas de etnólogo y zoólogo, Therkel Mathiassen, veintinueve años, geógrafo, arqueólogo y versado en ciencias naturales, Helge Bangsted, veintitrés años, que hará las funciones de asistente y periodista, y Jacob Olsen, un antiguo vicario feliz de dejar el sacerdocio para servir de hombre para todo. Desde la altura de sus cuarenta y dos años, Rasmussen es con diferencia el más veterano y experimentado.

La última noche antes de partir, Knud, de manera excepcional, no ha organizado ningún festejo. Arnarulunguaq lo nota preocupado como nunca. Él le ha confesado que esta expedición sería el combate de su vida, una evolución de los conocimientos que lo hará famoso. Pero ella sabe también que se trata de la primera desde la muerte de Hendrik y Wulff y la responsabilidad pesa, sin duda, sobre sus hombros. Espera que, como a ella, los grandes páramos y la vida salvaje le devuelvan la sonrisa.

20

Desde hace una semana, el *Sokongen* serpentea entre los icebergs y los témpanos, avanza, recula y los rodea para ganar terreno hacia el oeste, en medio de una bruma persistente. Aparecen y desaparecen catedrales fantasmales a apenas unos metros del barco. De vez en cuando una sacudida indica una colisión, pero el viejo cascarón ya se ha visto en otras peores. En la atmósfera saturada de humedad, entre los aullidos de los perros, cada cual se repliega en sí mismo. Para Arnarulunguaq, este limbo neblinoso es bienvenido. No quiere hablar con nadie, para digerir y afianzar su decisión. Por momentos, en las sombras que dibuja la niebla, intenta reconocer el rostro de uno de sus dos queridos difuntos bendiciendo el viaje.

Cuando el *Sokongen* raspa el hielo cada vez con más fuerza, empiezan a buscar un lugar para desembarcar. Knud elige un islote cerca del continente canadiense, al norte de la bahía de Hudson, y lo bautiza como la isla de los Daneses. La meseta pedregosa cubierta de musgo y osamentas de mamíferos marinos no es en absoluto acogedora, pero es el lugar más próximo a tierra firme que puede alcanzarse en aquellas aguas poco profundas.

Arnarulunguaq se siente decepcionada por el paisaje, que le parece raquítico. Le vienen a la memoria algunos retazos de su luna de miel, efluvios de los mantos verdosos con los que preparaba su lecho. No siente ninguna afinidad con ese universo plano, cuando se

está tan bien acurrucada al pie de una montaña. ¿El gran espacio canadiense del que Knud le habló es siempre así? ¿Una inmensa y monótona sucesión de llanuras? Imagina a sus antepasados descubriendo con asombro las cimas de su región. Los ve acercarse en sus *umiaqs*, los pesados barcos maniobrados por las mujeres, observando los relieves que asoman en lo alto, como dicta la redondez de la tierra. Poco a poco la montaña debió de invadir su cielo, y quizá se mantuvieron a distancia durante mucho tiempo, sorprendidos y ligeramente preocupados. Ella tiene ganas de tenderles la mano, tranquilizarlos y decirles que todo irá bien. Estos pensamientos actúan como un bálsamo. Con quienes se encuentre, descendientes de la misma estirpe, tendrá cosas que compartir.

Se instalan el mes siguiente. Mientras los hombres montan una cabaña que servirá de campamento base, Arnarulunguaq sale con Miteq a rastrear las huellas de presas. Parecen abundantes y los dos primos llenan los depósitos invernales. Estas actividades pronto sacan a todos de su letargo. El tiempo de la incertidumbre ha pasado y llega el de la acción, que mantiene ocupados tanto los músculos como la mente. Knud ha recobrado su empuje y su encantadora sonrisa. Lanza frecuentes guiños a Arnarulunguaq, sin que ella sepa si es una manera de agradecerle su presencia o simplemente para dar rienda suelta a su alegría.

El día se va. La luz palidece, despojando a las arenas de sus reflejos dorados. Por la mañana, un manto de escarcha cruje bajo las botas alrededor de la cabaña. En noviembre hiela intensamente y los estrechos se cubren de blanco. Un viento traicionero se cuela en la cabaña y congela a todos hasta el punto de invadir sus sueños. Los inuits están impacientes por volver a las expediciones y a la comodidad de los iglús.

Al final del mes, Knud se marcha a explorar el terreno con Arnarulunguaq, Miteq y Peter, mientras los demás examinan las primeras ruinas halladas cerca del campamento. Al poner las cuerdas a los perros y cargar los trineos, la joven recupera por fin el placer de la partida y la embriaguez de la incertidumbre. Tan pronto como silba el látigo, los animales, excitados tras los largos meses de espera, se lanzan hacia el territorio continental.

Marchan sin saber muy bien adónde, provistos de un mapa engañoso. La proximidad del polo magnético hace que la brújula se vuelva errática, y de vez en cuando Peter intenta tomar posiciones con su teodolito. Rasmussen, que odia los cálculos, prefiere orientarse por medio del sol, las estrellas o los *sastrugis*, las estrías de nieve formadas por el viento. Se fía sobre todo de su instinto y de los posibles encuentros que surjan en el camino. En el fondo, no le importa vagar. Está entre los suyos. Basta con correr junto a los perros, llenar los pulmones de aire helado, cazar cuando se tiene hambre y tumbarse sobre las pieles cuando se tiene sueño. Tras poner rumbo al oeste, el grupo remonta un fiordo interminable donde esperan completar su provisión de focas. Un aire glacial se estanca bajo un camafeo de nubes grises que se estiran en largos jirones. La humedad se cristaliza y forma una escarcha que vuelve la atmósfera casi espesa. Corren junto al trineo, que atrapa una nieve pegajosa, con la sensación de lanzarse al vacío, lo contrario de lo que habían soñado. Los dos equipos procuran no perderse en esa masa grisácea.

Mientras Knud y Arnarulunguaq están parados esperando a sus compañeros, oyen una detonación. No hay confusión posible, se trata de un disparo. Incapaces de ubicar de dónde viene el ruido en medio de esa niebla, intercambian una mirada llena de inquietud. ¿Acaso sus amigos han tenido un mal encuentro, tal vez con un oso

que habrían despertado al pasar? Pero el segundo trineo aparece poco después entre la bruma. Ha sido otro quien ha disparado. ¿Un cazador? ¿Un autóctono que alberga malas intenciones? Al fin y al cabo, no saben nada de esos pueblos. Sueñan con encuentros fraternales, pero ¿quizá el miedo a los extraños transformará sus pacíficas intenciones en continuas escaramuzas? Los cuatro admiten al mismo tiempo que no habían contemplado esta situación. Peter quiere sacar los rifles, pero Knud se lo impide.

—Sentémonos tranquilamente en los trineos. De todas formas, ellos llevan las de ganar. Que no sientan que buscamos un enfrentamiento.

Transcurren unos minutos eternos. Perdidos, inmóviles en aquella inmensidad mortecina, bien podrían no existir. De hecho, es quizá lo que les sucederá pronto, piensa Arnarulunguaq: cuerpos abandonados, manchas rojas en la nieve grisácea.

Una ligera claridad rompe la grisura. A lo lejos, una línea oscura corre entre el cielo y la nieve. Con los prismáticos, Knud distingue una larga fila de trineos parados y una pequeña silueta que avanza hacia ellos. Un hombre solo, eso suele ser una buena señal. Rasmussen, impulsivo, no puede contenerse y corre a su encuentro. ¿Cuántas veces se ha repetido una escena semejante en la historia de la humanidad? Dos seres llenos de esperanzas y dudas corriendo el uno hacia el otro. ¿Cuántas veces la incomprensión o el miedo han ganado y han convertido la situación en un drama?

—¡Saludos de los que viajan en son de paz! —grita Rasmussen en groenlandés.

Su interlocutor se queda parado. Estas palabras suenan con un acento extraño, pero las comprende. Suelta una risa sonora.

—¡Sean bienvenidos los huéspedes que llegan! —exclama.

Se ha ganado la partida. Peter, Miteq y Arnarulunguaq, que

siguen estos instantes con angustia, se relajan rápidamente. La misión va a poder comenzar. Por fin están allí, delante de ellos, los akilinermiuts, «los hombres de más allá del gran mar», que han venido a su encuentro. La joven aprieta con fuerza el talismán de Ajako.

La pequeña columna se une a la grande. Reina un ambiente jovial. Nadie entre los akilinermiuts parece preocupado. Las mujeres aprovechan la pausa, tumbadas sobre la nieve como si fuera un sofá, para pasar ágilmente a los bebés del capuchón a la teta, mientras reciben a los recién llegados como a viejos vecinos.

Arnarulunguaq se fija en que su ropa se parece a la de los suyos; está hecha de hermosas pieles pero la de las mujeres está claramente confeccionada con piel de reno de pelo largo e incluye faldones cortos por delante. En cuanto a los hombres, llevan una larga cola en la espalda. Todos son bastante altos, gozan de buena salud y sus risas incesantes dejan ver unos bonitos dientes blancos. La expedición está de camino a sus cuarteles de invierno, tierra adentro. Un encuentro tan extraordinario no puede desperdiciarse. Se ponen a buscar un lugar propicio para festejarlo. Con una rapidez que deja asombrada a Arnarulunguaq, los akilinermiuts construyen tres iglús. Menos de dos horas después de su encuentro, las lámparas de aceite difunden luz y calor sobre las plataformas cubiertas de pieles. Con los perros ya alimentados y los abrigos y *kamiks* puestos a secar, la olla de la carne empieza a humear. Dejando a un lado la presencia del té y la harina, los productos del hombre blanco apenas parecen haber llegado a sus anfitriones. Knud se alegra de ello. Los cuchillos se hunden por turnos en la marmita, los hombres primero, las mujeres y los niños después, y la conversación se eterniza.

Rasmussen les pregunta por las tribus y los campamentos de los

alrededores. Arnarulunguaq escucha con la máxima atención. Peter toma notas y, para su sorpresa, Papik, el que vino a su encuentro, coge la hoja para dibujar un mapa. Señala lugares, menciona algunos nombres y Arnarulunguaq se queda asombrada de lo mucho que esas denominaciones se parecen a las de la bahía de la Estrella. No puede ser casualidad. ¿Quién las ha inventado: ellos o su pueblo? Si lo que Rasmussen afirma es cierto, las tradiciones y nombres definidos por otros habrían avanzado hacia el este, de generación en generación, entre los pliegues de pesados abrigos. Los akilinermiuts y ella son los herederos de estos antepasados comunes. Observa con atención a sus compañeras en la plataforma: la anciana que balbucea a las puertas del olvido, la joven de mejillas carnosas que devora a los blancos con la mirada, el bebé que mama del pecho de su madre con los ojos cerrados, ¿le recuerdan a otros rostros familiares? En su tribu se presta una gran atención a los detalles corporales, que sirven para poner un nombre a los niños una vez cumplidos sus primeros años. Cada uno lleva dentro de sí algunas características físicas de un difunto, que se reencarna así a través de una melena o de un rasgo facial. De modo que ella busca correspondencias entre esa gente y los de su tribu, pero ninguna le resulta evidente.

Knud se apresura entonces a llevar la conversación hacia las leyendas. Espera encontrar historias parecidas a las de los inuits de Thule, que confirmarían su teoría de un origen común.

Ivaluardjuk toma la palabra. El anciano conserva un aspecto imponente, con sus largos cabellos blancos que le caen sobre un rostro moreno erosionado por los vientos y el frío. Habla del «espíritu de los mares», la diosa que gobierna a las bestias desde el fondo del océano y que el chamán debe aplacar cuando, furiosa con los humanos, les niega el acceso a las focas y peces. Arnarulunguaq

comprende que habla de la diosa que los suyos llaman Sedna. El anciano deriva enseguida en una melopea personal, que supuestamente evoca sus recuerdos de infancia. Tiene una voz suave y cálida, que modula hábilmente. Sus arrugas se relajan y dejan ver surcos claros allí donde el sol y el viento no han podido marcarlo, lo que le confiere un extraño rostro bicolor, punteado por unos ojos negros, brillantes como gemas.

¡Ay, aya!
Los mosquitos y el frío, esas plagas, nunca van juntos.
Me acuesto sobre el hielo y me castañetean los dientes.

Las mujeres repiten a coro:
Aya, aya, ya…

Tiré la lanza al reno de grandes astas.
El arma alcanzó al macho en la grupa.
Se estremeció de dolor y se desplomó, inerte.

Aya, aya, ya…

Los cantos requieren esfuerzo y busco las palabras…

Arnarulunguaq no oye el final de los cantos. Saciada y tumbada sobre las pieles, se queda dormida con el mismo abandono que habría sentido entre los de su clan. «Los del otro lado del mar» son iguales que los suyos.

Al día siguiente, la comunidad se disuelve tan rápidamente como se formó. Cada uno debe atender sus quehaceres. Los akilinermiuts se van hacia el interior a cazar los renos bien alimentados y gordos que abandonan los inmensos pastizales del Gran Norte. Además de

la carne, su pelaje, de nuevo espeso, será propicio para confeccionar prendas de abrigo. ¿Volverán a ver a estos amigos? No se sabe. Al menos han pasado una excelente velada.

Arnarulunguaq casi tiene ganas de seguirlos. Se imagina en compañía de Papik, de Ivaluardjuk, de sus mujeres e hijos, con sus sonrisas y el sentimiento de solidaridad que da esa horda fraternal. Ya no tiene vínculos ni estatus en su Uummannaq de origen y se adaptaría rápidamente a las pequeñas diferencias culturales. Se haría valer, encontraría un marido entre esos jóvenes cazadores, aunque ninguno de ellos podría reemplazar verdaderamente a Iggiannguaq.

Entre los exploradores, siente siempre la condescendencia más o menos amistosa de los blancos, y, en cuanto a los cinco inuits de Thule, su condición de mujer sola les incomoda. Es consciente de que la ven como «la buena obra de Rasmussen». En un grupo nuevo haría tabla rasa con el pasado. Confía en su habilidad y en su buen humor. Observa a la columna alojarse con unas ganas locas de salir corriendo tras ella.

A su lado, Knud examina la pata de uno de los perros. Una piedra demasiado puntiaguda lo ha herido. Sus cortas manos, llenas de tajos y cicatrices, palpan las almohadillas con asombrosa delicadeza. Está concentrado y sonríe con empatía al animal. El perro, habitualmente huraño, le devuelve una mirada perdida. Arnarulunguaq no puede traicionar a este hombre. Él le ha dado otra oportunidad y ha confiado en ella, seguramente contra la opinión de los suyos. Él levanta la cabeza y le lanza uno de sus acostumbrados guiños.

—Ya está, Asuik vuelve a estar listo para la acción. ¡Ahora, rumbo a las Tierras Baldías!

Ella se siente de nuevo preparada para seguirlo al fin del mundo.

21

Las Tierras Baldías son esa inmensa tundra del norte canadiense que se extiende de un lado al otro del continente. Una tierra de aguas, lagos, ríos y pantanos, salpicada de colinas. Casi un desierto para los humanos y un paraíso estival para los mosquitos, los pájaros y los renos. En este inicio del invierno, el frío hace que estos territorios sean de nuevo transitables para los trineos. Arnarulunguaq observa a Peter y Knud inclinados sobre la hoja en la que Papik dibujó un mapa. Confía en ellos, sabe que los llevarán al encuentro de esa civilización original. Está convencida.

Viajan varios días por esas lúgubres y tristes llanuras que les hacen añorar los poderosos relieves groenlandeses que, sin embargo, tanto esfuerzo les habían costado. No hay donde fijar la mirada. Podrían estar allí o en cualquier otra parte. Podrían desaparecer y solo la turba se acordaría de ellos. A veces, un sol de otoño incendia su mundo con un degradado rosa, naranja y malva, pero la mayor parte del tiempo no hay más que grisura y brumas. El suelo, helado en profundidad, impide que las aguas del deshielo se filtren, y eso ha formado charcas y lodazales. Los perros resoplan al atravesar una papilla glaciar poco firme. Arnarulunguaq se desgañita y hace restallar el látigo.

—¡*Atsuk*, *atsuk*, a la derecha, a la derecha!

—¡*Haguu*, *haguu*, a la izquierda, a la izquierda!

—¡*Yuu*, *yuu*, seguid, seguid!

Cuando los animales vacilan demasiado, salta del trineo y corre delante para marcar el camino, mientras Knud empuja por detrás.

Al caer la tarde, avistan un promontorio más seco. Tras diez o doce horas de marcha, aún deben construir un iglú, cazar unas liebres o pájaros para ahorrar provisiones, curar a los perros, fundir nieve para conseguir agua, arreglar la ropa, apretar una correa o cambiar un listón del trineo, sacudir abrigos y manoplas y ponerlos a secar. Pese a la fatiga, Arnarulunguaq se desvive por estar en todas partes, como una indispensable y sonriente ratoncilla.

—Miteq, he puesto a descongelar unos sesos de caribú en grasa. Te vas a chupar los dedos.

—Pittarsuaq, quédate al calor del fuego, ya me ocupo yo de apretar los amarres de tu trineo.

Después de cenar, mientras ella sigue ocupada remendando un descosido, Rasmussen, que había soñado con una carrera de tenor, entona una cancioncilla en danés. Ella lucha contra el sueño para terminar su labor y disfrutar de esa extraña familia en la que va encontrando poco a poco su lugar.

Se ponen en marcha al romper el alba, entre el blanco sucio de la nieve y las nubes bajas.

Una tarde, a la orilla de un lago congelado, Arnarulunguaq divisa una silueta sumergida hasta los hombros en el agua, que se agita furiosamente.

—¡Kununguap! ¡Mira, hay alguien allí!

El sujeto se incorpora, los detecta y echa a correr para escapar. No piensan dejar que huya sin saber de dónde viene. Azuzan a los perros, lo agarran de los hombros y lo arrojan sobre el trineo. Se trata de una mujer. No para de gritar, pero en cuanto Arnarulunguaq empieza a hablarle en inuit, se calma. Es una anciana que estaba

pescando salmones. Serenada por la lengua familiar de los desconocidos, saca a un bebé del abrigo y se suelta a hablar. Al no poder tener más hijos, ha comprado este gemelo a cambio de un perro y de una sartén para freír. Se echa a reír.

—¡Un buen precio, desde luego!

Sin dejar de parlotear los guía hasta su pueblo, compuesto de tres chozas, e impide que los habitantes huyan gritándoles:

—¡Vienen del lado bueno!

Este santo y seña indica que llegan del norte y no de las tierras de los indios del sur, que, cuando siguen a las migraciones estivales de los renos, no se privan de atacarlos. Knud está eufórico. Los harvaqtoriuts, «el pueblo de los torbellinos», representan la civilización del reno, muy distinta de los cazadores de mamíferos marinos que conocen.

El grupo se instala en el iglú de la anciana, y los días siguientes transcurren en largas charlas. Sus leyendas son a la vez diferentes y similares a las de Thule. Arnarulunguaq vuelve a darse cuenta de ello. Los «hijos de liendre», unos malvados personajes procedentes del sur de los que se habla en Thule, tienen un parecido asombroso con las descripciones que les hacen de los indios. Sin embargo, ninguno de ellos ha estado nunca en Groenlandia.

Arnarulunguaq empieza a comprender la forma de actuar de Peter y Knud. Ahora agudiza el ingenio para detectar cada similitud o diferencia entre sus modos de vida. Integrándose en la comunidad de mujeres, recoge detalles sobre el curtido de las pieles de reno, los tabús o las recetas de las larvas de tábanos. Admira sus técnicas, se entretiene con ellas y a veces las cuestiona. A la etnóloga novel le resulta difícil no hacer juicios de valor. Le parece sucio que coman la carne con las manos, cuando pincharla con la punta del cuchillo es más apropiado.

Rasmussen se burla de ella.

—¡Vaya! ¿Es que los tomas por unos salvajes?

Ella se ofende. ¡Salvajes! Ya ha oído esta palabra referida a ella en boca de algunos blancos. Siente, no obstante, un ápice de superioridad. El fuego de carex, una planta que las mujeres van a buscar lejos, caminando fatigosamente en el barro, solo difunde una luz débil y apenas calienta. Ve sus manos sucias, tras pasar el verano descarnando los renos, y sus uñas gruesas. No llevan el pelo trenzado, sino que les cae sin gracia por el rostro. Su ropa es más descuidada, sin ninguno de esos bordados que decoran las prendas de las mujeres de Thule.

Aparte de algunos rifles y marmitas de hierro, obtenidos a cambio de despojos de zorro, los iglús no albergan ningún objeto exógeno. Pese a ello, hasta estos raros bienes irritan a Rasmussen.

—¡Aquí los tienes, sometidos a la civilización del bidón!

Arnarulunguaq aprovecha para pagarle con la misma moneda.

—¿Al gran blanco le gustan los pueblos que viven en la indigencia? Olvida que fue él quien vino a abrir una tienda y trajo hachas, cuchillos, tabaco y café.

Arnarulunguaq se acuerda de lo que le contó la mujer de uno de los cazadores. A causa de los rifles, los renos, temerosos, se han desviado de sus rutas tradicionales de migración. La cacería fue un fracaso y un tercio de la población murió de hambre. Todo ello resuena dolorosamente en su memoria: la hambruna, las familias exhaustas en las chozas heladas, muertos que se quedan sin enterrar por falta de fuerzas, y hasta casos de antropofagia.

Sin embargo, estas penalidades parecen olvidarse rápidamente. Bastan algunas capturas y vuelven a pelearse, reír, cantar y contar historias sin pensar demasiado en el próximo invierno.

Un día, una de las mujeres le suelta:

—¿La mujer tiene a esos tres hombres por maridos?

Otra apostilla:

—¿Y ninguno de los tres te ha dejado embarazada?

—¿Cuál es su favorito? ¿Peter, el alto? ¿El pequeño Miteq?

—No —interviene una anciana—. Es Kununguap, estoy segura. Se debe de estar calentita en su cama.

Todas se echan a reír y la joven baja la mirada, como pillada en falta.

Sin embargo, nunca ha compartido sus noches. Ellos andan más bien enzarzados en una especie de juego intelectual a ver quién recoge más información sobre las reglas y los tabús de esta tribu: los que deben respetar un cazador o su esposa, una mujer casada, embarazada, o con el periodo; las preparaciones culinarias en función de la estación, del tiempo que haga, de la actividad a la que se dediquen, del origen terrestre o marino de la presa…, todo ello forma una retahíla sin fin. En este juego, Rasmussen sigue siendo el mejor por el momento.

Una tarde, estando todos en la choza de la anciana, Knud pregunta al chamán:

—Aua, ¿por qué todas esas obligaciones? ¿Cómo sabes que sirven de algo?

El hombre se queda pensando mientras da largas y ruidosas caladas a su pipa. Las volutas de humo enturbian la luz de las lámparas.

—Nuestro vecino Kuvdlo lleva cinco días sin cazar ninguna foca. El iglú, sin grasa, está frío y los niños tienen hambre. ¿Puedes decirme por qué? Mi hermana, que ha trabajado duro toda la vida, está enferma y acabando sus días entre sufrimientos. ¿Puedes decirme por qué? A todos nos aterran el hambre, el frío, la

enfermedad, las penalidades y la muerte. Pero ¿cómo esquivarlos? Tú mismo los temes. El mundo está lleno de espíritus de la tierra y del aire, de las almas de los humanos y de los animales muertos, que son poderosos y que tememos. Nuestros padres y los padres de nuestros padres nos han legado leyendas y prácticas basadas en la experiencia de generaciones. Nos han dado reglas y nosotros obedecemos, porque no tenemos otras respuestas y tenemos miedo.

Es raro que un inuit suelte una parrafada tan larga. Se hace un silencio, solo alterado por las caladas de la pipa. Arnarulunguaq da vueltas a esas palabras en su cabeza. Ha anotado todas las diferencias en los tabús, riéndose a veces por lo bajo cuando le parecían exageradas o inútiles. Ahora su mano se crispa sobre el collar de Ajako. Sus propias prácticas, ¿han evitado que muriera? ¿E Iggiannguaq? ¿Y la hermosa Navarana? El Dios todopoderoso al que rezan los blancos, ¿los libra del sufrimiento y la muerte? Todos tienen miedo, pero nadie tiene respuestas.

22

En esas latitudes, en lo más crudo del invierno, hay luna llena durante ocho días seguidos, y luego de forma intermitente durante cuatro días antes de desaparecer por completo los siguientes ocho días. Rasmussen decide aprovechar su presencia para emprender el camino de vuelta a la isla de los Daneses. La travesía arranca sin nubes y el enorme globo los acompaña, eclipsando las estrellas. La luz es casi tan fuerte como en pleno día, pero de un azul metálico que anula las perspectivas y desdibuja las distancias.

—Mira, la hermana-luna nos sonríe, tendremos un buen viaje —bromea Arnarulunguaq, y señala las manchas oscuras que dibujan en el astro un rostro jovial.

El frío también ha hecho acto de presencia. Las temperaturas oscilan entre los veinticinco y los treinta grados bajo cero. El aliento se cristaliza nada más salir, y cae sobre el mentón como si fuera nieve. Tienen que friccionarse regularmente las mejillas y la nariz para evitar que se congelen. Pero a los perros les encanta correr sobre esta superficie dura y los humanos se dejan arrastrar por el entusiasmo. Los patines chirrían, el viento de la travesía silba en los oídos. Se deslizan por la planicie de las Tierras Baldías con la sensación de que aquello no se acabará jamás. Solo las pisadas de los perros y el rastro de los patines hienden el paisaje. El viento levanta partículas de hielo y los sumerge en una especie de niebla

permanente. En cuanto el horizonte se hace visible, Peter saca el teodolito y el reloj mientras Arnarulunguaq o Rasmussen se hacen sombra con la mano para observar los *sastrugis*, esas crestas de nieve paralelas a los vientos dominantes que les permiten marcar un rumbo.

El tiempo pasa, marcado por el orbe de la luna, pero poco les importa. Solo el cansancio que advierten en los perros indica que es hora de hacer una breve pausa. Tras doce o quince horas de marcha, un pliegue del terreno les ofrece un refugio precario. Para ganar tiempo, solo montan la tienda y fijan los armazones de hueso de ballena con piedras. Incluso apretados los unos contra los otros en sus sacos de piel de reno, el frío los despierta a intervalos regulares, haciéndoles sentir que la sangre se les ha congelado en los miembros. Por la mañana hay que sacudir los abrigos durante un buen rato para descongelarlos y empezar corriendo junto al trineo para que el calor corporal termine de desentumecerlos. Comen un trozo de foca cruda que Arnarulunguaq ha conservado cuidadosamente y uncen a los perros.

A mitad de camino, transcurre un día sin un soplo de viento. Galopan como nunca, animados por una energía furiosa nacida de la brutal simplicidad de los elementos. No existe nada más que sus músculos contraídos, el clamor de los perros, la oscuridad del cielo, el amarillo pálido del disco lunar y el blanco azulado de la nieve. Pero al final de la tarde, Miteq exclama de pronto:

—¡Un vendaval! ¡Allí!

Ante ellos, un muro de un blanco sucio corre a su encuentro. Uno de esos fenómenos imprevisibles que el Gran Norte guarda en secreto. Unos minutos más tarde, una furia los envuelve. Arnarulunguaq ya no puede abrir los ojos ni respirar sin dar la espalda al viento. Varios perros son arrastrados por los aires y sus

aullidos se pierden en la ventisca. En su tierra, Groenlandia, habrían podido percibir los signos de la llegada del huracán y encontrado un peñasco o un iceberg tras el cual refugiarse. Allí, nada. Menos mal que los dos trineos se han mantenido cerca y, sin mediar palabra, los cuatro se apresuran a volcarlos el uno contra el otro. De un alegre día de travesía, pasan, sin transición, a la urgencia más absoluta. Pero hace mucho que Arnarulunguaq lleva grabada en sus entrañas esa cercanía entre la vida y la muerte, y los mil caminos que llevan de la una a la otra. Con sus compañeros, encuentra la energía para resistir, el cuerpo en tensión, las botas raspando el hielo para clavar los pies en él. Finalmente logran volcar los trineos, de cara al viento. Guarecidos bajo ese refugio precario, lo sienten temblar y tambalearse bajo las embestidas. Arnarulunguaq sabe que si cede, el frío polar los adormecerá y les dejará el rostro liso y apacible de los soñadores eternos. En esa tierra perdida, solo los zorros, los glotones o algunos lobos hambrientos les rendirán un último homenaje.

El ruido es ensordecedor, entre rugidos y estruendos, interrumpido por remansos inverosímiles. Apretados los unos contra los otros, tratando de conservar hasta la última partícula de calor, solo se comunican mediante la presión de sus brazos entrelazados. El tiempo se hace eterno mientras se van enfriando y el frío abrasador empieza a lacerarles la carne. Pero poco a poco la nieve los envuelve, y forma una coraza protectora sobre el refugio improvisado.

Arnarulunguaq está acurrucada entre Miteq y Knud. Ella siente la respiración de él detrás de su cuello. Un soplo ligero y templado. Por primera vez, piensa que no quiere morir sin haberse unido a él.

Por fin cesa la tempestad, con la misma brusquedad con que había empezado. El viento lanza un último estertor y cae un silencio

sepulcral, más profundo si cabe porque la masa de hielo que se cierne sobre ellos ahora forma una costra endurecida como la piedra, de la que son prisioneros. Cuando se percatan, Rasmussen inunda la cueva con su risa legendaria.

—¡Vaya! Soñábamos con estar dentro y ahora soñamos con salir.

En la oscuridad, no pueden darse la vuelta y menos aún acceder a una herramienta cualquiera. Ese refugio será tal vez su tumba. Para lograr liberarse rascando las paredes, Peter propone un método que le oyó a un viejo cazador: cada uno moja un guante con saliva para que, al congelarse, se convierta en una especie de pala. Milímetro a milímetro, pese a la anquilosis y al agotamiento, siguen raspando con empeño. El sistema es poco eficaz. El guante se reblandece rápidamente al frotar. Se estorban en aquella cueva oscura. No cruzan ni una palabra, tan solo algunos gruñidos. Arnarulunguaq tiene la sensación de haberse quedado sin saliva a fuerza de escupir, siente todos sus músculos en tensión para imprimir la máxima fuerza a sus dedos. La inmovilidad es una tortura, y la visión de sus cuerpos encogidos por siempre jamás le revuelve el estómago. Deja la mente en blanco. Solo importa el tacto del hielo a través de los guantes, las esquirlas que se desprenden o resisten, árbitros inconscientes de su supervivencia. Empieza a faltar el aire. El cerebro de Arnarulunguaq le grita que inspire a pleno pulmón y absorba de golpe las pocas partículas de oxígeno que quedan. Le hace falta toda su voluntad para respirar lentamente. Pero, minuto a minuto, el hielo se va volviendo más traslúcido. Por fin, una minúscula abertura hace bailar un rayo de luz en su sepulcro de hielo y se ponen a gritar a coro. Una hora más tarde permanecen allí, aturdidos bajo la luna, como si nada hubiera ocurrido. Liberan a los perros, que también estaban sepultados, y se ponen de nuevo en camino.

Al día siguiente, la luna desaparece durante ocho días. Deben avanzar bajo las nubes, en una oscuridad casi completa, guiándose por los *sastrugis* y ralentizando la marcha para no romper un patín entre los bloques de hielo. En cada trineo, uno explora delante de los perros, mientras el otro empuja o a veces descansa sobre la plataforma. A Arnarulunguaq no le gusta esta oscuridad neblinosa, que le hace sentir como si avanzara en una inmensa tumba. Esta época del año está hecha para quedarse a la cálida luz de las lámparas. Es el mejor remedio contra el invierno y la locura polar, esas crisis en que los seres, sintiéndose abandonados y privados de toda esperanza, se ponen a gritar, a convulsionarse y a echar espumarajos, son capaces de arrancarse la ropa, tirarse al agua e incluso pueden llegar a matar. Pero no les queda otra, hay que avanzar, y se acuerda de la promesa que le hizo a Ajako. Debe ser digna de la expedición. Le parece sentir el collar quemándole la piel.

A veces el cielo se despeja y las estrellas derraman el suficiente resplandor frío para que recuperen el ánimo y fuercen la marcha. Pero la fatiga los consume día tras día. Los perros se tambalean y, sin confesarlo jamás, todos sueñan que una mañana un viento demasiado violento les depare algunas horas de descanso, aunque sea en la incomodidad de la tienda.

La llegada a la costa es especialmente delicada. Hay que encontrar la isla de los Daneses y no perderse en el laberinto de los fiordos. Durante el trayecto de ida, Miteq y Knud se volvían a menudo para grabar los paisajes en su memoria. Ahora, por la noche, deliberan ante su mapa precario.

Una tarde, un punto oscuro coronado por una ligera humareda sobre el hielo por fin les llena el corazón de alegría.

23

Llegan a la cabaña tres semanas antes de la Navidad. Les parece el colmo del confort, pese a las corrientes de aire que allí se han vuelto legendarias. Cada uno de los miembros de la expedición se retira, uno a sus excavaciones, otro a su cartografía, y retoman las costumbres europeas. Aunque Rasmussen ha instaurado un tratamiento igualitario entre blancos e inuits en lo que respecta al alojamiento o a la comida, la segregación sigue latente. Unos ponen sus notas en limpio, clasifican las muestras y debaten, mientras los otros se encargan de la intendencia. La tarea no desanima a Arnarulunguaq, pero lamenta no saber escribir. Le gustaría mantener la cercanía que compartió con Knud durante sus andanzas, y no quedar relegada a los fogones.

La Navidad es triste, a pesar de las banderas y las guirlandas de papel, el delantal blanco y las velas. Rasmussen lee pasajes de los Evangelios en groenlandés, que los inuits solo escuchan a medias. Por mucho que la comida sea abundante y aderezada con una generosa ración de alcohol, no hay nada que hacer. Estas celebraciones traen a la memoria de los europeos demasiados rostros amados, demasiados fastos perdidos. Ni siquiera Rasmussen muestra su fogosidad habitual. Los miles de kilómetros que los separan de su madre patria parecen de pronto un abismo. Su regalo más preciado se reduce a la correspondencia que Peter ha ido a

buscar al puesto avanzado de la Compañía de la Bahía de Hudson, que se dedica al comercio de pieles y sirve de punto de contacto. Al contemplar el rostro adusto de Knud, ella sospecha que se ha pasado varias horas leyendo una y otra vez las cartas de su mujer. En cuanto a ella y a los otros inuits, estas ceremonias navideñas no tienen realmente ningún significado, aunque nunca viene mal una fiesta.

La isla de los Daneses está situada por debajo del círculo polar, de ahí que el día languidezca rápidamente tras el equinoccio. Demasiado rápido para el gusto de Miteq y Arnarulunguaq.

—La hermana-sol vendrá muy pronto. Las plantas y los animales no dormirán lo suficiente en su lecho de hielo. ¿Cómo podrán coger las fuerzas necesarias? —pregunta la joven, preocupada.

—El descanso es demasiado corto también para nosotros —replica su primo—. Es tan agradable quedarse al abrigo de las pieles cuando el mundo exterior está dormido…

Lanza un hondo suspiro y se gana una pulla.

—Este cazador es un vago que solo piensa en fumar y dormir.

La eterna sonrisa de Arnarulunguaq se tiñe no obstante de un deje de amargura. Cierra los ojos y la nostalgia la invade: el espacio cerrado y estrecho de la choza, la luz cálida de una lámpara enturbiada por el humo de los fogones, los cuerpos lánguidos, solo sacudidos por risas provocadas por algún comentario ingenioso. Añora ese tiempo detenido, cuando el viento aúlla en el exterior. Si la carne no falta, basta con disfrutar esos momentos de gracia y de tregua. De pronto se siente extranjera en esa cabaña de la isla de los Daneses, pese a los muebles y a la sartén. Echa de menos a los suyos: Uuntaaq afilando durante horas un viejo cuchillo, y el chirrido de la piedra sobre el filo; Kullabak masticando unas pieles que sus dientes ya no logran reblandecer; Uvisakavsik, que llega con sus

historias inverosímiles y se sirve glotonamente de la marmita; Inaluk, farfullando sus sueños, y más aún el rostro lozano y redondo de Navarana y los comentarios sobre la caza de Iggiannguaq y Ajako. Abre los ojos: ese mundo ha desaparecido, pero ella sigue ahí.

El nuevo amanecer y los preparativos del gran viaje levantan la moral a los europeos. Nada le gusta más a Rasmussen que planificar y organizar. Peter, debilitado tras su enfermedad, no participará en la expedición. Junto con los otros sabios y sus acompañantes, todos pasarán el verano en la isla para prolongar las excavaciones y las mediciones, y vendrán a buscarlos en otoño. Quedan Miteq, Knud y Arnarulunguaq, que tiene ya veintiocho años, embarcándose en una loca aventura de casi dos años a lo largo de la costa septentrional canadiense, al encuentro de los pueblos más olvidados del planeta. El entusiasmo ahuyenta la melancolía. Cantan los cepillos y los martillos, los disparos preceden a las pilas de carne y los perros aúllan de impaciencia, rompiendo el austero silencio del polo.

La víspera de la partida, después del anochecer, Arnarulunguaq se aleja por la orilla del lago congelado. Sobre la superficie inmaculada, la montaña proyecta una sombra de tinta y la luna dibuja un camino de oro. Esa belleza la deja sin aliento. Inmóvil, apretando el collar de Ajako, le viene a la memoria una cancioncilla que cantaba su padre antes de salir a cazar:

> *Solo los espíritus del aire saben lo que me espera al otro lado de las montañas.*
> *Y sin embargo llevo a mis perros más allá, más allá, siempre más allá…*

24

Las despedidas son breves, como es habitual entre los inuits. Rasmussen, por su parte, tiene ya la mente en otra parte. Bajo un cielo de nubes enmarañadas y con un viento desapacible, los dos trineos y los quince perros ponen rumbo al noroeste. Marchan a ciegas, sin tener ni idea de dónde pueden encontrarse esas comunidades humanas que andan buscando. Suponen que las costas ofrecen más recursos alimenticios y podrían albergar a los arviligjuamiuts, «el clan de las grandes ballenas» perteneciente a la tribu de los netsiliks. Su única estrategia consiste en avanzar, listos para lo que venga.

Día tras día, la cima de una colina deja ver otra más allá y una montaña se perfila, estática, en el horizonte. El resplandor de la nieve trastoca su sentido de la orientación. Pero para ellos no existe la monotonía. Arnarulunguaq se concentra en los signos incesantes de su mundo: el color del hielo en un lago, el trote de un perro, las sensaciones de humedad o frío en la cara, el sonido de los patines. Va a veces arrebujada en el trineo, los perros lanzados a toda velocidad por una llanura despejada, y otras veces deslomándose para ayudar a los animales en un caos de hielo. Durante la marcha, ninguno de los tres cruza una palabra y solo se comunican por gestos difusos. Su intimidad con la naturaleza les resulta tan común que se preocupan a la vez por una nube, detectan la mejor ruta en

medio de los *sastrugis* o el emplazamiento del siguiente vivac.

Quien camina está a la vez dentro y fuera. En guardia, como lo están los marineros en el mar o los alpinistas en la montaña, pero al mismo tiempo ocupados en sus ensoñaciones, tejidas de recuerdos o esperanzas. Algunos días transcurren en blanco y negro, otros resplandecen con luces y atardeceres purpúreos.

Arnarulunguaq siempre es la primera en levantarse. En la oscuridad casi total de la tienda, siente que es la hora. Se baja la piel que le protege la cabeza y evalúa la temperatura en la coronilla. El único momento desagradable consiste en dejar la tibia proximidad de los cuerpos de Knud y Miteq, con quienes comparte el saco de dormir. Se pone el pantalón y el chaleco por encima de la ropa interior de plumas, aviva la lámpara y pone un bloque de hielo a derretir. Le gusta ser la primera en salir del aire viciado que comparten y sentir la dentellada del frío subiéndole por la nariz, la faringe y los pulmones, mientras aspira la noche que termina. Un primer vistazo le basta: una mayor o menor nitidez de las estrellas, un resplandor rosado o verdoso en el horizonte, la fuerza del viento en su cara le permiten imaginar cómo se irá desarrollando el día. Los perros, al olerla, se agitan y salen de la nieve en la que estaban ovillados. Ella los llama con voz queda y se aleja para orinar, pero ya el frío la invade. Le llegan las voces de los hombres, la risa de Rasmussen se reaviva. Vuelve y cada uno mastica feliz su trozo de foca, saboreando la grasa que suaviza el paladar, antes de tomar un sucedáneo de café que Arnarulunguaq aprecia especialmente.

Cuando han terminado de empaquetar sus cosas, llega el momento de ponerse la pesada pelliza de reno que se ha quedado tiesa por el hielo. Es su momento de regocijo matinal. A veces tienen que golpear las mangas con el martillo para enfundársela, y se ayudan los unos a los otros a base de manotazos. Embutidos en el

abrigo congelado que se va ablandando al ritmo de sus movimientos, su andar trabado los hace partirse de risa. Sacar los trineos de la nieve, cargarlos, batallar para enganchar a los perros, descongelar el látigo, todas estas actividades los hacen entrar pronto en calor. Una franja lechosa al sudeste anuncia el nuevo día. La joven repasa mentalmente la lista de sus obligaciones, siempre angustiada por el más mínimo olvido que podría costarles la vida. Sabe que el drama viene siempre por la conjunción de errores minúsculos: un rifle poco accesible, la correa gastada de un perro, una cincha poco apretada, una manopla perdida. Hace restallar el látigo.

—¡Cha, cha, cha, te, te, te, te! ¡Vamos! ¡Más rápido!

Los animales no esperan más que eso para estirar las patas. La nieve apenas empieza a centellear en la luz oblicua. Arnarulunguaq no necesita nada más para ser feliz.

El encuentro no depende de ellos y no saben cuándo se cruzarán con los arviligjuamiuts. En esos pueblos donde el calor sigue emanando parsimoniosamente de una lámpara, ninguna humareda puede indicar un campamento. Cada vez que alcanzan la cima de una colina, observan el terreno, en busca de los abultamientos de los iglús, las manchas oscuras de un trineo, perros y secaderos. En balde, durante días. Como si fueran los últimos habitantes de un planeta de hielo.

Un día, mientras fuman después de comer, unos ladridos furiosos los hacen salir apresuradamente. Allí están dos hombres a los que no han oído llegar, armados con cuchillos y arpones.

—Somos extranjeros pacíficos que hemos venido a visitaros —les informa Knud, extendiendo ostensiblemente las manos en son de paz.

Los dos inuits, visiblemente desconcertados por ese blanco que

habla una lengua parecida a la suya, se consultan con la mirada. Transcurren unos segundos de incertidumbre, y se echan a reír a la vez.

Orpingalik, El que Lleva la Rama de Sauce, y su hijo Kanakok, Sapo de Mar, se convertirán en verdaderos camaradas. La historia de su encuentro con la expedición, adornada considerablemente, permanecerá como un hito que se representará con mil bufonadas.

Guiados por los dos hombres, Knud, Miteq y Arnarulunguaq dan una vuelta por el campamento. Descubren un pequeño grupo de quince personas guarecidas en un repliegue del terreno que les habría costado detectar. Los días transcurren en largas charlas, cacerías y fiestas en compañía de Luz del Alba, Resplandor, La Mujer Prestada, Grasa de Reno y muchos otros. Estos inuits son son de una estatura mayor que la media, y tienen las facciones más cuadradas que los que ellos conocían hasta entonces. Dicen haber conquistado esos territorios expulsando a gigantes desaparecidos, los tuniits, un pueblo pacífico que no habría opuesto resistencia a sus asaltos. Señalan numerosos restos de asentamientos, trampas para renos y pescados que dejaron esos predecesores. Rasmussen está eufórico. Está tirando de uno de los hilos de la historia de los inuits.

Las hambrunas parecen menos frecuentes aquí que en las Tierras Baldías. Los habitantes obtienen su sustento de la tierra y del mar, según la estación. Comparten con los de Thule su conocimiento de las focas, pero también cazan renos y bueyes almizcleros en la temporada estival, saben cómo atrapar salmones y se enfrentan a los osos en invierno. A pesar de ello, algunos todavía cuentan historias de sacrificios de niñas o de canibalismo. Pero, como siempre, lo trágico debe ser objeto de burla.

—Nadie ha querido comerse las pantorrillas de Maisanguak,

seguramente porque siempre le olieron muchísimo los pies.

Arnarulunguaq suelta una risa forzada. La noche siguiente, el terrible recuerdo de la correa succionada no la deja dormir.

Aislados, los arviligjuamiuts conservan prácticas ancestrales. Sus cuchillos de caza y sus *ulus* están hechos a partir de sílex amarillo. Cuando Arnarulunguaq los sostiene en la mano, sus irregularidades le raspan la palma como nunca lo haría el regalo de Iggiannguaq que sigue utilizando cada día. Los observa durante horas mientras tratan de enderezar las astas de reno con agua caliente con el fin de fabricar piquetas para la tienda y mangos de arpón, o afilan una tibia de oso hasta dejarla en punta. La costura es para ellos una labor absurdamente lenta en la que las mujeres se dejan los ojos, y sus agujas, labradas en los huesos más duros de ciertos pájaros, son infinitamente lentas de elaborar. Arnarulunguaq admira la minuciosidad del trabajo, pero se lamenta de tanto tiempo perdido.

Sus escasos utensilios de hierro provienen de un barco europeo naufragado en sus costas dos generaciones atrás. Sus antepasados habían visto llegar un barco cuyos grandes mástiles parecían gigantescos brazos tendidos hacia el cielo. Impresionados, se escondieron para observar aquel Gran Espíritu y adivinar sus intenciones. Luego divisaron humanos de piel clara y vestidos de forma extraña. Según un ritual milenario, cada uno fue depositando en el hielo lo que estaba dispuesto a intercambiar, y los arviligjuamiuts aún se burlaban de haber engañado a esos extranjeros entregándoles sus pieles a cambio de bonitos trozos de hierro. Luego el barco se hundió en el agua y los «otros hombres» se fueron en pequeñas embarcaciones, dejando tras ellos esta mina de materia prima que aún duraba.

El trío conversa a menudo sobre las técnicas de los arviligjuamiuts, y las compara con las que se siguen practicando en

Groenlandia o con lo que recuerdan de los relatos de sus ancestros. Aunque a Knud todo aquello le parece formidable, sus compañeros se muestran reticentes.

—En lugar de pasar un tiempo infinito modelando sus herramientas, si comerciaran con la Compañía de la Bahía de Hudson serían más eficaces en la caza para garantizar su supervivencia —sugiere Arnarulunguaq.

—Puede ser —objeta Rasmussen—, pero perderían su autonomía. Para comprar objetos de hierro o herramientas tendrían que entregar pieles. ¿Habría suficientes focas y renos?

Miteq se suma a la opinión de su prima:

—Eso fue más que suficiente en Thule. Y tarde o temprano llegará la Compañía. Los hombres estarán felices de traer más carne y las mujeres de tener calderos de hierro para cocinarla.

25

En primavera, el trío se instala con la familia de Rama de Sauce. Esperan que esa intimidad les permita saber más sobre las prácticas chamánicas de los netsiliks, sobre las que estos se muestran sumamente herméticos.

Miteq y Knud salen a cazar con los hombres, mientras Arnarulunguaq se integra en la vida cotidiana. Impulsada por la curiosidad y por el deseo de participar en el trabajo de Knud, pregunta constantemente a sus compañeras. Un día, mientras observa a una niña que descarna una piel en un abrir y cerrar de ojos con una lasca de sílex amarillo, le dice:

—Tu *ulu* está bien afilado. Sin embargo, no es de hierro, sino solo de piedra. ¿Cómo puede cortar tan bien?

La niña contempla su herramienta como si la descubriera por primera vez.

—Es *haviorarnaq*, lo traen de las orillas del gran río. Los hombres reservan el hierro para los arpones, me zurrarían si se me ocurriera usarlo. Este va bien, mi madre ha tardado tres lunas en pulirlo.

En otra ocasión se interesa por una mujer que amasa liquen con grasa.

—¿Esta mujer está haciendo un ungüento?

La otra suelta una carcajada.

—¡Ja, ja! ¿No sabes encender las lámparas? Mira, cuando frotas

estos pedernales, las chispas prenden fácilmente la mezcla.

A cambio de su curiosidad, Arnarulunguaq convida a sus compañeras y degustan mérgulos conservados en grasa y corazón de reno mientras discuten sus respectivos méritos culinarios. Arnarulunguaq triunfa, sobre todo, al iniciar a sus compañeras en el ritual del café, que se convierte en moneda de cambio.

—Mira, te he traído hilo de tendón de reno. Es el mejor para coser los zapatos porque se contrae al mojarse. Por cierto, ¿tendrías un poco de esa bebida negra…?

Entabla una estrecha relación con la Mujer Prestada, la esposa del Sapo de Mar. Es una mujer alta y lánguida, cubierta de tatuajes, que se preocupa esencialmente de su apariencia y se aplica poco en el trabajo. Periódicamente, su marido le propina una paliza en público para hacer patente su desaprobación. Ella grita en parte por el dolor y en parte por convencionalismo, para dar a su esposo pruebas de su sumisión.

Ella toma su nombre de un episodio oscuro. Aunque ambos ya estaban casados cada uno por su lado, el Sapo de Mar deseaba a aquella hermosa mujer de tatuajes tan finos. Un verano, estando su mujer embarazada, logró que el esposo de la joven se la prestara para una expedición de caza. Al poco de regresar, el marido desapareció oportunamente en un «accidente de kayak». Nadie se escandalizó. Sapo de Mar mantuvo a dos esposas a la vez, antes de cederle la primera a un joven cazador. Pero ahora ya no le interesa tener a la coqueta y la pila de pieles por curtir se va amontonando.

—Compréndelo —se justifica la Mujer Prestada—, ya es bastante trabajo untar los tatuajes con grasa de oso cada día para que se mantengan lustrosos y seductores. Esta mujer tiene faena para rato.

—¿De verdad? Pero ella sabe que van a zurrarla —replica Arnarulunguaq.

—A Sapo de Mar le gusta mostrar que es el amo, pero no olvides que la eligió porque es hermosa y finamente tatuada. Y la que soporta el dolor del tatuaje para estar guapa tiene más posibilidades de ir al paraíso. Eso bien vale una tunda, ¿no?

Arnarulunguaq lava las magulladuras de su compañera con una pócima balsámica. A la luz de su lámpara de grasa, los dibujos negros en su piel aceitada realzan, en efecto, sus formas. Desde el puente de la nariz, tres grandes uves se le ramifican por la frente. Las comisuras de sus ojos están adornadas con dibujos de una hojarasca estilizada. Unos grandes bigotes de gato cruzan sus mejillas y una especie de perilla le decora el mentón. El conjunto le da un aire alegre pese a las marcas de los golpes que aún se perciben. Pero lo que más debe de seducir a Sapo de Mar son los brazos, constelados desde el hombro hasta la punta de los dedos con hileras de rayas y puntos que se entrelazan en forma de guirnalda, decoración que se repite en los muslos. Arnarulunguaq calcula el sufrimiento que supone realizar esos tatuajes mientras masajea suavemente la carne magullada.

—El Sapo de Mar debería tener cuidado de no destruir una perfección semejante.

Entonces se le ocurre una idea.

—La Mujer Prestada merecería que sus dibujos se grabaran en un papel para que la gente recuerde por siempre su belleza.

—¿En uno de los papeles de Kununguap?

—Sí.

Nada más pronunciar esta palabra, la joven lamenta su ocurrencia. Pero es demasiado tarde, ya lo ha prometido. Coge una hoja y un lápiz y dibuja la silueta de su amiga. Y de pronto le entra un ataque de risa como no ha tenido en mucho tiempo. Son como dos chiquillas en tierra prohibida, soltando una carcajada con cada

trazo. La Mujer Prestada exige una fidelidad escrupulosa y cuenta cada línea y cada punto en su atavío. Terminan llorando abrazadas, una orgullosa de haber sido inmortalizada y la otra por haber tenido el valor de dejar su huella en el preciado papel.

Antes de que regrese Knud, Arnarulunguaq coloca de nuevo el papel entre el montón de escritos, pero él no tarda en descubrirlo.

—Arna, ¿quién ha hecho esto?

Ella siente gotas de sudor en la espalda.

—Te ruego que perdones a esta pobre infeliz, que nunca habría debido jugar con las valiosas hojas.

Baja la mirada, consciente de su insensatez. Él, que nunca le ha levantado la mano a una mujer, tendría derecho a pegarle.

—¡Magnífico! —exclama, y sube la intensidad de la lámpara para examinar la obra—. ¡Qué trabajo tan bien hecho! Una excelente idea. Arnar, eres digna de los mejores sabios de Copenhague.

La coge del brazo y la arrastra a un baile improvisado.

—¡Arnarulunguaq, la buena mujercita, la pequeña sabia!

La inuit siente de nuevo ganas de llorar.

26

A principios del verano se decide que Miteq regrese a la Compañía de la Bahía de Hudson para abastecerse de cartuchos, que empiezan a faltar. Un largo viaje de dos mil kilómetros. Durante ese tiempo, Knud y Arnarulunguaq establecerán un campamento junto a las ruinas tuniits e intentarán desentrañar sus misterios. Estarán solos, ya que los inuits temen molestar a los espíritus de los antepasados. Es un lugar hermoso, al pie de una colina que mira al mar. Un río baja formando cascadas y una tierra fértil nutre una hierba espesa y todo tipo de plantas. Sin duda, este emplazamiento fue escogido cuidadosamente por los hombres de antaño. Montan allí su tienda con entusiasmo.

Desde la primera noche, él la atrae hacia sí. Se lo estaba temiendo. Kununguap no puede estar mucho tiempo sin una mujer. Ya lo ha visto irse de vez en cuando con la joven de alguna tribu, lo que no tiene mayores consecuencias siempre que la muchacha no esté casada. A Arnarulunguaq no le sorprende que Knud acuda a ella ahora. Además, todos piensan que ella le pertenece. ¿Por qué no ha ocurrido antes? Una mujer sola es libre sexualmente. ¿Por qué ella se ha contenido tanto tiempo si lo desea?

Entre los inuits, los preliminares no son apropiados en un lecho colectivo. Él se toma su tiempo, la besa, la lame, la mordisquea. ¿Ella debe hacer lo mismo? ¿Qué espera él de ella? Estas

cavilaciones la dejan paralizada por la incomodidad, hasta el punto de que él le pregunta si todo va bien antes de que ella se deje llevar finalmente.

Aprovechando el verano, él a menudo le propone que hagan el amor fuera, en la hierba o sobre una roca calentada por el sol. Las ramitas les hacen cosquillas, la piedra les raspa la piel desnuda, les entra la risa y todo se convierte en un juego. Poco a poco, ella se envalentona y ve sus propias manos morenas deslizarse por la piel blanca de él. Recuerda lo que vivía con Iggiannguaq cuando sus cuerpos se encontraban tras un día de trabajo. Era diferente.

Su vida amorosa y las prospecciones bastan para abstraerlos.

Los tuniits no se establecieron por casualidad a orillas del mar, y los dos arqueólogos hallan restos de kayaks. Cabe la posibilidad de que fuera ese pueblo el que hubiera continuado su ruta hacia Groenlandia tras ser expulsado por una nueva oleada de ocupantes. Arnarulunguaq se convierte en una maestra en el arte de detectar una punta de arpón, un afloramiento oscuro en una tierra pálida. Se retan a ver quién encuentra más, y luego se revuelcan en el brezo blanco.

Su campamento linda con el río y cada tarde capturan su ración de salmón. En un remolino, al pie de una roca, están seguros de que encontrarán un pez. Hay que acariciarle el lomo con delicadeza para que el animal, petrificado, se inmovilice. Luego, con un gesto brusco, le meten dos dedos por las branquias y lo mandan volando a la orilla como una flecha irisada.

Arnarulunguaq piensa de nuevo en su luna de miel, ya tan lejana. La misma libertad, la misma connivencia, pero entonces toda la energía de la pareja se volcaba en la búsqueda de alimento. Ahora, con Knud, persigue algo muy diferente: vestigios humanos de

hace cientos de años.

El verano se les escapa entre los dedos. Los días tranquilos empiezan a escasear y la tienda tiembla bajo la lluvia y el viento. El sol empieza a declinar y sus cajas rebosan de tesoros. Los salmones han abandonado el río tras el desove y los renos todavía no han llegado. Es hora de irse. En cuanto una fina capa de nieve lo permite, enganchan a los perros.

En la tribu de Rama de Sauce cunde la inquietud. Ellos también han holgazaneado y sesteado al sol, mientras llenaban indolentemente las reservas de salmón seco. Han jugado al escondite, al pillapilla, a la pelota, al mudo y al oso que ataca, maridos y esposas mezclados, haciéndose cosquillas y acariciándose al pasar. Pero el cierzo ha hecho acto de presencia y desde hace una luna la llegada de los renos debería proporcionarles algo con lo que ir tirando hasta las cacerías de focas y osos. Sin embargo, no se ve ni uno, y es muy fina la línea entre la abundancia y el hambre. Aquí no hay tiendas para abastecerse a cuenta. ¿Qué tabú han infringido? ¿Tal vez una mujer remendó una prenda de invierno en pleno verano, o un hombre reparó su material en la zona sagrada por donde pasan los animales, poniéndolos en guardia?

Rama de Sauce es un poderoso *angakoq*. Ya ha reunido varias veces al grupo y ha recitado salmodias:

—¡Reno salvaje, piojo de la tierra de largas patas, grandes orejas y pelo áspero alrededor del cuello, no me rehúyas! Traigo cuero para las suelas y musgo para las mechas de la lámpara. Ven a mí con alegría, ven a mí.

Pero no respondió ningún ruido de una manada galopando como el trueno a su paso. Solo algunos animales aislados hacen su aparición y los habitantes se los reparten.

Knud y Arnarulunguaq se instalan nuevamente en el pueblo y

construyen una cabaña de piedra y tierra a la manera local para pasar el inicio del invierno en compañía de sus amigos. Luego se les une Miteq. Su viaje no ha sido muy fructífero. La caza del zorro fue tan abundante en los alrededores del puesto comercial que lo dejaron vacío. El joven llegó demasiado tarde y no ha podido traer más que una escasa provisión de harina, café, azúcar y balas.

Con la llegada del otoño, los icebergs, que bailaban sus lentos valses o se desplomaban entre crujidos atronadores, se quedan inmóviles. La banquisa pinta la costa de blanco y se extiende mar adentro. Los riachuelos dejan de canturrear y los acantilados se cubren de nieve. Los pájaros y los mamíferos han desertado o se ocultan en sus madrigueras. Ha llegado la temporada de las focas, un tiempo duro en el que hay que aceptar horas de vigilia, parados junto a un respiradero, en medio de la penumbra y la ventisca. Para ahorrar balas, los cazadores han sacado los arpones, menos eficaces. Vuelven la mayor parte de las veces con las manos vacías y la cara amoratada de frío.

Rama de Sauce barrunta que la Gran Mujer del Mar está furiosa y decide intervenir. Se reúnen en una choza, lejos del ambiente festivo del verano. Las privaciones comienzan a reflejarse en los rostros, los niños gimotean ante un pecho seco. Arnarulunguaq ve los tatuajes de los que su amiga estaba tan orgullosa deformarse en sus miembros enflaquecidos, como en un balón desinflado. En su mente dan vueltas una y otra vez sus recuerdos de infancia.

Detrás de una piel de oso extendida como un tapiz, el hechicero tiene las manos atadas a la espalda y la cabeza encogida entre las rodillas. La lámpara está apagada.

—¡Que vengan a buscar al que debe ir de visita! —exclama el grupo.

En la oscuridad se hace un silencio, acompañado únicamente por

el silbido del viento. El tiempo transcurre y hay que esperar, los espíritus no tienen prisa. Poco a poco se perciben rumores confusos y silbos parecidos a los sonidos de la flauta. Es la señal que esperaban para ponerse a salmodiar:

—*¡Ahlala! Ayé, ayé, ayé*….

A continuación se oyen crujidos, el ruido de un soplo pasando por una rendija. De pronto hace mucho frío. Un orificio ha debido de abrirse en algún lugar de la choza para dejar pasar el espíritu del *angakoq*. Se va disparado a ver a la Gran Mujer del Mar, cuya respiración perciben ahora acompañada de chapoteos. Ella lo observa, con el semblante serio y el pelo alborotado, en su casa sin techo ni paredes desde la que vigila a los humanos. Está sentada, de espaldas a la lámpara y a los animales, para mostrar su enfado. El chamán debe parlamentar, adularla, contarle historias que la hagan reír. Si lo consigue, ella esparcirá sal sobre los animales, que volverán al océano. Pero advierte:

—Los obstáculos provienen de vuestras propias faltas.

Entonces Rama de Sauce puede emprender el viaje de vuelta, que se anuncia por medio de gritos cada vez más cercanos y de un estruendo líquido, como una enorme criatura que saliera de las aguas. Todos deben concentrarse para ayudarle a nadar hasta la choza.

—Tengo que anunciaros algo —susurra él con voz desfallecida.

—Te escuchamos —responden los presentes.

Lo desatan, está lívido y ojeroso, agotado por el esfuerzo, empapado de sudor o del agua de la que emerge. A través de él, la Gran Mujer del Mar hace oír su voz poderosa.

—¡Que se eleven las palabras!

Entonces cada uno debe confesar, por turnos, de qué manera ha roto un tabú y arrepentirse. ¿Quién ha comido un hueso con

tuétano? ¿Quién ha retozado con su mujer antes de la caza? Todo lo que se mantenía oculto debe decirse, los secretos desvelarse, las faltas admitirse. Y cada uno siente, al liberar su conciencia, que se reconcilia con la divinidad. La lámpara no se ha vuelto a prender, los murmullos se suceden como una letanía en el aliento rancio del grupo apiñado. El tono de voz delata a tal cazador o a tal muchacha, pero nadie se lo reprochará. El ejercicio de arrepentimiento es colectivo, cohesiona a la comunidad en torno a su código de conducta, limpia los pecados y purifica las almas.

Arnarulunguaq no está sorprendida. Conoce a Sedna y su poder de privar a los humanos de todo éxito en la caza. Si bien estos ritos no son exactamente los mismos que en Thule, comprende su significado, aunque se siente extrañamente incómoda. Ha aprendido que solo el respeto riguroso de un protocolo asegura el éxito, que la vía de acceso al más allá estaba jalonada de reglas que el chamán recogía directamente de los espíritus durante sus largos ayunos. Sin embargo, esta ceremonia no es la de su tribu. ¿Quién tiene razón? ¿Ellos o la gente de Thule? ¿Y por qué no los blancos con sus misas?

A veces piensa que la única solución contra el hambre sigue siendo el comercio de pieles con la Compañía de la Bahía de Hudson. Y aunque la situación de la tribu mejora en las semanas siguientes, no está tan segura de que sea gracias a las invocaciones, como podía suponer en Thule.

27

A finales del invierno el trío reemprende su camino hacia el oeste. Su estancia entre los netsiliks ha durado más de seis meses. Podrían quedarse, han sido admitidos en la comunidad y han hecho amigos. Miteq se buscaría una esposa, Knud y Arnarulunguaq se establecerían. Pero, para Rasmussen, el viaje debe proseguir, aún quedan tribus errantes cuyos ritos y mitos debe recopilar. Arnarulunguaq tiene el corazón encogido mientras empaqueta cuidadosamente las famosas tazas de café. No le gustan estas separaciones. Antes de su marcha, la Mujer Prestada le hace una visita y trae consigo una pequeña bolsa en piel de liebre.

—Toma, esta mujer no se irá sin los amuletos a los que Rama de Sauce ha insuflado su poder.

—Más bien deberías regalárselos a Kununguap, es el hombre quien lidera la lucha por la vida.

—Pero tú eres mi amiga. Y en realidad no son para ti, sino para el hijo que él te dará algún día —añade con una risa cómplice.

Alinea cuidadosamente sus tesoros ennegrecidos y nauseabundos.

—El pico de cisne negro para que sea un niño, la pata de perdiz para que herede su resistencia y su habilidad en la caza, el diente de oso para que tenga una buena digestión, y un trozo de limanda seca para protegerlo de los peligros durante los viajes.

Se cogen de la mano y se frotan la nariz en señal de afecto. Pero las separaciones no admiten sentimentalismos.

—El Sapo de Mar dirá que su mujer es una holgazana si no la encuentra trabajando. Y mi amiga no estará allí para suavizar las cosas.

Se va volando entre risas, y no volverá a aparecer ni siquiera cuando suenen los primeros latigazos en los trineos.

El ritmo del viaje absorbe de nuevo por completo a Arnarulunguaq y a sus compañeros. A veces bordean interminables acantilados escalonados, oscuros precipicios donde la nieve no agarra, veteados de cascadas heladas que centellean como cuchillas afiladas en la luz oblicua. Otras veces atraviesan estuarios de aguas inmóviles que solo el frío les permite cruzar. Las colinas se ondulan hasta donde alcanza la vista, donde intuyen, bajo el rechinar de los patines, una vegetación que recupera el aliento. El viento incesante los persigue, los congela hasta por debajo de las pieles, azota durante toda la noche la frágil lona de la tienda y ciega a los perros con sus esquirlas de hielo. Es mejor correr al lado del trineo que congelarse detrás. La vida ha desertado de aquellas latitudes. A veces una liebre extraviada o una foca imprudente mejora una dieta cada vez más precaria. Un día Miteq dispara a un viejo oso y ni los hombres ni los perros le hacen ascos a esa carne dura y áspera. Solo Knud lleva la cuenta de los días en su libreta. Los demás sienten que partieron hace una eternidad y para toda la eternidad.

De pronto se produce el milagro. Al abrigo de un saliente, unos puntos negros indican la presencia de una jauría, trineos, humanos vagando en medio de ninguna parte. Son diez o veinte, risueños o desconfiados, apechugando con el invierno, impensable humanidad perdida en el corazón del Ártico. El trío hace un alto, construye su

iglú para unos días o algunas semanas, se introduce prudentemente en una comunidad asombrada de verlos deambular «para nada» en aquellas tierras desoladas. La llegada de extranjeros no deja de ser una distracción bienvenida, la ocasión de contar esas historias que parecen encandilar a sus visitantes. Knud, siempre zalamero, no tarda en ganárselos a base de cigarrillos o café.

Las vidas de sus amigos se van desgranando al hilo de esas historias, crudas, curiosas o trágicas. La lucha incesante por sobrevivir unos meses, a veces algunos días, moviliza toda su pericia y energía. Hablan de la vida y de la muerte con la naturalidad de quien habla de una travesura de sus hijos.

—La anciana Mequpaluk tiene los labios azules porque ha comido carne humana. Su marido murió de hambre, así que debía de estar correoso como él solo.

—La familia se negaba a darme a la mujer, así que los maté a todos. Es una buena esposa…

—Y él es un buen marido —replica ella.

Se echan a reír. ¡Qué bien sienta reír al calor del iglú, con una sopa de reno en el estómago! Fuera, la tempestad aúlla y ruge, pero solo consigue reforzar esta alegría vital. Algunos no pasarán el invierno, agotados por las privaciones, pero otros ya se mueven en el vientre de las mujeres.

Errando de un lugar a otro, se encuentran con los equalugtormiuts, «los de los ricos ríos salmoneros», «los de más lejos»; los umingmartormiuts, «los de las tierras altas»; los kiluhigormiuts, «los del fiordo profundo». Se conocen entre ellos, se cruzan, a veces se hacen la corte, se intercambian o se roban a una esposa. Pero lejos de la uniformidad, cada grupo tiene sus itinerarios anuales, sus presas favoritas, sus rituales secretos. Knud con los hombres y Arnarulunguaq con las mujeres, lo observan todo: la

preparación de los alimentos, de la ropa, el arte de la caza, las costumbres y los tabús. Rasmussen llena cuadernos de notas, cajas con objetos, joyas y amuletos pagados generosamente con agujas, clavos, tabaco o cerillas. Mientras que Miteq sigue siendo el sencillo y experto cazador de siempre, solamente interesado en intercambiar técnicas con sus amigos, Arnarulunguag no deja de preguntarse: ¿así que son ellos, sus antepasados vivos, quienes peregrinaron siguiendo el rastro de las presas por las costas del Ártico hasta poblar Groenlandia? El encuentro produce vértigo. ¿Es posible imaginar a europeos conviviendo con caballeros andantes?

Estos hombres y mujeres no parecen tan diferentes de ella. O, mejor dicho, no tan diferentes de como era de joven. De pronto sopesa todo lo que ha cambiado desde la llegada de Knud y Peter a Thule. El comercio ha modificado los objetivos de la caza, la repentina aparición de nuevas herramientas, utensilios y productos alimenticios han reconfigurado el interior de los iglús, el trabajo y hasta la dieta. Solo han hecho falta unos pocos años. Ella sabe que estos cambios permiten evitar la fatiga y el hambre, pero también se da cuenta de que su pueblo está olvidando poco a poco sus costumbres y sus técnicas. Siente como si estuviera cruzando un inmenso vado, lejos de una orilla y todavía incapaz de avistar la otra.

Desorientada, se conforma con vivir el día a día. El iglú, los perros, la preparación de las carnes, las pieles, la ropa, ese rosario de tareas repetitivas que la mantienen ocupada. Se abandona al fluir del presente, acunada por la risa de Knud, su punto de referencia, su brújula. Él se desborda con la fuerza de un viento, de una marea o de una pulsión animal. Todavía la sorprende cuando vuelve de la caza, y se le oye llegar antes incluso de que ladren los perros. Le dan ganas de correr hacia él, olvidar los interrogantes y las preocupaciones para reconfortar el alma.

La pareja funciona de manera muy simple. Son un matrimonio a la manera inuit, aunque ella nunca olvida a la mujer rubia del retrato que él le mostró un día. Ella se sigue maravillando de que él la busque en mitad del día para hacer el amor junto al trineo con un derroche de caricias.

De tribu en tribu, avanzan hacia el sol poniente. Su viaje podría continuar hasta la eternidad: los mismos iglús apenas discernibles, las mismas caras redondas bajo las pieles, las mismas historias. Pero de repente, en los márgenes del río Mackenzie, todo cambia. La corriente arrastra árboles enteros arrancados de los grandes bosques canadienses, casas de troncos desbastados reemplazan a las de hielo, y unos kayaks esperan bajo las últimas nieves para salir nuevamente a mar abierto a cazar ballenas.

Aprovechando la migración estival de los peces, han proliferado los blancos de todo tipo: comerciantes, tramperos y aventureros. Con ellos ha llegado el dios dólar. Todo se vende, todo se compra, mucho más de lo que Arnarulunguaq ha conocido en Thule. Los inuits presumen de disparar a todo lo que se mueve: zorros rojos y plateados, martas, linces, castores, ratas almizcleras, armiños… La competencia hace que suban los precios, y poco a poco se instauró la idea de acumular esa moneda que no se pudrirá jamás. De una economía de penuria centrada en el día a día se pasa a una forma de abundancia en la que se empiezan a planear los meses, y a veces los años venideros. Miteq y Arnarulunguaq descubren con estupor que algunos cazadores contemplan seriamente ser algún día lo suficientemente ricos para dejar de trabajar y disfrutar de su dinero hasta la vejez.

—Pero entonces, ¿qué harás todo el día?

—Cazaré por puro placer.

Arnarulunguaq, que sintió como si estuviera explorando su

pasado, ahora se siente proyectada hacia su futuro. Esto es seguramente lo que sucederá en Thule. Escucha, perpleja:

—¿Qué sentido tiene masticar pieles que destrozan los dientes cuando se pueden conseguir telas y una máquina de coser?

—Un barco de motor es más rápido y menos cansado que remar.

—Las lámparas de petróleo iluminan mejor y no huelen tan mal. Además, los visitantes blancos se pirran por nuestras lámparas de aceite y las compran a buen precio.

—Yo uso una navaja; al fin y al cabo, es más elegante que una barba descuidada.

Al hilo de encuentros y conversaciones fortuitas, esas frases sorprenden a Arnarulunguaq, y a veces la hieren. Toda su vida anterior, hasta los menores detalles, parece que se ha vuelto despreciable o inútil, incapaz de resistir la comparación con las técnicas de los blancos. Le impresiona constatar que todos ahora se rodean de objetos que son incapaces de fabricar, y eso crea una dependencia que solo el dinero puede satisfacer. Pero también en Thule tardaron poco en cambiar la lanza por el fusil.

Todo se vende y se compra, hasta las leyendas que los ancianos comercializan por veinticinco dólares la unidad. Tan pronto como se propagó la noticia de que Knud buscaba objetos antiguos, los saqueadores de tumbas se pusieron manos a la obra.

28

Una mañana, al borde de un camino ahora bien trazado, una extraña señal se alza antes ellos: *United States of America.* Se acerca el verano, y trae consigo a los pájaros y el fluir de los riachuelos. Los brotes verdes despuntan bajo la nieve. Ellos saben que es su última primavera juntos. Los últimos tres años parecen a la vez tan cortos y tan largos, densos, colmados de experiencias. La brega de las largas jornadas en trineo, las angustias, las sorpresas, los encuentros con humanos o animales, todo eso permanece fresco en su memoria. Pero la lista es tan larga que les cuesta elegir un recuerdo por encima de otro. Esas aventuras forman como una argamasa entre los tres, un pozo común de la memoria que un simple gesto o mirada puede invocar. Pero ¿cómo contárselo a los demás, por dónde empezar? Arnarulunguaq se acuerda de Ajako al volver de la pavorosa expedición por el norte, su forma torpe de hablar, de callarse, de saltar de un tema a otro. ¿Y qué decir de su travesía interior? Porque cada uno sabe y siente cómo le ha cambiado este viaje. Solo el tiempo lo revelará.

Su larga convivencia permite a cada uno leer el pensamiento de los demás. Arnarulunguaq nota que, como ella, Knud y Miteq están impacientes por alcanzar su meta y, a la vez, ya sienten nostalgia. Así que el trío se toma su tiempo, remoloneando como niños antes del comienzo del curso. Acortan las etapas, se paran a pescar o

cazar en las lagunas o en los bancos de arena, buscando en la neblina primaveral los últimos hielos para lanzar los trineos una vez más. Encuentran pequeños campamentos de tiendas inuits, pero también cabañas noruegas, danesas o suecas. Son acogidos y comparten una sopa, pero ya no sienten la emoción de la incertidumbre. Relatan su travesía y todos se maravillan ante la hazaña de un viaje tan largo, incluidos los autóctonos que han aprendido a leer y a consultar un mapa.

El 23 de mayo de 1924 aparecen unas construcciones robustas de estilo europeo: escuela, hospital, tiendas, almacenes, iglesia. Se trata de Point Barrow, el pueblo más septentrional de Alaska. La última vez que vieron ese tipo de edificios se remonta al 7 de septiembre de 1921, en Godthaab. Unas veces en trineo y otras en barco, llegan a Kotzebue, en la costa oeste, tras un periplo de mil ochocientos kilómetros desde la costa este de América. El telégrafo está allí, la aventura llega a su fin.

Arnarulunguaq se ve invadida por una mezcla de orgullo, nostalgia, alivio y felicidad. Lo han logrado, encontraron su camino en el corazón del inmenso Ártico. Sortearon los accidentes, el hambre, los encuentros con hombres malintencionados o con animales agresivos. Podían haberse perdido, haber muerto devorados por un oso o en las aguas heladas, víctimas de una grieta traicionera. Están allí, sanos y salvos, con cajas repletas de objetos provenientes de tiempos remotos, con las cabezas llenas de las últimas leyendas y libretas emborronadas en la urgencia de no olvidar nada. Pero ya lamenta que se acaben las jornadas salvajes en trineo por esos paisajes infinitos, los encuentros imprevistos que terminan en banquetes y cantos. Olvida las zozobras, solo recuerda los mantos de auroras boreales que la hacían llorar de emoción. Por la noche se duerme con una de esas imágenes como preludio a sus

sueños, un remedio que atenúa el impacto de la transición.

El trío se va disolviendo imperceptiblemente y no viven este proceso de la misma forma.

Rasmussen ya está en otra parte. El aislamiento geográfico lo mantenía distanciado de la mujer rubia de la foto. Ahora ella ocupa sus pensamientos, aguarda con impaciencia noticias suyas y se pone a soñar. Su carácter natural vuelve a aflorar con fuerza. Le bullen ideas y proyectos para su regreso, indaga si sus antiguos compañeros han completado con éxito sus misiones en la isla de los Daneses, si han publicado trabajos y si se podrá organizar una velada en la Sociedad Geográfica de Copenhague.

Miteq y Arnarulunguaq no tienen un camino marcado. Volverán algún día a Thule, pero nada los espera allí. Simplemente se dejan llevar por el día a día.

Nada más enviar el primer telegrama informando de la hazaña, Knud recibe un sinfín de elogios. Lo felicitan de todas partes. Más aún cuando llegan a Nome, la gran ciudad del oeste de Alaska. Lo invitan, lo entrevistan y le hacen dar conferencias. Sus dos compañeros parecen transparentes, relegados al rango de subalternos. Se los imaginan entregados a los quehaceres cotidianos para que el gran hombre pueda dedicarse por entero a su misión. Por mucho que Rasmussen batalla para que los inviten o suban al escenario con él, esto solo se ve como un capricho encantador. Ni hablar de que compartan el mismo hotel. Knud tiene derecho a todos los honores, mientras los dos primos se alojan juntos en un pequeño anexo.

Una mañana, Knud y Arnarulunguaq se escapan a pasear por la colina que se alza sobre Nome. El sol de agosto ya pega con fuerza. La tundra se despliega en un verde suave, salpicado por el morado de los lupinos, el rosa de los epilobios, el amarillo de las caléndulas y

rosales silvestres, el azul de las campánulas y el blanco de las margaritas árticas, en una profusión jubilosa y efímera. A sus pies yace la fea y pequeña ciudad de pioneros que surgió de la nada en apenas un año con la fiebre del oro. A lo lejos, las frías aguas extienden su cortina de bruma en la que apenas asoman los icebergs. No es la naturaleza salvaje que han conocido. El rechinar de las cadenas de cangilones que remueven el fondo de los ríos es muy diferente de los rugidos del viento y el aullido de los perros, que eran su única música. Con todo, sienten que han recobrado su intimidad. Se aman por última vez, aunque aún no lo saben. Knud, con su eterna y encantadora sonrisa, le quita a Arnarulunguaq el recatado vestido marrón que lleva ahora, recorre con las manos sus pechos y muslos, la besa. Ella lo recibe, más reservada, pero feliz de estos juegos a los que les ha cogido gusto. Una vez saciados, ella se aventura a decir:

—Kununguap pronto se reunirá con su familia en Dinamarca.

Él se queda callado y le hace cosquillas con una brizna de hierba, sin prisa por responder.

—Hemos llevado una vida increíble, Arnar, y nada lo borrará. Ahora toca volver a la realidad. Yo tampoco tengo muchas ganas de ponerme otra vez un traje y pasar mi vida encerrado en una oficina. Solo espero volver a marchar cuanto antes hacia el Gran Norte.

Sabe que está todo dicho. Si él hubiera elegido establecerse en Thule, como Peter, ella habría podido ser su mujer. Pero diga lo que diga, necesita demasiado la ciudad y sus luces que le permiten brillar. Él anhela los coloquios, los corrillos de admiradoras, las portadas de los periódicos y las medallas. Tras décadas soñando con el reconocimiento, no puede dejarlo escapar. Y están la mujer rubia y sus hijas.

29

El trío se embarca desde Nome para un periplo fabuloso por Seattle, Washington y Nueva York, y luego la vuelta a Dinamarca. El impacto de la modernidad distrae en gran parte a la joven de su decepción amorosa. Por fin está allí, en el famoso país de los blancos. Ajako no había mentido, todo es increíble, extraño, desconcertante. Piensa a menudo en él y disimula el viejo collar bajo la camisa para que nadie lo vea.

Aunque Rasmussen los lleva a las conferencias, los dos inuits se quedan a menudo a su aire. Pasada la fase de aturdimiento, cogen la costumbre de aventurarse sin rumbo fijo por la ciudad. Todo les llama la atención: las calles, los coches de caballos y de motor, los edificios, los comercios rebosantes de frutas y verduras desconocidas o de objetos extranjeros. Cogidos de la mano, se pierden y se dejan empujar por el gentío. Arnarulunguaq se apasiona por los árboles. Le gusta ir a los parques y sentarse a escuchar el ruido del viento entre las hojas. Knud los lleva a los cafés, a los teatros e incluso al circo, donde la presencia de los leones y los elefantes les aterroriza. Se sienten en otro planeta, hasta el punto de preguntarse si, en ese mismo momento, en algún lugar del Ártico, alguien estará todavía cazando una foca o masticando una piel.

Su viaje en tren por Estados Unidos dura alrededor de ocho días. Miteq y ella pasan el tiempo con la nariz pegada al cristal, con una

avidez infantil, bombardeando a Knud con preguntas. Si pudiera, a Arnarulunguaq le gustaría hacer en este país el mismo trabajo que desempeñó en el Gran Norte: recoger muestras de plantas y animales, anotar las maneras de vestirse y alimentarse, los mil usos y costumbres de este pueblo. ¿Estaría autorizada a excavar tumbas para extraer objetos o adornos? Regresaría a Thule con cajas repletas para mostrar a los suyos esas vidas extrañas. Haría dibujos para explicárselo, o tal vez Knud podría prestarle su cámara fotográfica. Pero para ello tendría que quedarse varios años en este país y Arnarulunguaq no está segura de querer hacerlo.

En Washington el trío recibe la invitación del presidente Coolidge, que, según les ha explicado Knud, es el hombre más poderoso del mundo. La inmensidad de la Casa Blanca se supone que debe ilustrar este punto. Arnarulunguaq se pregunta, mientras deambula por esa sucesión de habitaciones vacías: ¿dónde está la gente sobre la que reina?, ¿por qué lo dejan tan solo? Entre los suyos, por el contrario, el poder se mide por la capacidad para atraer a la comunidad, apretujada en el espacio restringido del iglú, respirando el mismo aire, compartiendo la misma comida, impulsada por la misma energía. Al contemplar a ese personaje de frente despejada y mirada triste, sentado tan formal y que se expresa con un tono monocorde, su desasosiego se acentúa. Este hombre sin fuego en la mirada, ni musculatura vibrante, ni voz cautivadora, ¿cómo puede tener más poderes que el chamán más consumado?

Knud les ha hecho repetir el ritual del té. No, no se vierte en el plato para beberlo a lengüetazos. La cucharita sirve para enfriarlo. Arnarulunguaq la ha usado con tanta aplicación que la mujer del presidente se la ha regalado. Es de plata grabada con iniciales y ahora la lleva puesta, prendida al collar, como un cachito del gran poder.

Conociendo la fascinación de sus amigos por los ascensores, Rasmussen los lleva a la azotea de un edificio neoyorquino. Los tres, encogidos bajo un viento invernal, contemplan las pequeñas siluetas ajetreadas allá abajo, corriendo sin orden aparente. De la calle sube un rumor confuso y efluvios de petróleo y basuras. Al elevar la mirada abarcan una sucesión ondulante de edificios y tejados, cuadriculada por calles en ángulo recto que se pierden a lo lejos entre la bruma. En los márgenes, una espesura verde recuerda vagamente a los árboles. La joven se queda ensimismada.

—La naturaleza es imponente, pero ¿es que los hombres no son igual de grandiosos? Yo creía que Sila, el espíritu de la creación, era más fuerte que todo. Pero mira esas colinas y esos valles hechos por el hombre. Mira esos pequeños humanos que corren allá abajo. Viven en estas montañas de piedra edificadas con sus manos. Aquí no hay nada que cazar y, sin embargo, ellos sobreviven mejor que nosotros en las montañas de verdad.

Suspira, como asaltada por un pesar.

—Los chamanes hablan con Sila. Gracias a ella, influyen en los animales, el viento, el océano y en todas las cosas del universo. Aquí los hombres parecen fabricar el mundo ellos mismos. Son tan numerosos y poderosos que dan miedo. ¿Es el Dios de sus iglesias quien les da ese poder?

Se estremece, tal vez de frío, o acaso ante la enormidad de ese misterio.

—Veo más cosas de lo que mi mente puede comprender. Podría creer fácilmente que los tres estamos muertos y que hemos penetrado en otro mundo.

Miteq la saca de sus pensamientos con una carcajada.

—Kununguap, deberías decirle a la gente de este mundo que aquí hace un frío espantoso. Que pidan a sus mujercitas que les

cosan unas pieles de oso y de zorro. ¡Es lo que falta!

Nueva York supone la llegada de Dagmar, la señora Rasmussen, una rubia alta de ojos color avellana que sabe inclinar la cabeza con gracia y hace aflorar en sus labios una sonrisa cautivadora. Arnarulunguaq se siente tosca ante su corona de trenzas y sus vestidos en tonos pastel realzados con bordados. Ve perfectamente que él está en las nubes. Sabía que a los blancos no les gusta repartirse entre dos mujeres. Su turno ha pasado, se guarda para ella los recuerdos del amor bajo las pieles o desnudos en las praderas. Esa mujer no puede decir lo mismo, y esta idea atempera su tristeza. Quién sabe, ¿y si un día Knud regresara a Thule, él solo?

Dagmar no es tonta. Ha reparado en la bonita cara ovalada de la inuit y solo le dirige sonrisas condescendientes.

El viaje en barco a Dinamarca es un infierno. Miteq y Arnarulunguaq solo han tenido derecho a billetes de tercera clase pese a las demandas de Rasmussen. Él viene a verlos cada día, pero ella, recluida en el entrepuente, está siempre mareada. Entre el zumbido de las máquinas y la atmósfera viciada, sueña con el viento helado y los jadeos de los perros.

Copenhague reanima a los dos primos. La ciudad es menos desmesurada que sus equivalentes americanas, hay menos coches, menos gente y menos frenesí. Mientras Rasmussen se pierde en conferencias y mundanidades, ellos pasean por el campo y observan largo rato a las vacas, borregos y caballos. La familiaridad de estos animales no deja de asombrarles. A Arnarulunguaq le gusta tender la mano sobre los cercados para sentir un hocico húmedo en busca de comida. Nunca habría hecho eso en Thule, ni siquiera con sus

perros. ¡Los blancos doman no solo las llanuras y las montañas, sino también a los seres vivos!

Han pasado meses desde que desuncieron los trineos. Los dos inuits empiezan a sentir una verdadera nostalgia de su tierra helada. Llevan demasiado tiempo respirando humos nauseabundos, con los pies doloridos por los zapatos y teniendo que engullir una comida poco apetitosa. La entrevista con Cristián X, el rey de Dinamarca, les divierte, pero terminan hastiados. En su palacio todo resplandece, las lámparas de techo con mil bombillas, los botones dorados de los sirvientes, el oro de los encajes y las medallas. El rey les da amablemente la mano, pero los verdaderos héroes de la fiesta son Knud y Dagmar, como si esta hubiera hecho algo más que esperar sumisamente a su marido durante tres años.

Mientras hacen planes para volver a Thule, Arnarulunguaq empieza a toser, y acto seguido escupe sangre. Rasmussen pelea para que la hospitalicen como es debido. Ella, que ha corrido en la nieve a treinta grados bajo cero y cazado en todo tipo de climas, apenas es capaz de levantarse. Tiene la cara tan demacrada que parece que los pómulos van a perforar su piel lívida. Cuando le sube la fiebre, oye a Ajako y a Iggiannguaq llamándola. Se acerca el fin, y no lo teme. Ha logrado, descubierto y comprendido más que todos los cazadores de Thule. Ella, la niña que se salvó de milagro, podría estar todavía masticando pieles, con los dientes gastados y aguantando bofetones. Se abandona y cierra los ojos, su «segunda vida» ha llegado a su fin. Quizá es mejor así. ¿Qué haría ella regresando sola a Thule, donde nadie la espera?

Miteq está loco de angustia. Ella es como su hermana, su madrecita, él siempre se ha apoyado en su tenacidad y en su sabiduría. Pasa muchas horas junto a su cama. A falta de un chamán para exorcizar la enfermedad, solo puede entonar los cantos

fúnebres tradicionales en voz baja, porque sus compañeros de sala se quejan de sus gritos de salvaje. La melodía se filtra en la mente nublada de la joven:

El gran mar me puso en movimiento,
me dio su impulso
y me hizo moverme como las algas del río.
La bóveda celeste y el viento poderoso me conmueven,
sacuden mis entrañas y me arrastran,
y yo me estremezco de alegría.

¡Lago maravilloso lleno de hielos flotantes,
helado a pesar del sol!
Un cansancio doloroso invade mis miembros,
y descanso
mientras disfruto de las indescriptibles alegrías
que encuentro en tus orillas.

¿Ya se han terminado esas alegrías indescriptibles, la emoción cuando las estrellas parecen rasgar el cielo? Los cantos funcionan mejor que los amuletos y los cuidados sin amor del hospital. Finalmente, Arnarulunguaq no quiere acabar sus días en esa sala de luces frías, rodeada de desconocidos. Ha de seguir luchando, como siempre ha hecho. Se aferra a la vida, no morirá aquí y volverá al país de los hielos perpetuos. Aún no ha agotado los goces de las estaciones en la banquisa. Para sorpresa de los médicos, se recupera y el rubor vuelve a sus mejillas.

En la primavera de 1925, los dos primos embarcan para Groenlandia.

Rasmussen les ha pagado mucho más del salario prometido para

que puedan establecerse cómodamente, construir una casa, comprar perros y rifles y todo lo que ofrece la tienda de Thule. Pero a Arnarulunguaq le traen sin cuidado las monedas. Su despedida es afectuosa, pero la intimidad ha quedado olvidada. ¿Acaso ella nunca ha existido? Solo se lleva consigo la mirada de los ojos negros, ligeramente almendrados, de Knud, entre nostálgica y agradecida.

Una tarde de mayo, el cono truncado del monte Dundas se perfila más allá del mar y de los humos del pequeño barco de vapor: la península, las chozas en la orilla, la tienda, dos nuevas casas. Están en casa. Miteq, emocionado, grita a pleno pulmón en la cubierta para que lo reconozcan. Arnarulunguaq permanece pensativa, feliz pero ligeramente preocupada. Desde que bordean la interminable costa oeste de Groenlandia, se siente aliviada. No morirá sin ver de nuevo las mil tonalidades de azul de los hielos, los acantilados oscuros veteados de franjas blancas, como los pasteles de Copenhague. Ha pasado muchas noches a la intemperie, tiritando, siguiendo el curso de la luna que baña de oro la cima de los icebergs, buscando el eje del viento por la presión en las aletas de su nariz, como siempre ha hecho.

No tiene un plan para el futuro. De nada sirve. Igual que cuando se lanzaba en trineo, afrontará lo que venga, ya sean las dificultades del terreno o los encuentros con los animales y los hombres.

30

En Thule, quien se va desaparece de la comunidad y la vida cotidiana se cierra sobre los que se quedan como un respiradero de focas en el hielo. Arnarulunguaq y Miteq han estado más de cuatro años ausentes y nadie los creía ni muertos ni vivos. Se esfumaron, eso es todo. Pero su aparición desata las celebraciones.

Arnarulunguaq se entrega a esos días de fiesta, como un último paréntesis. Los dos primos van de choza en choza, y se inflan a beber café aguado. Cuentan su historia. Poco importa si les creen o no, la gente se ríe a carcajadas, pregunta, comenta. Durante varias noches seguidas, la fiesta los reúne y la sumerge de nuevo en la cálida proximidad de su infancia. Puede dejarse llevar sin riesgo de quebrantar un tabú desconocido ni obligarse a anotar mentalmente cada costumbre. Estar en casa, no contener sus gestos, fundirse naturalmente entre los suyos. Se abandona de nuevo a la sensación de la foca helada que se va calentando lentamente en el paladar, la grasa de mérgulo que estalla entre los dientes, los huevos congelados que crujen como una golosina. Se atiborran hasta casi vomitar y eructan de placer. Nadie de la alta sociedad de los blancos está allí para lanzar miradas horrorizadas. Charlan, cantan, bailan. Arnarulunguaq vuelve a mostrar su habilidad con el tamboril y su garbo para taconear y dar palmas. Se abandona a esos minutos de dicha al final de la noche, cuando las mujeres agotadas y sudorosas

se quedan dormidas abrazadas las unas a las otras, apiñadas en la plataforma, acunadas por las conversaciones languidecientes de los hombres.

Pero después de tantos festejos, hay que volver al trabajo. La luna ha subido y la caza debe reanudarse.

Arnarulunguaq ha regresado al hogar de su suegro, que ha tomado una joven esposa para que lo cuide en la vejez. Su vista, ya cansada, merma su habilidad como cazador. La pareja se beneficia de la regla de reparto, que recompensa a cada uno independientemente de quién haya disparado al animal. Arnarulunguaq contribuye a la vida común poniendo trampas a los zorros o abatiendo lagópodos[3] y liebres. Su desahogo financiero permite volver a traer café y harina a la choza.

Pero la situación no puede durar. Miteq ha encontrado fácilmente esposa. Ella también necesita un marido. Será ella quien escoja. Ya no es la chica tímida y desaliñada a la que regalaban un *ulu* de cuerno, es una mujer madura y rica, que tiene más mundo que todos los hombres de Thule. El elegido será Kalipaluk, joven y buen cazador. Ya se conocen bien, pues ella le salvó la vida cuando él era adolescente.

Ella se acuerda de la cacería. Se había quedado atrás para no espantar la caza por su condición de mujer. Él también se había rezagado, reparando un patín. Caía una nieve pegajosa bajo un cielo sombrío. Cuando él echó a correr para unirse al grupo, se dejó engañar por el color lívido del hielo, que le había parecido un soporte sólido. Ella oyó su grito y el crujido macabro de la banquisa. Estaba sola. Tendida sobre la frágil banquisa, con los brazos y piernas separados para apoyarse en un máximo de superficie, reptó lentamente, rezando para que el frío no atrapara al joven. Al llegar cerca del agujero, lanzó hábilmente el látigo lo más cerca posible de

la mano que todavía se agitaba. Tras algunos segundos de vacilación, él lo agarró. Su cara ya mostraba el color lívido de la muerte. Ella tiró con todas sus fuerzas, centímetro a centímetro, mientras el agujero empezaba a cerrarse. Lo arrastró hasta el interior de la tienda, lo desvistió, y se tumbó desnuda junto a él, doblando las piernas del joven contra su vientre. Lentamente, su sangre empezó a circular de nuevo.

Más allá de este nuevo nacimiento, otra cosa los une. Él es uno de los hijos del explorador Robert Peary. Este estadounidense, uno de los dos hombres que reivindicaron haber sido el primero en alcanzar el polo norte, siguió siendo muy querido entre los inuits. En veintitrés años, en el curso de ocho expediciones, compartió el día a día con ellos y frecuentó ampliamente a sus mujeres.

Kalipaluk ha heredado de él la elevada estatura, la cara alargada de mentón prominente y los ojos menos rasgados que los de sus compañeros. Arnarulunguaq no se atreve a admitir que sus rasgos le recuerdan a Kununguap, pero sin su brío ni su risa.

Desde que ella regresó, su complicidad con Kalipaluk ha aumentado. Él siempre se ha sentido diferente, debido a su origen paterno. Ha viajado a menudo al sur de Groenlandia, donde ha estado en contacto con los europeos, sabe leer y suele hacer de guía a quienes frecuentan el Gran Norte. Soñó con participar en la expedición canadiense, pero a Rasmussen le pareció demasiado joven en aquella época. De ahí que sienta una profunda admiración por Arnarulunguaq. Ella, pasada la euforia del regreso, percibe un extraño desajuste con su vida, antaño tan familiar. No puede evitar verse actuar, observar a sus compañeras y a toda la tribu con el ojo etnográfico que ha desarrollado. Sigue comparando cada gesto y cada ritual con lo que ha visto en otras partes y hasta en América, aunque ya nadie necesite esa mirada acerada.

Algunos meses después de su unión, Arnarulunguaq y Kalipaluk deciden poner rumbo a Akilineq,[4] al otro lado del mar, en la isla de Baffin. Ella sabe que allí la caza es abundante y que la Compañía de la Bahía de Hudson paga bien las pieles.

Construyen su casa de piedra y tierra un poco apartada, al fondo de un fiordo, pegada a una pared rocosa y abrupta donde en verano los mérgulos los ensordecen. Mirando al este, se deja acariciar por los primeros rayos de sol. Arnarulunguaq tiene por costumbre salir justo antes de que asome por el horizonte en un rosa interminable, como solía hacer durante la expedición. En ese momento íntimo se mezclan en su mente el rostro de la Mujer Prestada, el sabor de los sesos de reno, el miedo de morir asfixiada bajo el hielo durante la tormenta, la sensación de unas manos grandes y fuertes que la acarician.

Nunca ha compartido realmente sus recuerdos. Permanecen como fulgores que le remueven el alma, su cofre de tesoros que entreabre en esas mañanas tranquilas. Dos objetos los encarnan: el collar de Ajako, ennegrecido por el contacto permanente con su piel, y la cucharita de plata del presidente Coolidge, por el contrario de lo más reluciente.

31

Dos de octubre de 1933. Arnarulunguaq tiene ya treinta y siete años. Lamenta no poder salir esta mañana. El sol pronto desaparecerá por completo y la privará del espectáculo del amanecer. Pero no se siente con fuerzas y la fiebre la ha mantenido despierta toda la noche. La tuberculosis nunca la abandonó del todo, le ha vuelto la tos, ahora recurrente, acompañada desde hace unos meses de esputos sanguinolentos. Las plantas medicinales o las pociones que Kalipaluk ha ido a comprar en la Compañía no han servido de nada. La enfermedad está ganando la partida.

—Kalipaluk, a la mujercita le gustaría ver a la hermana-sol por última vez. Llévame fuera.

—Arnarulunguaq, estás enferma, no es razonable. Si quieres curarte, debes quedarte al calor de las lámparas.

Ella suspira.

—Olvida la curación, voy a reunirme con mis antepasados y colgar los *kamiks*. Te lo ruego, déjame ver el astro amarillo por última vez y sentir el picor del frío en mis mejillas.

Él la contempla. Su rostro, rojo y febril, está enmarcado por unas trenzas colgantes, resecas como viejas correas de piel de foca. Pero, en lo más profundo de sus ojos llorosos, las pupilas aún centellean. Él sabe que ella tiene razón.

Ahora está sentada, con la espalda apoyada en el muro de la choza, envuelta hasta la barbilla en una piel de oso, como si ella misma fuera el animal. Pero ¿acaso los humanos y los osos no son hermanos? ¿Quién sabe en qué se reencarnará ella?

En el cielo se extienden largas franjas de gris, ribeteadas de sombras. Por momentos, el sol aparece a través de una capa de nubes más finas, como un disco sin fuerza. La tierra ya ha desaparecido bajo las nieves de las últimas semanas e incuba la vida hasta la próxima estación. En el fiordo, el fino hielo de principios del invierno aprisiona los viejos icebergs. El aire está impregnado de humedad ante la proximidad de la nieve. Arnarulunguaq se embriaga con estas últimas imágenes. Irse en otoño le da paz. En este día tranquilo, siente la serenidad de los que saben. Basta con dejarse llevar. El ruido de masticación de la correa que la ha acompañado toda su vida se deja oír nuevamente. Ella ha estado a la altura de su segunda vida. Una profunda respiración apaga el fuego de sus pulmones enfermos. Cierra los ojos, apretando con una mano un viejo collar y, con la otra, una cucharita de plata.



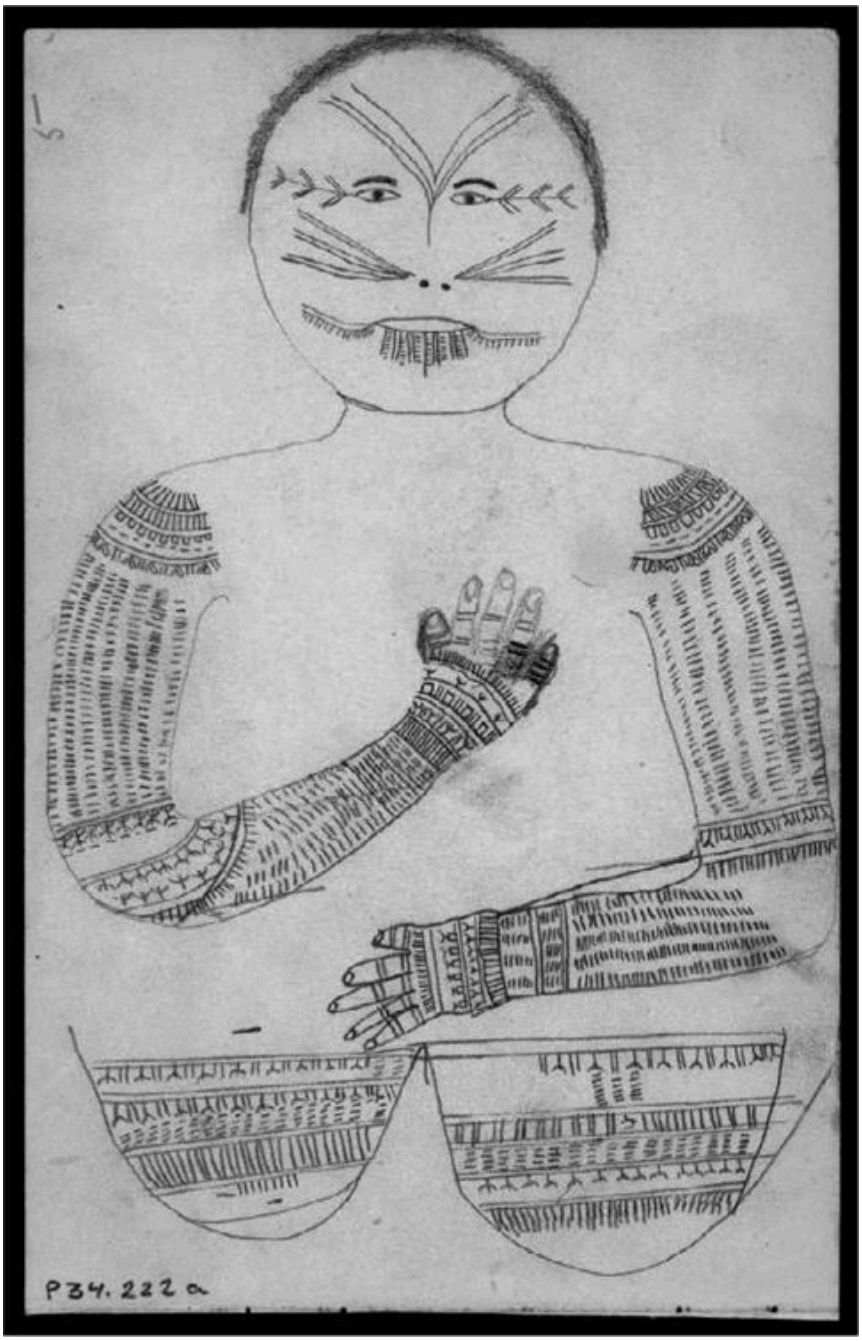
Arnarulunguaq al inicio de la Quinta Expedición de Thule, en 1921, cuando tenía alrededor de veinticinco años. (Foto atribuida a Therkel Mathiassen, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague).



Arnarulunguaq con unos perros y su cargamento en un viaje estival. (Foto atribuida a Leo Hansen, Quinta Expedición de Thule, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague).



Arnarulunguaq y Miteq preparando café en el campamento. (Foto atribuida a Leo Hansen, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague).



Dibujo de Arnarulunguaq: tatuajes de Nalungiaq, hacia 1923. (Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague).



Arnarulunguaq, Knud Rasmussen, un hombre desconocido y Miteq, listos para salir de Point Barrow. (Foto atribuida a Leo Hansen. Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague).



Miteq, Arnarulunguaq y Knud Rasmussen, al término de la Quinta Expedición de Thule. (Lomen Brothers,

Danish Arctic Institute).

Una novela deliciosa que nos muestra el destino de una heroína groenlandesa. Un libro perfecto para descubrir la cultura inuit en Groenlandia



Tiene siete años y ya conoce el hambre. En la noche polar, su madre ablanda la cuerda que tendrá que ponerle alrededor del cuello. Una boca menos que alimentar podría salvar al resto de la familia. Pero en el último momento, su hermano interviene. Arnarulunguaq vivirá.

Años después, los blancos se han asentado en su aldea groenlandesa. El puesto comercial que han abierto cambia la vida cotidiana de los inuit. Pero la joven de ojos brillantes solo tiene un deseo: participar en sus expediciones. En 1921, Arnarulunguaq se atreve y parte en trineo tirado por perros por el Lejano Norte con el

carismático Knud Rasmussen, al encuentro de los pueblos de ultramar.

Isabelle Autissier (París, 1956). Oficial de navegación y escritora fue la primera mujer en navegar en solitario alrededor del mundo. Es autora de varios libros, entre ellos *Seule la mer s'en souviendra* (Grasset, 2009), *Soudain, seuls* (Stock, 2015), *Le Naufrage de Venise* (Stock, 2022) y, con Erik Orsenna, *Salut au Grand Sud* (Stock, 2006) y *Passer par le Nord* (Paulsen, 2014). Es la presidenta honoraria de WWF Francia.

Título original: *La Fille du grand hiver*

© Paulsen, 2025.
Published by arrangement with Agence littéraire Astier-Pécher.
All rights reserved
© De la traducción: Íñigo Jáuregui

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26
28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com

Primera edición: junio de 2026

www.nordicalibros.com

ISBN: 979-13-88306-09-9

Diseño: Filo Estudio y Nacho Caballero
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Conversión digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Alimento tradicional a base de pescado*. (N. del T.).*

[2] Término de origen escandinavo (literalmente «hielo del interior») que se utiliza para describir una masa de hielo de dimensiones continentales que cubre la tierra firme de forma continua.

[3] Ave perteneciente a la familia de las faisánidas.

[4] Palabra inuit que significa «la tierra al otro lado del agua».

Índice

La hija del gran invierno
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Sobre este libro
Sobre Isabelle Autissier
Créditos
Notas